
CIRCULO DEL CRIMEN
TRAMPA PARA CENICIENTA
SEBASTIEN JAPRISOT
R.T. PALAT
EDICIONES FORUM
N°12

Me llamo Michèle Isola, tengo veinte años. La historia que les cuento es la historia de un asesinato. Soy el investigador, soy el testigo, soy la víctima, soy el asesino, soy los cuatro a la vez, pero ¿quién soy?

Una mujer joven y hermosa ha perdido la memoria a raíz de un incendio. Ingresada en una clínica, se esfuerza por reconstruir el rompecabezas en que se ha convertido su pasado. Según transcurren los días, una serie de recuerdos vagos y distorsionados siembran la confusión en su mente. Ella podría ser Dominique o Michèlle, dos primas rivales, una de las cuales murió en el incendio. Las dudas sobre su propia identidad la llevarán a descubrir los retazos de una verdad terrible: quizá sea una asesina.

Sébastien Japrisot

Trampa para cenicienta

ePub r1.0
mandius 15.10.14

Título original: *Piège pour Cendrillon*
Sébastien Japrisot, 1965
Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: mandius
ePub base r1.1

Yo habré asesinado

Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, tres niñas: la primera se llamaba Mi, la segunda Do, la tercera La. Tenían una madrina que olía bien, que no las regañaba jamás cuando no se portaban bien, y a la que llamaban madrina Midola.

Un día, están en el patio. La madrina besa a Mi, no besa a Do, no besa tampoco a La.

Un día, juegan a los matrimonios. La madrina elige a Mi, no elige nunca a Do, no elige tampoco a La.

Un día, están tristes. La madrina, que se va, llora con Mi, no dice nada a Do, tampoco dice nada a La.

De las tres niñitas, Mi es la más guapa, Do la más inteligente, La muere enseguida.

El entierro de La es un gran acontecimiento en la vida de Mi y de Do. Hay muchos cirios, muchos sombreros encima de la mesa. El ataúd de La está pintado de blanco, la tierra del cementerio es blanda. El hombre que cava el hoyo lleva una chaqueta con botones dorados. La madrina Midola ha venido. A Mi, que le da un beso, le dice: «mi amor». A Do: «me manchas la ropa».

Pasan los años y la madrina Midola, de la que se habla bajando la voz, vive lejos, escribe cartas con faltas de ortografía. Un día es pobre y fabrica zapatos para las damas ricas. Otro día es rica y

fabrica zapatos para las damas pobres. Un día tiene mucho dinero y se compra bonitas casas. Un día, como el abuelo ha muerto, viene en un coche grande. Hace que Mi se pruebe su bonito sombrero, mira a Do sin reconocerla. La tierra del cementerio es blanda, y el hombre que la arroja en el hoyo del abuelo lleva una chaqueta con botones dorados.

Más tarde, Do se convierte en Dominique, Mi en una Michèle lejana que viene a veces de vacaciones, que hace que su primita Do se pruebe sus bonitos vestidos de organdí, que enternece a todo el mundo en cuanto abre la boca, que recibe cartas de la madrina que empiezan todas por «mi amor» y que llora en la tumba de su mamá. La tierra del cementerio es blanda, y la madrina pasa el brazo alrededor de los hombros de Mi, de Micky, de Michèle, y murmura cosas dulces que Do no oye.

Más tarde Mi va de negro porque ya no tiene mamá, y le dice a Do: «Necesito, necesito, necesito que me amen». Mi siempre quiere coger la mano de Do cuando van de paseo. Mi dice a su prima Do: «Si me das un beso, si me aprietas contra tu cuerpo, no se lo diré a nadie y me casaré contigo».

Más tarde aún, dos años, quizá tres años después, Mi besa a su padre en el cemento de la pista de un aeropuerto, ante el gran pájaro que se lo lleva lejos, junto a la madrina Midola, a un país de viajes de novios, a una ciudad que Do busca con el dedo en sus mapas de geografía.

Más tarde aún, ya no ven nunca a Mi más que en fotos, en las revistas con portada satinada. Un día lleva el pelo largo y negro, y entra con vestido de noche en una sala inmensa toda de mármol y dorados. Un día, tiene las piernas largas, está echada con un traje de baño blanco en la cubierta de un velero blanco. Un día, conduce un coche pequeño y descubierto donde van montados, gesticulantes, unos jóvenes agarrados los unos a los otros. Algunas veces tiene el bonito rostro grave, con un ligero fruncimiento de cejas por encima de sus bellos ojos claros, pero es a causa del sol que se refleja en la

nieve. Algunas veces sonríe, muy cercana, observando al objetivo de frente, y el pie de foto, en italiano, dice que será un día una de las mayores fortunas del país.

Más tarde aún, la madrina Midola morirá, como mueren las hadas, en su palacio de Florencia, de Roma o del Adriático, y Do inventará este cuento, que sabe muy bien, porque ya no es ninguna niña pequeña, que es falso.

Es lo bastante cierto para impedirle dormir, pero la madrina Midola no es un hada, es una vieja dama rica que siempre comete faltas de ortografía, a quien no ha visto nunca más que en los entierros, que no ha sido tampoco su madrina, como Mi no es su prima; esas son solo cosas que se dicen a los hijos de las criadas, como Do, como La, porque es amable y no hace daño a nadie.

Do, que tiene veinte años, como la princesita del pelo largo de las fotos de las revistas, recibe cada año, por Navidad, unos zapatos de tacón cosidos en Florencia. Y por eso, quizá, se enamora de Cenicienta.

Yo asesiné

De golpe, un estallido de luz blanca me revienta los ojos. Alguien se inclina hacia mí, una voz me atraviesa la cabeza, oigo gritos que hacen eco en lejanos pasillos, pero sé que son los míos. Aspiro negrura por la boca, una negrura poblada de rostros desconocidos, de murmullos, y muero de nuevo, feliz.

Un instante después (un día, una semana, un año después) la luz vuelve al otro lado de mis párpados, me arden las manos, y la boca, y los ojos. Me hacen circular por corredores vacíos, sigo gritando aún, y aún sigue todo negro.

Algunas veces el dolor se concentra en un solo punto, detrás de la cabeza. Algunas veces siento que me desplazan, que me llevan a otros lugares, y se ramifica en mis venas, como un chorro de llamas que me seca la sangre. En la negrura se encuentra a menudo el fuego, el agua, pero ya no sufro. Las capas de fuego me dan miedo. Los chorros de agua están fríos, son agradables para mi sueño. Yo querría que se borrasen los rostros, que se apagasen los murmullos. Cuando aspiro la negrura por la boca, querría que lo negro fuese más negro, querría deslizarme a lo más profundo del agua helada, y no volver nunca.

De pronto vuelvo, atraída hacia el dolor por todo el cuerpo, clavada por los ojos bajo la luz blanca. Me debato, grito, oigo mis

propios gritos muy lejos, y la voz que me atraviesa la cabeza dice brutalmente unas cosas que no comprendo.

Negro. Rostros. Murmullos. Estoy bien. Hija mía, si vuelves a empezar te cruzo la cara con los dedos de papá, que están amarillos por los cigarrillos. Enciende el cigarrillo de papá, polluelo mío, el fuego, sopla la cerilla, el fuego.

Blanco. Dolor en las manos, en la boca, en los ojos. «No te muevas. No te muevas, pequeña. Bien, despacio. No te haré daño. Oxígeno. Despacio. Así, buena chica, buena chica».

«Negro. Rostro de mujer. Dos por dos, cuatro; tres por dos, seis, regletazos en los dedos». Salimos en fila. Abre bien la boca cuando cantes. Todos los rostros salen en filas de dos. «¿Dónde está la enfermera?». No quiero más murmullos en clase. Iremos a bañamos cuando haga bueno. «¿Qué dice esta? Al principio deliraba. Desde el injerto, se queja de las manos, pero de la cara no». El mar. Si vas demasiado lejos, te ahogarás. «Se queja de su madre, de una maestra que le daba golpes en los dedos». Las olas me han pasado por encima de la cabeza. El agua, mis cabellos en el agua, se sumerge, resurge la luz.

Volví una mañana de septiembre, con la cara y las manos tibias, echada de espaldas en unas sábanas limpias. Había una ventana cerca de mi cama, una gran mancha de sol frente a mí.

Vino un hombre que me habló con una voz muy suave, durante un tiempo que me pareció demasiado corto. Me pidió que me portase bien, que no intentara mover la cabeza ni las manos. Hablaba separando las sílabas. Era tranquilo e inspiraba confianza. Tenía la cara larga, huesuda, con unos grandes ojos negros. Solo su bata blanca me hacía daño. Él lo comprendió al ver que yo bajaba los párpados.

La segunda vez vino con una chaqueta de lana gris. Todavía me habla. Aún me pide que cierre los ojos para responder que sí. Sí, me

dolía. Sí, la cabeza. Las manos, sí. Me preguntó si sabía lo que había pasado. Vio que yo dejaba los ojos abiertos, desesperadamente.

Se fue y la enfermera vino a ponerme una inyección para dormir. Era grandota, con unas manos grandes y blancas. Comprendí que mi rostro no estaba descubierto, como el suyo. Hice un esfuerzo por sentir sobre la piel las vendas, las pomadas. Seguí mentalmente, de un extremo a otro, la banda que se enrollaba en torno a mi cuello, me pasaba por la nuca y por la parte superior de la cabeza, daba vueltas en tomo a mi frente, evitaba los ojos, giraba todavía por la parte baja de la cara, daba vueltas y más vueltas. Me dormí.

Los días que siguieron fui alguien a quien desplazaban, a quien alimentaban, a quien hacían circular por pasillos y que respondía «sí» cerrando los ojos una vez, no dos veces, y que no quería gritar, que chillaba cuando le cambiaban las vendas, que intentaba hacer salir por los ojos las preguntas que la oprimían, que no podía hablar, ni moverse, un animal a quien limpiaban el cuerpo con cremas, el espíritu con inyecciones, una cosa sin manos, sin rostro: nadie.

—Le quitaremos los vendajes dentro de dos semanas —dijo el doctor de la cara huesuda—. Francamente, lo sentiré un poco: me gustaba mucho de momia.

Me había dicho su nombre, Doulin. Le alegraba mucho que yo fuese capaz de recordarlo después de cinco minutos, y más aún oírme pronunciarlo sin destrozarlo. Al principio, cuando se inclinaba hacia mí, no decía más que «señorita», «pequeña», «pórtese bien». Yo repetía: madecuela, sagiplicación, malestrancia. Unas palabras que mi espíritu sabía falsas, pero que mis labios entumecidos formaban a pesar de mí misma. Más tarde él lo llamó «parafasia», y dijo que era mucho menos molesto que lo demás, y que se me pasaría enseguida.

En efecto, me hicieron falta menos de diez días para reconocer, al oírlos, los verbos y los adjetivos. Los nombres comunes me costaron algunos días más. No he llegado a reconocer nunca los nombres propios. Puedo repetirlos con la misma corrección que los demás, pero no evocan nada más que las palabras del doctor Doulin. Salvo algunos, como París, Francia, China, plaza Masséna o Napoleón, quedaron encerrados en un pasado que yo ignoraba. Volví a aprendérmelos, eso es todo. Sin embargo, era inútil intentar explicarme lo que significaban comer, caminar, autobús, cráneo, clínica o cualquier otra cosa que no fuese una persona, lugar o acontecimiento determinados. El doctor Doulin decía que era normal, que no debía preocuparme.

—¿Se acuerda de mi nombre?

—Me acuerdo de todo lo que me ha dicho. ¿Cuándo podré verme?

Él se movió y yo sentí dolor al querer volver los ojos para seguirlo. Volvió con un espejo. Me miré, dos ojos y una boca metidos en un casco duro, rodeado de gasa y de vendas blancas.

—Hace falta más de una hora para deshacer todo esto. Al parecer, lo que haya debajo será muy bonito.

Sujetaba el espejo ante mí. Yo estaba apoyada en una almohada, casi sentada, con los brazos a lo largo del cuerpo, atados a la cama.

—¿Me soltarán las manos?

—Pronto. Tendrá que portarse bien y no moverlas demasiado. Solamente se las ataremos para dormir.

—Me veo los ojos. Son azules.

—Sí. Son azules. Ahora, tendrá que portarse bien. No moverse, no pensar. Dormir. Volveré esta tarde.

El espejo desapareció, y también aquella cosa con dos ojos azules y una boca. La cara larga y huesuda apareció de nuevo delante de mí.

—A dormir, momia.

Sentí que me deslizaba hacia la posición acostada. Habría deseado ver las manos del doctor. Los rostros, las manos, los ojos, era lo más importante en aquellos momentos. Pero se fue, y yo me dormí sin inyección, con todo el cuerpo fatigado, repitiéndome un nombre tan desconocido como los demás, el mío.

—Michèle Isola. Me llaman Mi o Micky. Tengo veinte años. Cumpliré veintiuno en noviembre. Nací en Niza. Mi padre vive en Niza.

—Despacio, momia. Se come la mitad de las palabras y se cansará.

—Me acuerdo de todo lo que me ha dicho. Viví muchos años en Italia con mi tía, que murió en junio. Me quemé en un incendio, hace tres meses.

—Yo le he dicho otra cosa más.

—Yo tenía un coche. Marca MG. Matrícula 66.43.13 TTX Color blanco.

—Bien, momia.

Yo quería retenerle, y un dolor brusco me subió por el brazo hasta la nuca. Él nunca se quedaba más que unos minutos. A continuación me daban de beber, me hacían dormir.

—Mi coche era blanco. Marca MG. Matrícula TTX 66.43.13.

—¿Y la casa?

—Estaba en un promontorio llamado Cap Cadet. Entre La Ciotat y Bandol. Tenía dos pisos, tres habitaciones y una cocina abajo, tres habitaciones y dos baños arriba.

—No tan deprisa. ¿Su habitación?

—Daba al mar y a una población llamada Les Lecques. Las paredes estaban pintadas de azul y blanco. Le digo que todo esto es una tontería. Me acuerdo de todo lo que me dice.

—Esto es importante, momia.

—Lo importante es que yo solo repito. No me recuerda nada. No son más que palabras.

—¿Lo repetiría en italiano?

—No. Recuerdo *camera, casa, machina, bianca*. Ya se lo he dicho.

—Basta por hoy. Cuando vaya mejor, le enseñaré unas fotos. Me han dado tres cajas grandes. La conozco mejor que usted misma, momia.

Fue un doctor llamado Chaveres quien me operó, tres días después del incendio, en un hospital de Niza. El doctor Doulin decía que su intervención, después de dos hemorragias el mismo día, había sido digna de ver, llena de detalles prodigiosos, pero que no le deseaba a ningún cirujano tener que repetirla.

Yo estaba en una clínica de Boulogne, la del doctor Dinne, adonde me habían trasladado un mes después de la primera operación. Sufrí una tercera hemorragia en el avión, porque el piloto se vio obligado a tomar altura un cuarto de hora antes de aterrizar.

—El doctor Dinne se ocupó de usted cuando el injerto ya no dio problemas. Le ha hecho una nariz muy bonita. He visto los moldes. Le aseguro que es preciosa.

—¿Y usted?

—Yo soy el cuñado del doctor Chaveres. Tengo una consulta en Sainte-Anne. La llevé desde el día en que la trajeron a París.

—¿Y qué me han hecho?

—¿Aquí? Una bonita nariz, momia.

—Pero, ¿y antes?

—Eso no tiene importancia, porque ya está aquí. Tiene la suerte de tener veinte años.

—¿Por qué no puedo ver a nadie? Si viese a alguien, a mi padre, o a alguien que conociera antes, estoy segura de que lo recordaría todo de golpe.

—Está obsesionada con las palabras, pequeña. A veces se le ha metido alguna en la cabeza que nos ha causado muchas

preocupaciones. Cuanto menos se atormente ahora, mejor irá todo.

Sonreía, y avanzó lentamente la mano hacia mi hombro, y me tocó un segundo sin apretar.

—No se preocupe, momia. Todo irá muy bien. Dentro de un tiempo le volverán los recuerdos uno a uno, poco a poco, sin hacer daño. Hay muchísimos tipos de amnesia, casi tantos como amnésicos. Pero la suya es muy suave. Retrógrada, con lagunas, sin afasia, sin un tartamudeo siquiera, y tan extensa, tan plena, que el agujero ahora no puede más que ir encogiendo. Se convertirá en una cosita pequeñita, pequeñita.

Me mostró el índice y el pulgar que se iban uniendo. Sonrió, se incorporó con una lentitud calculada, para evitar que tuviese que mover los ojos de una forma demasiado brusca.

—Pórtese bien, momia.

Llegó un momento en que me porté lo bastante bien para que renunciasen a bombardearme tres veces al día con una píldora disuelta en el caldo. Fue a finales de septiembre, casi tres meses después del accidente. Ya podía hacer algo parecido a dormir, y dejar que mi memoria estrellase las alas contra los barrotes de su jaula.

Veía calles soleadas, palmeras ante el mar, un colegio, un aula, una maestra con el pelo bien tirante, un traje de baño de lana roja, noches iluminadas por farolillos, músicas militares, el chocolate que me tendía un soldado americano… y el agujero.

Después, el violento estallido de luz blanca, las manos de la enfermera, el rostro del doctor Doulin.

Algunas veces, muy nítidas, de una nitidez dura e inquietante, volvía a ver unas manos gruesas, de carnicero, con los dedos pesados y sin embargo ágiles, un rostro de hombre abotargado, con el pelo al rape. Eran las manos y el rostro del doctor Chaveres, entrevistas entre dos aporreamientos, entre dos comas. Un recuerdo

que yo situaba en el mes de julio, cuando me trajo a aquel universo blanco, indiferente, incomprensible.

Yo hacía cuentas interiormente, con la nuca dolorida contra la almohada, los párpados cerrados. Veía las cuentas escritas en una pizarra negra. Tenía veinte años. Los soldados americanos, decía el doctor Doulin, daban chocolate a las niñas en 1944 o 1945. Mis recuerdos no iban más allá de cinco o seis años después de mi nacimiento. Quince años borrados.

Me asía a los nombres propios porque eran palabras que no evocaban nada, que no tenían relación con nada en esa nueva vida que me hacían vivir. Georges Isola, mi padre. Florencia, Roma, Nápoles. Les Lecques, Cap Cadet. Era en vano, y supe más tarde, por el doctor Doulin, que me debatía contra un muro.

—Ya le he dicho que esté tranquila, momia. Si el nombre de su padre no le recuerda nada, es que se ha olvidado de su padre igual que de todo lo demás. Su nombre no tiene nada que ver.

—Pero yo sé, cuando digo la palabra río, la palabra zorro, de qué se trata. ¿Acaso después del accidente he visto un río, un zorro?

—Escuche, jovencita, cuando se encuentre bien le prometo que tendremos una larga conversación sobre todo esto. Por ahora, lo que quiero es que se porte bien. Dígase únicamente que se encuentra encerrada en un proceso definido, catalogado; casi podríamos decir que «normal». Todas las mañanas veo a dos viejecitos que no han recibido ningún golpe en la cabeza y que están casi exactamente en el mismo caso. Cinco o seis años, es más o menos la edad límite de sus recuerdos. Se acuerdan de sus maestras del colegio, pero no de sus hijos, ni de sus nietos. Eso no les impide jugar a las cartas. Se les ha olvidado casi todo, pero no las cartas, ni cómo liar cigarrillos. Así son las cosas. Usted tiene una amnesia de carácter senil. Si tuviese cien años, le diría: «pórtese bien», y lo lamentaría mucho. Pero tiene veinte. No hay ni una oportunidad entre un millón de que siga así. ¿Me comprende?

—¿Cuándo podré ver a mi padre?

—Pronto. Dentro de algunos días le quitarán esta cosa medieval que tiene encima de la cara. Después, ya veremos.

—Me gustaría saber lo que pasó.

—Más tarde, momia. Hay algunas cosas de las que me gustaría estar bien seguro, y si me quedo demasiado rato, se cansará. Entonces, el número de matrícula, ¿cuál era?

—66.43.13 TTX.

—¿Lo dice al revés a propósito?

—¡Sí, a propósito! ¡Ya estoy cansada! ¡Quiero mover las manos! ¡Quiero ver a mi padre! ¡Quiero salir de aquí! ¡Me hace usted repetir cosas idiotas cada día! ¡Estoy harta!

—Pórtese bien, momia.

—¡No me llame así!

—Por favor, cálmese…

Levanté un brazo, un enorme puño de yeso. Fue la tarde de la «crisis». Vino la enfermera. Me ataron las manos de nuevo. El doctor Doulin estaba de pie, apoyado en la pared, enfrente de mí, y me miraba con los ojos fijos, llenos de humillación y de rencor.

Yo chillaba, sin saber si estaba enfadada con él o conmigo misma. Me pusieron una inyección. Vi entrar a otras enfermeras, a otros doctores. Aquella fue la primera vez, creo, que pensé realmente en mi aspecto físico. Tenía la sensación de verme a través de los ojos de los que me miraban, como si me desdoblase en aquella habitación blanca, en aquella cama blanca. Una cosa informe, con tres agujeros, fea, espantosa, aullante. Aullaba de horror.

El doctor Dinne vino a verme los días siguientes y me habló como a una niña de cinco años, un poco mimada, un poco traviesa, a la que había que proteger de sí misma.

—Si vuelve a empezar con esa comedia, no respondo de lo que encontremos debajo de las vendas. Usted será la única que tenga la culpa.

El doctor Doulin no volvió durante una semana entera. Fui yo, varias veces, quien tuvo que reclamarle. Mi enfermera, a quien supongo que hicieron algunos reproches después de la «crisis», respondía a regañadientes a mis preguntas. Me soltaba los brazos dos horas al día, y durante esas horas no apartaba los ojos de mí, suspicaz e incómoda.

—¿Es usted quien me vela cuando duermo?

—No.

—¿Quién es?

—Otra.

—Quiero ver a mi padre.

—No está todavía en condiciones.

—Quiero ver al doctor Doulin.

—El doctor Dinne no quiere.

—Diga algo.

—¿El qué?

—Cualquier cosa. Hábleme.

—Está prohibido.

Miré sus grandes manos, que me parecían bellas y tranquilizadoras. Ella acabó por notar esa mirada y sentirse violenta.

—Deje de vigilarme de esa manera.

—Es usted quien me vigila.

—Hay que hacerlo —decía ella.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y seis años.

—¿Y cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Siete semanas.

—Durante siete semanas, ¿ha sido usted quien me ha vigilado?

—Sí. Ahora, ya basta.

—¿Cómo estaba los primeros días?

—No se movía.

—¿Deliraba?

—A veces.

—¿Y qué decía?

—Nada interesante.

—¿Qué, por ejemplo?

—No me acuerdo.

Al cabo de otra semana, otra eternidad, el doctor Doulin entró en la habitación con un paquete bajo el brazo. Llevaba un impermeable manchado que no se quitó. La lluvia golpeaba los cristales junto a la cama.

Llegó hasta mí, me tocó el hombro como solía hacer, muy rápido, sin apretar, y me dijo: «Buenos días, momia».

—Le he esperado mucho tiempo.

—Ya lo sé —dijo él—. Me valió un regalo.

Me explicó que alguien, en el exterior, le había enviado flores después de «la crisis». El ramo (unas dalias, porque le gustaban a su mujer) iba acompañado de un pequeño llavero de coche. Me lo enseñó. Era un objeto redondo, de oro, que marcaba las horas. Muy útil para el estacionamiento en zona azul.

—¿Es de mi padre el regalo?

—No. Una persona que se ocupó de usted después de la muerte de su tía. La ha visto mucho más que a su padre, los últimos años. Es una mujer. Se llama Jeanne Murneau. Ha venido también a París. Recibe noticias suyas tres veces al día.

Le dije que aquel nombre no me decía nada. Tomó una silla, puso el llavero en marcha y me lo colocó junto al brazo, en la cama.

—Dentro de un cuarto de hora sonará. Tendré que irme. ¿Qué tal está, momia?

—Me gustaría que ya no me llamara así nunca más.

—Mañana ya no la llamaré así. La llevaremos a la sala de operaciones por la mañana. Le quitaremos las vendas. El doctor Dinne cree que habrá cicatrizado bien.

Deshizo el paquete que había traído. Eran fotos, fotos mías. Me las presentó una a una, observando mi mirada. No parecía esperar verme recuperar el menor recuerdo. Y la verdad es que no lo

recuperé. Veía una chica con el pelo negro, que me parecía muy guapa, que sonreía mucho, que tenía la cintura muy fina y las piernas largas, que tenía dieciséis años en algunas fotos, dieciocho en otras.

La visión de las imágenes brillantes me resultaba deliciosa y terrible. Ni siquiera intenté recordar aquel rostro con los ojos claros, ni los paisajes sucesivos que me iban mostrando. Desde la primera foto sabía que no valía la pena. Era feliz, estaba ávida de contemplarme, pero también era más desgraciada de lo que había sido nunca desde que abrí los ojos bajo la luz blanca. Tenía ganas de reír y llorar. Al final lloré.

—Vamos, pequeña, no sea tonta.

Volvió a guardar las fotos, a pesar del deseo que yo sentía de verlas de nuevo.

—Mañana le enseñaré otras en las que no está sola, sino con Jeanne Murneau, su tía, su padre, algunos amigos que tenía hace tres meses. No hay que esperar demasiado que todo eso le devuelva su pasado, pero le ayudará.

Yo dije que sí, que confiaba en ello. El llavero sonó junto a mi brazo.

Volví de la sala de operaciones a pie, sostenida por la enfermera y un ayudante del doctor Dinne. Treinta pasos a lo largo del pasillo del cual no veía más que los azulejos, bajo la toalla que me cubría la cabeza. Un damero blanco y negro. Me echaron en la cama, los brazos más cansados que las piernas, porque las manos seguían en sus pesados armazones.

Me enderezaron hasta quedar sentada, con el almohadón en la espalda. El doctor Dinne, con chaqueta, vino a reunirse con nosotros en la habitación. Parecía satisfecho. Me miraba de una manera curiosa, atento a cada uno de mis movimientos. Mi rostro desnudo me parecía frío como el hielo.

—Quiero verme.

Hizo una señal a la enfermera. Era un hombre bajo y corpulento, sin demasiado pelo. La enfermera volvió a la cama con el espejo en el que me había visto, bajo la máscara, dos semanas antes.

Mi cara. Mis ojos que contemplaban mis ojos. Una nariz corta y recta. Una piel tensa sobre unos pómulos acusados. Unos labios hinchados, que se entreabrían en una sonrisa leve e inquieta, un poco llorosa. Una tez que no estaba lívida, como yo esperaba, sino rosa, recién lavada. Una cara, en resumen, muy agradable, que carecía de naturalidad porque todavía no me atrevía a mover los músculos bajo la piel, que me pareció claramente asiático, a causa de los pómulos, de los ojos alargados hacia las sienes. Mi cara inmóvil y desconcertante, sobre la que vi correr dos lágrimas tibias, después otras, y otras más. Mi propia cara, que se nublaba y ya no podía ver.

—El pelo le volverá a crecer enseguida —dijo la enfermera—. Mire, en tres meses ha recuperado mucho bajo las vendas. Las pestañas también se alargarán.

Se llamaba señora Raymonde. Me peinaba lo mejor que podía: tres dedos de pelo que ocultaban las cicatrices y que ella arreglaba mechón a mechón para darles volumen. Me limpiaba la cara y el cuello con algodón hidrófilo. Me alisaba las cejas. Al parecer, no quería que sufriese otra «crisis». Me preparaba cada día como para una boda. Decía:

—Se parece a un pequeño bonzo, y a Juana de Arco. ¿Sabe quién es Juana de Arco?

Del exterior, como yo le había pedido, me había traído un espejo grande que permanecía colgado a los pies de la cama. No dejaba de contemplarme más que para dormir.

Ella me hablaba también de mejor grado, durante las largas horas de la tarde. Se sentaba en una silla, a mi lado, hacía punto, fumaba un cigarrillo, tan cerca que inclinando un poco la cabeza podía ver nuestros dos rostros en el espejo.

—¿Hace mucho tiempo que es enfermera?

—Veinticinco años. Diez años que estoy aquí.

—¿Ya ha tenido a enfermos como yo?

—Hay mucha gente que quiere cambiar de nariz.

—No hablo de esos enfermos.

—Una vez cuidé a una amnésica. Hace mucho tiempo.

—¿Y se curó?

—Era muy vieja.

—Enséñeme fotos otra vez.

Fue a la cómoda a coger la caja que nos había dejado el doctor Doulin. Me presentó una a una las imágenes que no me habían evocado nunca nada, que ya no me causaban siquiera el placer de los primeros momentos, cuando me creía a punto de recuperar la continuación de aquellos gestos fijados en 9 x 13 en papel brillante.

Miré por vigésima vez a ese alguien que había sido yo, que me gustaba ya menos que la joven del pelo corto presente a los pies de la cama.

También miraba a una mujer obesa, con quevedos, con gruesos mofletes. Era mi tía Midola. No sonreía jamás, llevaba mantones de punto por encima de los hombros, y todas las fotos la mostraban sentada.

Miraba a Jeanne Murneau, que desde hacía quince años estaba dedicada a mi tía, que no me había abandonado en los últimos seis o siete años, que había venido a vivir a París cuando me transportaron aquí, después de la operación de Niza. El injerto, un cuadro de piel de veinticinco por veinticinco centímetros, era suyo. Y también las flores de mi habitación, renovadas cada día, los camisones que yo me contentaba con mirar, el maquillaje que aún me prohibían, las botellas de champán que se alineaban contra la pared, las golosinas que la señora Raymonde distribuía a sus colegas en el pasillo.

—¿La ha visto?

—A esa mujer joven, sí. Varias veces, hacia la una, cuando voy a comer.

—¿Cómo es?

—Igual que en las fotos. Podrá verla dentro de unos días.

—¿Le ha hablado?

—Sí. Varias veces.

—¿Y qué le ha dicho?

—«Cuida bien a mi niña». Era un poco la señora de compañía de su tía, una especie de secretaria o de gobernanta. Era ella la que se ocupaba de usted en Italia. Su tía ya no podía desplazarse apenas.

Jeanne Murneau, en las fotos, era alta, tranquila, bastante guapa, bastante bien vestida, bastante severa. No se encontraba a mi lado más que en una imagen. Era en la nieve. Llevábamos pantalones estrechos, gorros de lana con pompón. A pesar de los pompones, a pesar de los esquíes y de la sonrisa de la chica que era yo, la foto no daba impresión de despreocupación ni de amistad.

—Se diría que ella estaba resentida.

La señora Raymonde dio la vuelta a la instantánea para mirarla, asintiendo con la cabeza, con fatalismo.

—Probablemente tenía razones para estar resentida. Usted hacía bastantes tonterías, ¿sabe?

—¿Quién le ha dicho eso?

—Los periódicos.

—Ah, vale.

Los periódicos de julio habían relatado el incendio de Cap Cadet. El doctor Doulin, que conservaba los números donde se hablaba de mí y de la otra chica, no quería enseñármelos aún.

La otra chica también estaba en la caja de las fotos. Estaban todos, los grandes, los pequeños, los agradables, los desagradables, todos desconocidos, todos sonrientes, con la misma sonrisa fija, de la que ya estaba harta.

—Ya tengo bastante por hoy.

—¿Quiere que le lea algo?

—Las cartas de mi padre.

Tenía tres suyas, cien de parientes y de amigos a quienes ya no conocía. Deseos de que me curase pronto. Vivimos angustiados. Ya no vivo. Ansio tenerte entre mis brazos. Querida Mi. Mi Micky. Cariño mío. Mi niña. Mi pobre chiquilla.

Las cartas de mi padre eran amables, inquietas, púdicas, decepcionantes. Dos chicos me habían escrito en italiano. Otro, que firmaba François, declaraba que yo le pertenecería siempre, que me haría olvidar este infierno.

Jeanne Murneau solo me había enviado una nota, dos días antes de que me retirasen la máscara. Me la habían traído enseguida, con las cartas. Debía de acompañar una caja de frutas confitadas, o de ropa interior de seda, o el pequeño relojito que llevaba en la muñeca. Decía: «Mi, mi amor, mi pequeño polluelo, no estás sola, te lo juro. No te preocupes. No te sientas desgraciada. Besos. Jeanne».

Esa no había necesidad de que me la leyeran. Me la sabía de memoria.

Me quitaron los armazones y las vendas que me inmovilizaban los brazos. Me pusieron unos guantes de algodón blanco, suaves y ligeros, sin dejarme ver las manos.

—¿Tendré que llevar siempre guantes como estos?

—Lo esencial es que pueda utilizar las manos. Los huesos no se han deformado. Las articulaciones solo le dolerán unos días. Con estos dedos no podrá hacer trabajos de relojería, pero tampoco estará inválida para hacer los gestos habituales. En el peor de los casos, tendrá que renunciar a jugar al tenis.

No era el doctor Dinne quien hablaba, sino uno de los dos médicos a los que había hecho entrar en la habitación. Me respondían con dureza para hacerme un favor, para evitar que me enterneciese conmigo misma.

Me hicieron abrir y cerrar los dedos durante unos minutos, abrir y cerrar las manos sobre las suyas. Se fueron dándome cita para una

radiografía de control, dos semanas después.

Fue la mañana de los doctores. Después de ellos vino un cardiólogo, después el doctor Doulin. Yo iba y venía por la habitación llena de flores, con una falda de lana azul gruesa y una blusa blanca. El cardiólogo me desabrochó la blusa para escuchar un corazón «de buena calidad». Pensaba en mis manos, que miraría pronto, a solas, sin guantes. Pensaba en mis tacones altos, que de repente me habían parecido naturales, y sin embargo, si todo estaba borrado, si me había convertido, de algún modo, en una niña de cinco años, los zapatos de tacón alto, las medias, el pintalabios, todo aquello, ¿no habría tenido que sorprenderme?

—No haga el tonto —dijo el doctor Doulin—. Le he repetido cien veces que no se emocione con tonterías de ese tipo. Si la invito a cenar y sujeta el tenedor correctamente, ¿qué probará eso? ¿Que sus manos recuerdan mejor que usted misma? Si la pongo, incluso, al volante de mi coche, y después de pelearse con las marchas al principio, porque no está acostumbrada al 403, conduce más o menos con normalidad, ¿cree que sabremos algo?

—Pues no lo sé. Tendría que explicármelo usted.

—Tendría que mantenerla aquí unos días más, también. Desgraciadamente, quieren que salga. No tengo ningún medio legal para retenerla, salvo que usted quiera. Y no sé ni siquiera si tengo motivos para pedírselo.

—¿Quién quiere que salga?

—Jeanne Murneau. Dice que no puede esperar más.

—¿Voy a verla?

—¿Por qué cree que se ha organizado todo este revuelo?

Sin mirar me señaló con la mano la habitación, la puerta abierta, a la señora Raymonde que ordenaba mis vestidos, a otra enfermera que sacaba las botellas de champán y pilas de libros que nadie me había leído.

—¿Por qué quiere que me quede?

—Sale usted con una cara agradable, un corazón fuerte, unas manos que podrá utilizar, una tercera circunvolución frontal izquierda que, según parece, se portará de maravilla; pero esperaba que se fuese llevándose también sus recuerdos.

—¿La tercera qué…?

—La tercera circunvolución frontal. El cerebro. La izquierda. Fue su primera hemorragia. La afasia que observé al principio debía de proceder de ahí. No tiene nada que ver con lo demás.

—¿Y qué es lo demás?

—No lo sé. Puede ser simplemente el miedo que debió de sentir en el momento del incendio. O la conmoción. Cuando la casa ardía, usted se arrojó fuera. La encontraron debajo de una escalera, con una brecha en el cráneo de más de diez centímetros. Pero de todos modos la amnesia que sufre no se debe a ninguna lesión del cerebro. Lo creía así al principio, pero es otra cosa.

Estaba sentada en la cama deshecha, con las manos enguantadas de blanco en las rodillas. Le dije que quería irme, que yo tampoco podía aguantar más. Viendo a Jeanne Murneau, hablando con ella, me volvería todo.

Él separó los brazos con aire resignado.

—Estará aquí esta tarde. Querrá llevársela enseguida, desde luego. Si se queda en París, la veré en el hospital o en mi consulta. Si se la lleva al sur, es absolutamente necesario que llame al doctor Chaveres.

Estaba resentido, y noté que me quería. Le dije que iría a verle a menudo, pero que acabaría volviéndome loca si me quedaba más tiempo en aquella habitación.

—Solo hay una locura que pudiera cometer usted —me dijo—. Y sería pensar: «tengo todo el tiempo del mundo para fabricarme otros recuerdos». Más tarde lo lamentaría.

Me dejó con aquella idea, que, en efecto, ya se me había ocurrido. Desde que tenía cara, los quince años borrados no me molestaban tanto. No me quedaba más que un dolor soportable en la

nuca, un peso en la cabeza, y eso también desaparecería. Cuando me miraba en el espejo era yo, con unos ojos de pequeño bonzo, una vida que me esperaba fuera, era feliz, me gustaba a mí misma. Mala suerte para «la otra», porque yo era esta.

—Es muy sencillo: cuando me veo en este espejo me adoro, estoy loca por mí…

Hablaba con la señora Raymonde, haciendo piruetas para que se levantara la falda. Mis piernas siguieron mal a mi entusiasmo. Casi perdí el equilibrio, y me detuve, desconcertada: Jeanne estaba allí.

De pie en el umbral de la habitación, con una mano en el picaporte, el rostro extrañamente inmóvil, el pelo más claro de lo que yo imaginaba, con un traje chaqueta beige que absorbía la luz del sol. Otra cosa de la que no me había dado cuenta, al ver las fotos, es que era muy alta, casi una cabeza más que yo.

Su cara, su actitud, no me eran desconocidas del todo. En un segundo pensé que el pasado iba a resurgir, como una única ola pesada que me arrastraría. Debía de ser el aturdimiento de haber vuelto, o la presencia inesperada, ante mí, de una mujer que me era tan familiar como un personaje que uno ve en sueños. Me eché en la cama e instintivamente me oculté el rostro y los cabellos con las manos enguantadas, como si me diese vergüenza.

Al instante, la señora Raymonde había salido de la habitación, discretamente, y vi que los labios de Jeanne se abrían, oí su voz, que era dulce, profunda y familiar como su mirada, y después ella vino hacia mí y me cogió entre sus brazos:

—No llores.

—No puedo evitarlo.

La besé en la mejilla, en el cuello, lamenté no poder tocarla más que a través de los guantes, reconocí incluso su perfume, que también procedía de un sueño. Con la cabeza apoyada en su pecho, avergonzada de mis cabellos, que ella separaba con una mano

ligera, y que sin duda desvelaban cicatrices, le dije que era muy desgraciada, que quería irme con ella, que no sabía lo mucho que la había esperado.

—Deja que te mire.

Yo no quería, pero me hizo levantar la cabeza y sus ojos, tan cerca de los míos, me hicieron creer de nuevo que todo me iba a ser devuelto. Sus ojos eran dorados, muy claros, y algo indeciso se agitaba en el fondo.

Ella también volvía a conocerme. Me estudiaba con una mirada desconcertada. Al final no pude soportar más aquel examen, aquella búsqueda, en mi rostro, de una joven ya desaparecida. Cogí las muñecas de Jeanne y llorando como una magdalena la aparté de mí.

—Llévame, te lo ruego. No me mires más. ¡Soy yo, Mi! No me mires.

Ella continuó besándome el pelo, llamándome «cariño» y «polluelo» y «ángel mío», y después entró el doctor Dinne, molesto por mis lágrimas, por la estatura de Jeanne, que era dominante, más alta que todas las personas que había en la habitación, más alta que él, que sus ayudantes y que la señora Raymonde.

Dio unas recomendaciones, hubo un largo intercambio de explicaciones sobre mí que yo no escuché, que no quería escuchar. Estaba de pie, acurrucada contra Jeanne. Ella me había pasado un brazo alrededor del cuerpo, y les hablaba con la voz de una reina que se lleva a su hija, a su Mi; yo estaba bien, ya no me daba miedo nada.

Fue ella la que me abrochó el abrigo, un abrigo de ante que yo debía de haber llevado ya, porque las mangas estaban desgastadas. Me colocó la boina en la cabeza, me anudó un pañuelo de seda verde en torno al cuello. Ella fue quien me condujo a través de los pasillos de la clínica hacia una puerta de vidrio salpicada por un sol cegador.

Fuera había un coche blanco, cubierto por una capota negra. Me hizo sentar en un lado, cerró la portezuela, reapareció al volante.

Estaba tranquila, silenciosa, y de vez en cuando me miraba y me sonreía, y me daba un besito rápido en la sien.

Partimos. Grava bajo las ruedas. Una cancela que se abre. Grandes avenidas bordeadas de árboles.

—Es el Bois de Boulogne —dijo Jeanne.

Estaba cansada. Se me caían los párpados. Noté que me deslizaba, que mi cabeza reposaba en el tejido lanudo de su falda. Vi, muy cerca, un trozo de volante que daba vueltas. Estaba maravillosamente viva. Me dormí.

Me desperté en un sofá bajo, con una manta de gruesos cuadros rojos sobre las piernas, en una habitación inmensa cuyas lámparas, encendidas encima de unas mesas, no ahuyentaban la sombra de todos los rincones.

Un fuego ardía en una chimenea alta, a treinta pasos de distancia, muy lejos. Me levanté, con la carga del vacío en mi cabeza más pesada que nunca. Fui hacia el fuego, coloqué un sillón delante, me dejé caer en él y me adormilé vagamente.

Más tarde supe que Jeanne se había inclinado hacia mí. Oí su voz, un murmullo, después, de repente, creí recordar a la madrina Midola, con su silla de ruedas, su chal naranja sobre los hombros, fea, terrible… Abrí los ojos y sentí vértigo, todo estaba alterado, como a través de un vidrio inundado de lluvia.

El mundo se fue aclarando. El rostro claro, los ojos claros de Jeanne estaban puestos en mí. Tuve la impresión de que hacía mucho tierppo que me contemplaba.

—¿Va todo bien?

Dije que sí, que muy bien, y le tendí los brazos para estar cerca de ella. Detrás del cabello, que estaba contra mi nuca. Vi la habitación inmensa, las paredes con frisos, las lámparas, los rincones de sombras, el sofá de donde había venido. Tenía la manta encima de las rodillas.

—¿Dónde estamos?

—En una casa que me han prestado. Ya te lo explicaré. ¿Te encuentras bien? Te has dormido en el coche.

—Tengo frío.

—Te he quitado el abrigo. No debería haberlo hecho. Espera.

Me apretaba más fuerte aún y me frotaba enérgicamente los brazos y la espalda, para darme calor. Me reí. Ella se apartó, con el rostro hermético, vi de nuevo una duda en el fondo de su mirada. Después, bruscamente, unió su risa a la mía. Me tendió una taza que había dejado en la alfombra.

—Bebe. Es té.

—¿He dormido mucho rato?

—Tres horas. Bebe.

—¿Estamos solas aquí?

—No, hay una cocinera y un mozo que no saben qué pensar. Bebe. Estaban muy asombrados cuando te he sacado del coche. Has adelgazado. Te he traído yo sola. Voy a hacer todo lo posible para que vuelvas a estar rellenita. Cuando eras pequeña, ¿no era yo la que se ponía pesada y odiosa hasta conseguir que comieras?

—¿Te odiaba?

—Bebe. No, no me odiabas. Tenías trece años. Se te veían las costillas. No sabes qué vergüenza me daban tus costillas. Bebe, venga.

Me bebí el té de un trago. Estaba tibio, y el gusto no me sorprendió, aunque solo me gustó a medias.

—¿No te gusta?

—Pues no, no mucho.

—Antes te gustaba.

A partir de aquel momento, siempre existiría aquel «antes». Le dije a Jeanne que me habían dado un poco de café en la clínica, los últimos días, y que me gustaba. Jeanne se inclinó hacia el sillón y me dijo que me daría lo que yo quisiera, lo importante es que estuviese allí, viva.

—Antes, en la clínica, no me has reconocido. ¿Verdad? —pregunté.

—Sí, sí te he reconocido.

—¿De verdad me has reconocido?

—Tú eres mi polluelo —me dijo ella—. La primera vez que te vi fue en el aeropuerto de Roma. Eras muy pequeña, cogí una maleta muy grande. Parecías como perdida. Tu madrina me dijo: «Murneau, si no la haces engordar, te echo a la calle». Te alimenté, te lavé, te vestí, te enseñé a hablar italiano, tenis, el juego de las damas, el charlestón, todo. Me debes incluso dos azotes en el culo. De los trece a los dieciocho años no nos separamos más de tres días seguidos. Tú eres mi hija. Tu madrina me dijo: «Es tu trabajo». Ahora, voy a empezar otra vez. Si no vuelves a ser todo lo que eras, me echo a la calle.

Escuchó mi risa, me estudió con una mirada tan intensa que yo me detuve bruscamente.

—¿Qué pasa?

—Nada, cariño. Levántate.

Me cogió por el brazo, me pidió que caminara por la habitación. Retrocedió para observarme. Di algunos pasos vacilantes, con un vacío doloroso en la nuca, y unas piernas que me parecían de plomo.

Cuando volvió hacia mí, pensé que se esforzaba por disimular su desconcierto para no agravar el mío… Consiguió mostrarme una sonrisa confiada, como si yo siempre hubiese sido así, con los pómulos acusados, la nariz breve, los cabellos de tres dedos de largo. En alguna parte de la casa donde nos encontrábamos un reloj sonó siete veces.

—¿Tanto he cambiado? —le pregunté.

—Tu cara ha cambiado. Y además estás cansada, es normal que tus gestos, tus pasos, no sean los mismos. Yo también tendré que acostumbrarme.

—¿Cómo fue?

—Más tarde, cariño.

—Quiero recordarlo. Tú, yo, la tía Midola, mi padre, los demás. Quiero recordar.

—Ya te acordarás.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué no me llevas enseguida a un lugar que conozca, donde me conozcan?

Ella no respondería a aquella pregunta hasta tres días después. Por el momento me apretaba contra su pecho, de pie, me acunaba entre sus brazos, decía que yo era su niñita, que ya no me harían ningún daño porque ella no me dejaría nunca más.

—¿Me dejaste?

—Sí. Una semana antes del accidente. Tenía que arreglar unos asuntos de tu madrina en Niza. Volví a la villa y te encontré medio muerta, debajo de una escalera. Me volví loca buscando una ambulancia, la policía, los médicos…

Estábamos en otra habitación inmensa, un comedor de muebles oscuros, cuya mesa tenía diez pasos de largo. Estábamos sentadas la una junto a la otra. Yo tenía la manta de cuadros encima de los hombros.

—¿Hacía mucho tiempo que yo estaba en Cap Cadet?

—Tres semanas —me dijo ella—. Al principio yo me quedé algunos días con las dos.

—¿Las dos?

—Tú y una joven con la que te gustaba estar. Come. Si no comes, no sigo.

Yo tragaba trozos de bistec a cambio de trozos de pasado. Hacíamos trueque mano a mano, en una gran casa oscura en Neuilly, servida por una cocinera de movimientos furtivos que llamaba a Jeanne por su apellido, sin decir ni señorita ni señora.

—La chica era una de tus amigas de la infancia —dijo Jeanne—. Había crecido en el mismo edificio que tú, en Niza. Su madre lavaba la ropa de tu madre. Os perdisteis de vista hacia los ocho o nueve años, pero os volvisteis a encontrar este año, en febrero. Trabajaba en París. Estabas muy unida a ella. Se llamaba Domenica Loï.

Jeanne me observaba, esperando ver aparecer un signo de reconocimiento en mi rostro. Pero no había esperanzas. Me hablaba de seres cuyo destino me apenaba, pero que me eran extraños.

—¿Y fue esa chica la que murió?

—Sí. La encontraron en la parte quemada de la villa. Parece evidente que tú intentaste sacarla de su habitación, antes de quemarte también. El fuego prendió tu camisón. Debiste de correr hacia la piscina, porque hay una en el jardín. Yo te encontré al pie de las escaleras, una media hora más tarde. Eran las dos de la mañana. Habían acudido algunas personas en pijama, pero nadie se atrevía a tocarte, estaban muy alarmados, no sabían qué hacer. Llegaron enseguida los bomberos de Les Lecques, justo después de llegar yo. Fueron ellos los que te llevaron a La Ciotat, a la enfermería de los astilleros navales. Por la noche pude conseguir una ambulancia de Marsella. Al final vino un helicóptero. Te transportamos a Niza. Te operaron al día siguiente.

—¿Y qué tenía?

—Debiste de tropezar en los últimos escalones y caíste fuera de la casa. A menos que quisieras salir por una ventana y te cayeses desde el primer piso. La investigación no ha aclarado nada. Lo que es cierto, en todo caso, es que caíste de cabeza en los escalones. Te quemaste la cara y las manos. El cuerpo también, pero con menos profundidad, porque el camisón debió de protegerte, a pesar de todo. Los bomberos me lo explicaron, pero se me ha olvidado. Estabas desnuda, negra de pies a cabeza, con trozos de tela calcinados en las manos y la boca. No tenías pelo. La gente que estaba a tu alrededor creía que estabas muerta. Tenías un agujero tan grande como una mano en la parte superior de la cabeza. Esa herida fue la que más problemas nos dio, la primera noche. Después de la operación del doctor Chaveres, firmé un papel para que te hicieran un injerto de piel, porque la tuya no se regeneraba.

Hablaba sin mirarme. Cada una de sus frases me penetraba en la cabeza como una broca al rojo vivo. Separó la silla de la mesa, se

levantó la falda por las piernas. Vi una placa marrón en su muslo derecho, por encima del borde de las medias: el injerto.

Me cogí la cabeza entre las manos enguantadas y me eché a llorar. Jeanne me pasó el brazo por el hombro y nos quedamos así unos minutos, hasta la llegada de la cocinera, que venía a poner una bandeja de fruta encima de la mesa.

—Tengo que contarte todo esto —dijo Jeanne—. Es necesario que lo sepas y que lo recuerdes.

—Ya lo sé.

—Estás aquí, ya no puede pasarte nada. Ya no importa nada de eso.

—¿Cómo se prendió fuego a la casa?

Ella se levantó. La falda volvió a caer. Fue hacia un aparador, encendió un cigarrillo. Dejó un momento la cerilla encendida ante ella y me la enseñó.

—Una fuga de gas en la habitación de la chica. Habían instalado el gas en la villa unos meses antes. La investigación concluyó que se había hecho mal una conexión. La llamita del calentador, en un baño, causó una explosión.

Apagó la cerilla.

—Ven a mi lado —le dije yo.

Ella se acercó, se sentó junto a mí. Yo tendí la mano, le cogí el cigarrillo y aspiré una calada. Me pareció bueno.

—¿Antes fumaba?

—Levántate —dijo Jeanne—. Vamos a dar una vuelta. Llévate una manzana. Y sécate los ojos.

En una habitación de techo bajo, en una cama lo bastante grande para cuatro Michèles enfermas, Jeanne me puso un grueso jersey de cuello alto, el abrigo de ante, el pañuelo verde.

Cogió mi mano enguantada entre las suyas, me condujo a través de las habitaciones desiertas hacia un vestíbulo con suelo de

mármol, donde resonaban nuestros pasos. Fuera, en el jardín de árboles negros, me hizo subir al mismo coche de aquella tarde.

—A las diez te meteré en la cama. Pero antes quiero enseñarte una cosa. Dentro de unos días te dejaré conducir.

—Me gustaría que me repitieras el nombre de la chica.

—Domenica Loï. La llamaban Do. Cuando erais pequeñas había otra niña, que murió hace mucho tiempo de reumatismo articular o algo por el estilo. Os llamaban «primas» porque erais de la misma edad. La otra niña se llamaba Ángela. Las tres erais de origen italiano. Mi, Do y La. ¿Comprendes ahora de donde viene el apodo de tu tía?

Ella conducía rápido, a través de grandes avenidas iluminadas.

—El verdadero nombre de tu tía era Sandra Raffermi. Era la hermana de tu madre.

—¿Cuándo murió mamá?

—Tú tenías ocho o nueve años, no lo sé. Te llevaron a un internado. Cuatro años después tu tía consiguió tenerte con ella. Lo sabrás tarde o temprano, de joven tenía un oficio penoso. Pero luego se convirtió en una dama, se hizo rica. Los zapatos que llevas tú y los que llevo yo son de las fábricas de tu tía.

Me puso una mano en la rodilla y me dijo que si lo prefería eran mis fábricas, porque la Raffermi había muerto.

—¿No te gustaba mi tía?

—Pues no lo sé —dijo Jeanne—. Yo te quiero a ti. El resto me da igual. Tenía dieciocho años cuando empecé a trabajar para la Raffermi. Hacía tacones en uno de sus talleres, en Florencia. Estaba sola, me ganaba la vida como podía. Era en 1942. Vino un día y lo primero que recibí de ella fue una bofetada, que yo le devolví. Entonces me llevó con ella. Lo último que recibí también fue una bofetada, pero no se la devolví. Fue en mayo, este mismo año, una semana antes de su muerte. Hacía dos meses que se sentía morir, y eso no la hacía mejor precisamente para los que la rodeaban.

—¿Y yo, quería a mi tía?

—No.

Me quedé un minuto entero silenciosa, buscando en vano recuperar un rostro que había visto en las fotos, una vieja con quevedos sentada en una silla de ruedas.

—¿Y quería a Domenica Loï?

—¿Quién no la hubiese querido? —respondió Jeanne.

—¿Y tú, la querías?

Ella volvió la cara, vi su mirada iluminada por unos reflejos que pasaban. Alzó los hombros con rapidez y respondió con voz áspera que pronto llegaríamos. Sentí dolor, de repente, dolor, como si me desgarrase, y la cogí del brazo. El coche hizo un extraño. Le pedí perdón y sin duda ella pensó que era por el extraño.

Me enseñó el Arco de Triunfo, la Concordia, las Tullerías, el Sena. Después de la plaza Maubert, nos paramos en una callecita que bajaba hacia el río, ante un edificio iluminado por un letrero de neón: «Hotel Victoria».

Nos quedamos en el coche. Me pidió que mirase el hotel, y vio que el edificio no me recordaba nada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Venías aquí a menudo. Aquí era donde vivía Do.

—Vámonos, por favor.

Ella suspiró, dijo que sí y me besó en la sien. A la vuelta fingí que me dormía de nuevo, con la cabeza en su falda.

Me desnudó, me hizo tomar un baño, me secó con una toalla grande, me tendió un par de guantes de algodón para sustituir los que yo llevaba, y que se habían mojado.

Nos sentamos en el borde de la bañera, ella vestida, yo en camisón. Finalmente fue ella quien me quitó los guantes y yo volví los ojos en cuanto me vi las manos.

Me acostó en la cama grande, me arropó, apagó la luz. Eran las diez, tal y como había prometido. Cuando vio en mi cuerpo las

marcas de las quemaduras, puso una cara rara. Solo me había dicho que no quedaba gran cosa, una mancha en la espalda, dos en las piernas, y que había adelgazado. Noté que se esforzaba por mostrarse natural, pero que cada vez me reconocía menos.

—No me dejes sola. Ya no estoy acostumbrada, y tengo miedo.

Se sentó a mi lado y se quedó un momento. Me dormí con la boca apoyada en su mano. Ella no hablaba. Justo antes del sueño, en ese espacio que linda con la inconsciencia en el que todo es absurdo, en el que todo es posible, por primera vez se me ocurrió la idea de que yo no era nada, solo lo que Jeanne decía de mí, y que bastaba con una Jeanne mentirosa para que yo fuese una mentira.

—Quiero que me expliques cosas ahora. Hace semanas que me dicen: «¡más tarde!». Ayer por la tarde tú decías que yo no quería a mi tía. Dime por qué.

—Porque no era amable.

—¿Conmigo?

—Con nadie.

—Si me llevó a vivir con ella con trece años, debía de quererme…

—Yo no he dicho que no te quisiera. Y además eso la halagaba. No puedes entenderlo. Querer, no querer… ¡tú lo juzgas todo así!

—¿Y por qué estaba conmigo Domenica Loï desde febrero?

—Te encontraste con ella en febrero. Se fue contigo mucho después. El porqué, solo tú lo sabes. ¿Qué quieres que te diga? Tenías un capricho nuevo cada dos o tres días: un coche, un perro, un poeta americano, Domenica Loï… todo eran las mismas tonterías. Con dieciocho años te encontré en un hotel de Ginebra con un oficinista. Con veinte te encontré en otro hotel con Domenica Loï.

—¿Y ella qué era para mí?

—Una esclava, como todo el mundo.

—¿Como tú?

—Como yo.
—¿Y qué pasó?
—Nada. ¿Qué quieres que pasara? Me tiraste una maleta a la cabeza, un jarrón que tuve qué pagar muy caro, y te fuiste con tu esclava.
—¿Y dónde ocurrió eso?
—En la residencia Washington, calle de lord Byron, tercer piso; apartamento 14.
—¿Y adonde fui yo?
—No lo sé. No me preocupé de saberlo. Tu tía solo te esperaba a ti para entregar su alma. Recibí su segunda bofetada en dieciocho años a mi vuelta. Una semana después, había muerto.
—¿Y yo no fui?
—No. No digo que no oyese hablar de ti, porque hacías las suficientes tonterías para que me hablasen, pero no me dirigiste la palabra durante un mes. Más o menos el tiempo necesario para quedarte sin dinero. Y para acumular tantas deudas que ni siquiera los pequeños gigolós confiaban ya en ti. Recibí un telegrama en Florencia. «Perdón, desgraciada, dinero, te beso mil veces en todas partes, en la frente, en los ojos, la nariz, la boca, las dos manos, los pies, sé buena, lloro. Tu Mi». Te juro que ese es el texto exacto, te lo enseñaré.
Me enseñó el telegrama después de vestirme. Lo leí levantada, con un pie encima de una silla, mientras ella me abrochaba las medias, cosa que yo no podía hacer con los guantes.
—Este texto es absurdo.
—Sin embargo, era muy tuyo. Me mandabas otros, ¿sabes? Algunas veces era simplemente: «dinero, Mi». A veces llegaban quince telegramas el mismo día diciendo lo mismo. Enumerabas mis cualidades. O bien alineabas adjetivos que se aplicaban a un detalle u otro de mi persona, según tu humor. Era horripilante, muy costoso además para una idiota que ya no tenía dinero, pero bueno, al menos demostrabas imaginación…

—Hablas de mí como si me odiases.

—Yo no te he dicho cuáles eran las palabras que ponías en esos telegramas. Sabías hacer daño. La otra pierna. No te envié dinero después de la muerte de tu tía, sino que fui. Pon la otra pierna en la silla. Llegué a Cap Cadet un domingo por la tarde. Tú estabas borracha desde la noche anterior. Te metí debajo de la ducha, eché a los gigolós, vacié los ceniceros. Do me ayudó. No abriste la boca durante tres días. Ya está.

Estaba lista. Me puso un abrigo de sarga gris y me lo abrochó, cogió el suyo de una habitación contigua y salimos. Estaba viviendo una pesadilla. No creía ni una sola palabra de lo que me decía Jeanne.

En el coche me di cuenta de que tenía aún el telegrama que ella me había dado. Era una prueba de que no mentía. Nos quedamos silenciosas un rato largo, circulando hacia el Arco de Triunfo, que estaba delante de nosotras pero muy lejos, bajo un cielo desapacible.

—¿Adonde me llevas?

—A ver al doctor Doulin. Ha telefoneado al amanecer. Qué pesado.

Volvió los ojos, me sonrió, me dijo: «Bueno, polluelo mío, qué triste estás».

—Yo no querría ser esa Mi que me describes. No lo entiendo. Ignoro cómo lo sé, pero sé que no soy así. ¿He podido cambiar hasta ese punto?

Ella respondió que yo había cambiado mucho.

Pasé tres días leyendo cartas antiguas, haciendo inventario de las maletas que Jeanne había traído de Cap Cadet.

Intenté aprenderme a mí misma, sistemáticamente, y Jeanne, que no me abandonaba jamás, a veces tampoco sabía muy bien qué sentido dar a lo que yo descubría. Una camisa de hombre cuya presencia no podía explicar. Un revólver pequeño, con las cachas de

nácar, cargado, que jamás había visto. Cartas que no sabía quién había escrito.

A pesar de los defectos, poco a poco me fui haciendo una imagen de mí misma que no cuadraba con aquello en lo que me había convertido. Yo no era tan tonta, tan vanidosa ni tan violenta. No tenía deseo alguno de beber, ni de levantarle la mano a una criada torpe, ni de bailar encima de un coche, ni de caer en los brazos de un corredor sueco ni del primer chico que pasase y tuviese los ojos bonitos y la boca tierna. Pero aunque todo aquello podía parecerme incomprensible a causa del accidente, no era lo más inquietante. Sobre todo, no me creía aquella sequedad de corazón que me había permitido, antaño, irme de fiesta la misma noche que me enteré de la muerte de la madrina Midola e incluso olvidarme de ir a su entierro.

—Sin embargo, todo eso era muy tuyo —repetía Jeanne—. Y además, nada te dice que eso significase falta de corazón. Yo te conocía bien. Podías ser muy desgraciada. Eso se traducía en cóleras ridiculas, y más habitualmente, desde hacía dos años, en una necesidad imparable de compartir tu lecho con todo el mundo. En el fondo, debías de pensar que nos engañabas. Con trece años a eso se le dan bonitos nombres: sed de ternura, tristeza de huérfana, añoranza del seno materno. Con dieciocho años, se usan términos médicos mucho más feos.

—¿Qué cosas tan terribles hacía?

—No eran terribles, eran pueriles.

—¡No respondes nunca a mis preguntas! Me dejas imaginar cualquier cosa, y desde luego, me imagino horrores… ¡Lo haces a propósito!

—Bébete el café —me decía Jeanne.

Tampoco Jeanne cuadraba con la idea que me hice de ella la primera tarde, la primera noche. Se había encerrado en sí misma, cada vez se mostraba más distante. Había algo en lo que yo decía, o en lo que hacía, que le desagradaba siempre, y notaba que aquello la carcomía. Me observaba durante largos minutos sin decir nada, y

después, de repente, empezaba a hablar muy rápido, y volvía incansablemente al relato del incendio o a aquel día, un mes antes, en que me había encontrado borracha en Cap Cadet.

—Lo mejor será que vaya allí.

—Iremos dentro de unos días.

—Quiero ver a mi padre. ¿Por qué no puedo ver a los que conocía?

—Tu padre está en Niza. Es viejo. No le hará ningún bien verte en este estado. En cuanto a los demás, prefiero esperar un poco.

—Pues yo no.

—Pues yo sí. Escucha, polluelo mío: quizá baste con unos pocos días para que, de repente, te vuelva todo. ¿Crees que me es fácil impedir que tu padre te vea? Cree que estás aún en la clínica. ¿Crees que resulta fácil apartar a todos esos buitres? Quiero que estés bien curada cuando les veas.

Curar. Sabía ya tantas cosas de mí misma sin recordar ni un ápice que ya no creía en nada. En casa del doctor Doulin había inyecciones, juegos de habilidad con alambres, luces en los ojos, escritura automática. Me pinchaban en la mano derecha y la colocaban detrás de una pantalla que me escondía lo que yo iba escribiendo. No sentía ni el lápiz que me ponían entre los dedos ni el movimiento de la mano. Mientras llenaba tres páginas, sin darme cuenta, el doctor Doulin y su ayudante hablaban conmigo del sol del sur, de los placeres del mar. Esa experiencia, efectuada ya dos veces, no nos había enseñado nada, sino que mi escritura estaba espantosamente deformada por los guantes. El doctor Doulin, a quien ya no creía más que a Jeanne, afirmaba que aquellas sesiones liberarían ciertas inquietudes «de un personaje inconsciente» qüe él sí recordaba. Yo había leído las páginas que «escribía». Eran palabras sin sentido, incompletas, la mayor parte de ellas «parafasias», como en los peores días de la clínica. Las que se repetían más a menudo eran palabras como nariz, ojos, boca,

manos, pelo, hasta el punto de que tenía la impresión de releer el telegrama enviado a Jeanne.

Era una estupidez.

La «gran escena» tuvo lugar el cuarto día. La cocinera estaba en la otra punta de la casa, el mozo había salido. Jeanne y yo estábamos sentadas en los sillones del salón, delante del fuego, porque yo seguía teniendo frío. Eran las cinco de la tarde. Yo tenía unas cartas y fotos en una mano, una taza vacía en la otra.

Jeanne fumaba, con ojeras bajo los ojos, rechazando una vez más mi petición de ver a aquellos a quienes había conocido.

—No quiero, eso es todo. ¿A quién crees que conocías? ¿A ángeles bajados del cielo? No dejarán escapar a una presa tan fácil.

—¿Yo, una presa? ¿Por qué motivo?

—Un motivo que se escribe en cifras con muchos ceros. Cumplirás veintiún años en noviembre. En ese momento se abrirá el testamento de la Raffermi. Pero no es necesario abrirlo en realidad para calcular el número de millones de liras que pasarán a tu nombre.

—Sería bueno que me explicases todo eso también.

—Pensaba que ya lo sabías.

—¡No sé nada, nada! ¡Ya ves que no sé nada!

Ella cometió su primera torpeza:

—¡Ya no veo lo que sabes o lo que no sabes! Estoy confusa. No duermo. En el fondo, te sería tan fácil representar una comedia…

Arrojó su cigarrillo al fuego. Fue justo en ese momento cuando me levanté del sillón y en el reloj de la entrada sonaron cinco campanadas.

—¿Comedia? ¿Qué comedia?

—¡La amnesia! —exclamó ella—. ¡Es una idea buena, muy buena! Ninguna lesión, ni rastro, evidentemente, pero ¿quién puede asegurar que una amnésica no es amnésica, sino ella misma?

Se había levantado también, irreconocible. Y de pronto fue Jeanne de nuevo: cabellos claros, ojos dorados, rostro tranquilo, cuerpo alto y delgado con una falda amplia, una cabeza más alta que yo.

—No sé lo que digo, cariño.

Mi mano derecha partió antes de que la hubiese oído siquiera. Golpeé a Jeanne en la comisura de la boca. El dolor me subió hasta la nuca, caí hacia delante encima de ella, que me cogió por los hombros, me volvió, me apretó contra su pecho para inmovilizarme. Yo tenía los brazos demasiado pesados para intentar librarme.

—Cálmate —me dijo.

—¡Déjame! ¿Con qué fin iba a representar esa comedia? ¿Con qué fin? Eso tendrás que decirlo, ¿no?

—Cálmate, te lo ruego.

—¡Soy idiota, me lo has repetido muchas veces! ¡Pero no hasta ese punto! ¿Con qué fin? ¡Explícamelo! ¡Suéltame!

—¡Tienes que calmarte! ¡No grites!

Me hizo retroceder, me sentó a la fuerza encima de ella, en su sillón, con un brazo alrededor de mis hombros, la otra mano en la boca, su rostro detrás del mío.

—No he dicho nada. He dicho una tontería. No grites, que nos van a oír. Desde hace tres días estoy como loca. ¡Y tú no te das cuenta!

Cometió su segunda torpeza, con la boca muy cerca de mi oreja, un murmullo rabioso que me asustaba mucho más que los gritos:

—¡No puedes haber hecho tantos progresos en tres días sin querer! ¿Cómo puedes andar como ella, reír como ella, hablar como ella, si no te acuerdas?

Grité en su mano, todo se puso negro durante un momento muy breve, y cuando volví a abrir los ojos, estaba echada en la alfombra. Jeanne estaba inclinada encima de mí, mojándome la frente con un pañuelo.

—No te muevas, cariño.

Vi la marca del golpe que le había dado a un lado de la cara. Sangraba un poco por la comisura de los labios. Por lo tanto, no era una pesadilla. La miré mientras desabrochaba la cinturilla de mi falda y me levantaba entre sus brazos. También ella tenía miedo.

—Bebe, cariño.

Tragué algo muy fuerte. Me encontré mejor. La miré, y estaba tranquila. La comedia, me decía yo, ahora sí que sería capaz de representarla. Cuando me atrajo hacia sí «para hacer las paces», de rodillas junto a mí en la alfombra, yo le rodeé maquinalmente el cuello con los brazos. Me sentí sorprendida, de repente, y casi trastornada, al sentir en mis labios el gusto de sus lágrimas.

Me dormí muy tarde aquella noche. Durante horas, inmóvil entre las sábanas, pensaba en las palabras de Jeanne, intentaba descubrir lo que, desde su punto de vista, podía motivar que yo simulase la amnesia. No encontraba explicación. No adivinaba tampoco lo que la atormentaba, pero tenía la certeza de que tenía buenas razones para mantenerme aislada en una casa en la que ni la cocinera ni el mozo me conocían. Esas razones podría saberlas al día siguiente: como ella no quería mostrarme aún a aquellos a los que había conocido, bastaba con presentarme ante uno de ellos para que se produjera lo que ella precisamente quería evitar. Ya lo vería.

Tenía que ver a alguno de mis amigos que viviese en París. El que elegí, y del cual tenía la dirección en el dorso de un sobre, era el chico que me había escrito que yo le pertenecería siempre.

Se llamaba François Chance, y vivía en el bulevar Suchet. Jeanne me había dicho que era abogado, y que no había tenido mucha suerte con la Mi que yo era antaño.

Al dormirme viví veinte veces el plan que me había trazado para escapar, al día siguiente, de la vigilancia de Jeanne. Ese pensamiento me pareció que estaba a punto de recordarme otro momento de mi vida, pero pronto pasó. El sueño llegó a mí cuando descendía por vigésima vez de un Fiat 1500 blanco, en una calle de París.

Cerré la portezuela de golpe.

—¡Pero estás loca! ¡Espera!

Bajó a su vez del coche y se unió a mí en la acera. Aparté su brazo.

—Me las arreglaré muy bien. Solo quiero andar un poco, mirar los escaparates, estar sola… ¿No comprendes que tengo necesidad de estar sola?

Le enseñé la carpeta que tenía en la mano. Unos recortes de periódico se escaparon de ella y se desperdigaron por la acera. Me ayudó a recogerlos. Eran los artículos que habían aparecido después del incendio. El doctor Doulin me los había enviado después de una sesión inútil de luces, pruebas de manchas y fatiga. Una hora perdida que habría podido usar con más provecho confesándole mis verdaderas inquietudes. Por desgracia, Jeanne insistía en estar presente en nuestras conversaciones.

Me cogió por los hombros, elegante, con el pelo de oro bajo el sol de mediodía. Yo me separé más aún.

—No eres nada razonable, querida —me dijo—. Pronto será la hora de comer. Esta tarde ya te llevaré a dar una vuelta por el bosque.

—No. Te lo ruego, Jeanne. Lo necesito.

—Bien. Entonces te sigo.

Se apartó y volvió a subir al coche. Estaba enojada, pero no furiosa, como yo había pensado. Recorrí un centenar de metros por la acera, me crucé con un grupo de chicas que salían de la oficina o del taller, atravesé una calle. Me detuve delante de una tienda de ropa interior. Cuando volví los ojos, vi que el Fiat se detenía en doble fila, a mi altura. Fui hacia Jeanne. Ella se inclinó por encima del asiento vacío y bajó el cristal.

—Dame dinero —le dije.

—¿Para qué?

—Quiero comprar unas cosas.

—¿En esa tienda? Puedo llevarte a otras mejores.

—Pero yo quiero ir a esa. Dame dinero. Mucho. Me apetecen muchas cosas.

Ella levantó las cejas, resignada. Esperaba que me acusara de actuar como si tuviera doce años, pero no dijo nada. Abrió el bolso, sacó unos billetes que había en él y me los dio.

—¿No quieres que te ayude a escoger? Solo yo sé lo que te va.

—Me las arreglaré bien.

Cuando entré en la tienda, oí detrás de mí:

—¡Cariño! Talla 42.

A la vendedora que vino a recibirme a la entrada le enseñé un vestido que estaba puesto en un maniquí de madera, unas combinaciones, ropa interior, un jersey, que estaban en el escaparate.

Dije que no tenía tiempo de probármelo, que quería paquetes separados. Después, abrí la puerta de nuevo y llamé a Jeanne. Ella bajó del coche con un rostro marcado por el hastío.

—Es demasiado caro. ¿Me haces un talón?

Entró en la tienda delante de mí. Mientras preparaba el talón, cogí los primeros paquetes, que ya estaban listos, dije que los llevaba al coche y salí.

En el salpicadero del Fiat dejé la nota que llevaba en el bolsillo del abrigo:

«Jeanne, no te preocupes por mí, no me busques, ya me reuniré contigo en casa o te llamaré por teléfono. No tienes nada que temer de mí. Ignoro lo que te da miedo, pero te beso allí donde te pegué, porque te quiero y porque me duele mucho haberlo hecho. Me he empezado a parecer a tus mentiras».

Mientras me alejaba, un agente de policía vino a decirme que el coche no podía seguir en doble fila. Yo le respondí que no era mío, y que eso no me incumbía.

Yo habría asesinado

El taxi me dejó en el bulevar Suchet, delante de un edificio con grandes cristaleras que parecía reciente. Vi el nombre de aquel a quien buscaba en una placa en la entrada. Subí al tercero, a pie, por no sé qué extraño temor al ascensor, y llamé a la puerta sin pensar. Amigo, amante, enamorado, buitre, ¿qué importa lo que fuese?

Un hombre de treinta años vino a abrirme, un chico alto, vestido de gris, guapo. Oía discutir a otras personas en el piso.

—¿François Chance?

—No está. ¿Había quedado con él? No me ha dicho que tuviese una cita.

—No tenía cita.

Dudando, me hizo entrar en un vestíbulo grande con las paredes desnudas, sin muebles, dejando la puerta abierta. No tenía la sensación de conocerle, pero él me miraba de los pies a la cabeza de una manera curiosa. Le pregunté quién era.

—¿Cómo que quién soy? ¿Y usted?

—Soy Michèle Isola. Salgo de la clínica. Conozco a François y querría hablar con él.

El hombre, eso era bien visible en su mirada desorientada, también conocía a Michèle Isola. Se alejó lentamente, moviendo un par de veces la cabeza con aire dubitativo, y después me dijo:

—Perdón.

Y se precipitó hacia una habitación que había al fondo del vestíbulo. Volvió acompañado de un hombre mayor, más gordo, menos guapo, que llevaba todavía una servilleta en la mano y que no había tragado aún el último bocado.

—¡Micky!

Quizá tuviera unos cincuenta años, las sienes sin pelo, la cara floja. Arrojó la servilleta en las manos del que había venido a abrirme, se acercó a mí a grandes zancadas.

—Ven, no te quedes ahí. ¿Por qué no has llamado? Ven.

Me arrastró hacia una habitación y cerró la puerta. Me puso las manos en los hombros y me mantuvo así delante de él, a la distancia de los brazos. Tuve que soportar aquel examen durante varios segundos.

—¡Qué sorpresa, es una verdadera sorpresa! Evidentemente, me ha costado reconocerte, pero estás encantadora, pareces tener buena salud. Siéntate. Cuéntame. ¿Y la memoria?

—¿Está al corriente?

—Evidentemente que estoy al corriente… Murneau me telefoneó anteayer. ¿No ha venido contigo?

La habitación debía de ser su despacho. Tenía una mesa grande de caoba cubierta de papeles, unos sillones austeros, libros detrás de los cristales.

—¿Cuándo has salido de la clínica? ¿Esta mañana? No habrás hecho ninguna tontería, ¿verdad?

—¿Quién es usted?

Él estaba sentado frente a mí, me cogía la mano enguantada. La pregunta le desconcertó, pero por la expresión de su rostro (sorprendido, divertido, después apenado) la podía ver recorriendo rápidamente su espíritu.

—¿No sabes quién soy y vienes a verme? ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está Murneau?

—Ella ignora que estoy aquí.

Notaba que él iba de sorpresa en sorpresa, que las cosas debían de ser más sencillas de lo que yo pensaba. Me soltó la mano.

—Si no te acuerdas de mí, ¿cómo sabes mi dirección?

—Por su carta.

—¿Qué carta?

—La que recibí en la clínica.

—Yo no te escribí.

Esta vez me tocaba a mí abrir mucho los ojos. Él me miraba como se mira a un animal, y veía en sus rasgos que no dudaba ya de mi memoria, sino de mi cordura.

—Espera un momento —dijo de pronto—. No te muevas.

Me levanté con él y le impedí que accediera al teléfono. A mi pesar levanté el tono, y me puse a gritar.

—¡No haga eso! Yo recibí una carta y el sobre llevaba su dirección. ¡He venido para saber quién era, y para que me dijese quién soy yo!

—Cálmate. No entiendo lo que me dices. Si Murneau no está al corriente, debo llamarla. No sé cómo has conseguido salir de esa clínica, pero está claro que ha sido sin el permiso de nadie.

Me cogió de nuevo por los hombros, intentó hacerme sentar en el sillón que yo había abandonado. Estaba muy blanco a la altura de las sienes, pero sus mejillas se habían teñido súbitamente de púrpura.

—¡Se lo suplico, tiene que contarme algo! Me he hecho unas ideas algo tontas, pero no estoy loca. Se lo ruego.

No conseguía que me sentara, y renunció. Le cogí por el brazo cuando hizo un nuevo movimiento hacia el teléfono que se encontraba encima de la mesa.

—Cálmate —dijo—. No quiero hacerte ningún daño. Te conozco desde hace años.

—¿Quién es usted?

—¡François! Soy abogado. Me ocupo de los asuntos de la señora Raffermi. Formo parte del «registro».

—¿El «registro»?

—El libro de cuentas. Son los que trabajan para ella. Los que están en su nómina. Soy un amigo, sería demasiado largo explicártelo. Era yo quien me ocupaba de sus contratos en Francia, ¿me comprendes? Siéntate.

—¿No me escribió usted después del accidente?

—No. Murneau me pidió que no lo hiciera. Tuve noticias tuyas, como todo el mundo, pero no te escribí. ¿Qué te iba a decir?

—Que yo le pertenecería siempre.

Al repetir las palabras me di cuenta de hasta qué punto era estúpido imaginar que aquel hombre de gruesa papada, que habría podido ser mi padre, me hubiese escrito una carta como esa.

—¿Cómo? ¡Es ridículo! ¡Jamás me habría permitido nada semejante! ¿Dónde está esa carta?

—No la tengo.

—Escucha, Micky. Ignoro lo que tienes en la cabeza. Es posible que en el estado en que te encuentras, te imagines cosas. Pero te lo ruego, déjame telefonear a Murneau.

—Precisamente ha sido Jeanne quien me ha dado la idea de venir a verle. Recibí una carta suya de enamorado, y después Jeanne me dijo que usted nunca había tenido suerte conmigo: ¿qué quería que yo me imaginara?

—¿Murneau leyó esa carta?

—No lo sé.

—No lo entiendo —dijo él—. Si Murneau te ha dicho que yo no tenía suerte contigo, es porque tú tenías la costumbre de hacer ese juego de palabras, pero hacía alusión a otra cosa. Es verdad que me causaste muchos problemas.

—¿Problemas?

—Dejemos eso, te lo ruego. Son deudas pueriles, alerones de coche chafados, cosas sin importancia. Siéntate, sé amable y deja que la llame. ¿Has comido ya, al menos?

No tuve el valor de retenerle una vez más. Le dejé dar la vuelta a la mesa, marcar el número. Retrocedí lentamente hacia la puerta. Al

escuchar el timbre, al otro lado del hilo, él no apartaba la vista de mí, pero era evidente que no me veía.

—¿Sabes si está en casa en estos momentos?

Colgó y volvió a marcar. ¿A mi casa? A él, igual que a los demás, Jeanne no le había contado dónde me tenía, porque creía que había salido de la clínica aquella mañana mismo. Comprendí que antes de venir a buscarme, ella tuvo que vivir durante varias semanas en otro domicilio, que sería «mi casa»: era allí adonde llamaba él.

—No responde.

—¿Adonde llama?

—A la calle Courcelles, claro. ¿Ha ido a comer a otro sitio?

Le oí gritar: «¡Micky!» detrás de mí cuando ya estaba en el vestíbulo, abriendo la puerta de entrada. No había notado las piernas tan cansadas en mi vida, pero los escalones eran amplios, los zapatos de la madrina Midola de buena calidad, y no me caí al bajar.

Caminé un cuarto de hora a través de las calles vacías, en torno a la puerta de Auteuil. No me di cuenta de que al brazo seguía llevando la carpeta con recortes de periódico del doctor Doulin. Me detuve ante un escaparate que hacía de espejo para asegurarme de que llevaba la boina bien puesta, y que no parecía una malhechora. Vi a una joven de rasgos cansados, pero tranquila y bien vestida, y después, justo detrás, al hombre que me había abierto la puerta en casa de François Chance.

No pude evitar llevarme la mano libre a la boca, volviéndome con un sobresalto que me dolió desde los hombros hasta la coronilla.

—No tengas miedo, Micky, soy un amigo. Ven. Tengo que hablar contigo.

—¿Quién es usted?

—No temas nada. Te lo ruego, ven. Solo quiero hablar contigo.

Me cogió por el brazo con un gesto sin brusquedad alguna. Yo me dejaba hacer. Estábamos demasiado lejos para que pudiera

volverme a llevar a la fuerza a la casa de François Chance.

—¿Me ha seguido?

—Sí. Cuando has venido así de repente, he perdido la cabeza. No te reconocía, y tú tampoco parecías conocerme. Te he esperado delante del edificio en coche, pero has salido tan rápido que no te he podido avisar. Después has girado hacia una calle en sentido prohibido, y me ha costado mucho volver a encontrarte.

Me sujetaba firmemente hasta su coche, un automóvil negro aparcado en una plaza que acababa de atravesar.

—¿Adonde me lleva?

—Adonde quieras. ¿No has comido? ¿Te acuerdas de Chez Reine?

—No.

—Es un restaurante. Vamos a menudo. Tú y yo. Micky, te aseguro que no debes tener miedo.

Me cogió por el brazo y dijo, muy rápido:

—Era a mí a quien venías a ver, esta mañana. En el fondo, no creía que vinieses nunca. Ignoraba esta… bueno, que no te acordases. Ya no sabía qué pensar.

Tenía los ojos muy oscuros, muy brillantes, una voz monótona, pero agradable, que iba bien con su nerviosismo. Parecía fuerte y atormentado. Me desagradaba, sin ningún motivo especial, pero no tenía ya miedo de él.

—¿Ha escuchado detrás de la puerta?

—Te he oído desde el vestíbulo. Sube, te lo ruego. La carta era mía. Yo también me llamo François. François Roussin. Te has confundido por la dirección…

Cuando me senté junto a él, en el coche, me pidió que le tuteara, como antes. Yo era incapaz de pensar con coherencia. Le vi sacar las llaves, encender el contacto, me extrañó ver temblar su mano. También me extrañaba de no temblar yo misma. Supongo que debí de amar a aquel hombre, puesto que había sido amante mío. Era normal que al volver a encontrarse conmigo estuviera nervioso. Yo

me sentía entumecida de pies a cabeza. Si temblaba, era de frío. Nada era tan real como el frío.

Me había dejado el abrigo puesto. Tenía la impresión de que el vino me calentaba, bebí demasiado y ya no tenía las ideas claras.

Le había conocido el año anterior en casa de François Chance, donde él trabajaba. Me quedé diez días en París, en otoño. La manera que tenía de contar el principio de nuestra relación daba a entender que él no era mi primera aventura, y que le había secuestrado prácticamente, apartándolo de sus ocupaciones y encerrándolo conmigo en un hotel de Milly-la-Forêt. Después de volver a Florencia, le había escrito unas cartas ardientes que me enseñó. Evidentemente, yo le engañaba, pero solo para provocar, por hastío de una vida estúpida, porque estaba lejos de él. No había conseguido que mi tía le arreglase a él un falso viaje de negocios a Italia. Nos volvimos a ver aquel mismo año, en enero, cuando yo vine a París. Una gran pasión.

El final de la historia, porque forzosamente debía tener uno (el accidente), me parecía muy nebuloso. Quizá fuese en parte el efecto del vino, el caso es que los acontecimientos se iban confundiendo cada vez más y más a partir de la entrada en escena del personaje de Domenica Loï.

Hubo una discusión, unas citas a las que no acudimos, otra discusión en la que yo le di una bofetada a ella, otra discusión más en la que yo no le di una bofetada, sino una paliza, con una cólera tal que ella me suplicaba de rodillas, y llevó durante ocho días las marcas de mis golpes. Y hubo también un episodio, sin relación aparente con la acción, en el que hubo una falta de delicadeza por parte de él, mía o de Do. Y después cosas que no tenían ninguna relación con nada: los celos, una discoteca en l’Etoile, la influencia equívoca de un personaje diabólico (Do) que quería separarme de él (François), una huida súbita en el MG, en el mes de junio, cartas sin

respuesta, el regreso del sargento (Jeanne), la influencia cada vez más y más equívoca del personaje diabólico sobre el sargento, una voz preocupada al teléfono (la mía) en el curso de una conversación París-Cap Cadet que duró veinticinco minutos y que le costó una fortuna.

Como él hablaba sin parar, no comía. Pidió una segunda botella de vino, se agitaba mucho, fumaba mucho. Adivinaba que todo lo que me estaba contando me parecía falso. Acabó por repetir: «te lo aseguro» al final de cada frase. Yo tenía una bola de hielo en el pecho. Cuando pensé en Jeanne de repente, me dieron ganas de dejar caer mi cabeza apoyada en los brazos encima del mantel, para dormir o para sollozar. Ella me encontraría, ella me pondría la boina en la cabeza, me llevaría lejos de todo aquello, lejos de aquella voz malvada y monótona, de aquellos ruidos de vajilla, de aquel humo que me escocía en los ojos…

—Vámonos.

—Espera, un segundo más. ¡Por favor, no te vayas! Tengo que llamar al despacho.

De haber estado menos entumecida o menos asqueada, me habría ido. Encendí un cigarrillo que no pude soportar y apagué inmediatamente en el plato. Me dije que contada de otra manera aquella historia me habría parecido menos fea, y quizá me habría reconocido en ella. Exteriormente, nada es cierto. Pero ¿quién podía saber lo que esa pequeña atolondrada tenía en el corazón, salvo yo? Cuando recuperase mis recuerdos, los acontecimientos probablemente serían los mismos, pero la historia sería totalmente distinta.

—Ven —dijo él—. No te aguantas de pie. No te voy a dejar.

Me cogió por el brazo otra vez. Abrió una puerta cristalera. En los muelles hacía sol. Me senté en su coche. Pasamos por unas calles empinadas.

—¿Adonde vamos?

—A mi casa. Escucha, Micky, me doy cuenta de que te he contado todo esto muy mal, querría que lo olvidaras todo. Volveremos a hablar cuando hayas dormido un poco. Todos estos golpes, estas emociones repetidas, comprendo que te dejen hundida. No me juzgues con demasiada rapidez.

Como había hecho Jeanne, mientras conducía me puso una mano en la rodilla.

—Es maravilloso —dijo— volver a verte.

Cuando me desperté acababa de hacerse de noche. No me había dolido tanto la cabeza desde los primeros días de la clínica. François me sacudía el brazo.

—Te he hecho café. Te lo traigo.

Estaba en una habitación con las cortinas corridas, con muebles disparejos. La cama en la que estaba echada, con falda y jersey y una cubierta encima de las piernas, era un sofá-cama, y volví a ver a François preparándolo. En una mesita pequeña, a la altura de mis ojos, vi una foto mía, al menos de aquella que era «antes», en un marco de plata. Al pie de un sillón situado frente a la cama, los recortes de prensa del doctor Doulin se habían desplegado sobre la alfombra. François debía de haberlos leído mientras yo dormía.

Volvió con una taza humeante. Me sentó muy bien. Él me miraba sonriente mientras yo bebía, con las manos en los bolsillos del pantalón, en mangas de camisa, al parecer, muy contento de sí mismo. Miré el reloj. Se había parado.

—¿He dormido mucho tiempo?

—Son las seis. ¿Te encuentras mejor?

—Me parece que habría podido dormir todavía años y años. Me duele la cabeza.

—¿Hay que hacer algo? —me preguntó él.

—No lo sé.

—¿Quieres que llame a un médico?

Se sentó en la cama junto a mí, y cogió la taza vacía que yo tenía en las manos. La colocó en la alfombra.

—Sería mejor llamar a Jeanne.

—Hay un médico en este edificio, pero no tengo el teléfono. Y además, te confieso que no tengo ningunas ganas de verla aparecer otra vez en mi casa.

—¿No te gusta?

Él se rió y me cogió entre sus brazos.

—Te he recuperado —dijo—. No has cambiado, en realidad. Siempre hay personas que nos gustan y otras que no. No, no te muevas. Tengo derecho a tenerte un poco, después de todo este tiempo.

Me hizo bajar la cabeza, me pasó la mano por el pelo, me besó dulcemente bajo la nuca.

—No, ella no me gusta. Contigo, habría que querer a todo el mundo. Incluso a esa pobre chica, que sin embargo, Dios sabe…

Sin dejar de besarme, hizo un gesto con la mano señalando a los recortes de prensa de la alfombra.

—He leído eso. Ya me lo habían contado, pero los detalles son terribles. Me alegro mucho de que pudieras salir de todo eso. Déjame verte el pelo.

Me puse rápidamente una mano en la cabeza.

—No, te lo ruego.

—¿Tienes que llevar los guantes? —me dijo.

—Por favor…

Me dió un beso en la mano enguantada, la levantó suavemente, me besó el pelo.

—Esto es lo que más te cambia, el pelo. Durante la comida, antes, varias veces he tenido la impresión de hablar con una extraña.

Cogió mi rostro entre sus manos y me miró un rato largo, muy de cerca.

—Sin embargo, eres tú de verdad, eres Micky. Te he visto dormir. A menudo te veía dormir, como ya sabes. Hace un momento, tenías la misma cara.

Me besó en la boca. Un beso leve y seco, primero, para ver cómo reaccionaba yo, y después, más rato. Se iba apoderando de mí otro entumecimiento que no se parecía en nada al de la comida, que era como un dulce desgarramiento de todos los miembros. Una sensación que venía de antes de la clínica, de antes de la luz blanca, «de antes», sencillamente. No me moví. Estaba muy atenta, y creo que tenía la esperanza absurda de recuperarlo todo con un beso. Me aparté porque ya no podía respirar.

—¿Me crees ahora? —me dijo él.

Tenía una risita satisfecha, un mechón moreno en la frente. Era esa frase la que lo falseaba todo. Me separé más.

—¿Venía a menudo a esta habitación?

—No, no muy a menudo. Yo iba a tu casa.

—¿Adonde?

—A la residencia, en la calle Lord Byron, y después a la calle Courcelles. ¡Mira, una prueba!

Se levantó bruscamente, fue a abrir unos cajones y volvió a mi lado, tendiéndome un pequeño llavero con unas llaves.

—Tú me las diste cuando te instalaste en la calle Courcelles. Algunas tardes no cenabas conmigo y nos encontrábamos allí.

—¿Un piso?

—No. Una casita. Muy bonita. Murneau te la enseñará. O si quieres vamos juntos. Estaba muy bien aquello.

—Cuéntame.

Él se rió de nuevo, rodeándome con los brazos. Yo me eché en la cama, con las duras llaves en la palma de la mano.

—¿Contarte qué? —preguntó.

—Lo nuestro. Jeanne. Do.

—Lo nuestro es lo interesante. No la Murneau. Ni la otra. A causa de la otra yo dejé de ir.

—¿Por qué?

—Ella te trastornaba. En cuanto te la llevaste allí, ya nada fue bien. Te volvía loca. Tenías ideas locas.

—¿Y cuándo fue eso?

—No lo sé. Hasta que os fuisteis al sur las dos.

—¿Y cómo era ella?

—Escucha, ella ha muerto. No me gusta hablar mal de los muertos. Además, ¿qué importancia tiene ya, cómo fuera ella? Tú la veías de otro modo: amable, encantadora, se habría dejado matar por ti. ¡Y tan inteligente! Debía de ser inteligente, eso es cierto. Supo manipularte muy bien, y manipular también a la Murneau. Le faltó muy poco para manipular incluso a la abuelita Raffermi…

—¿Conocía a mi tía?

—No, afortunadamente. Pero si tu tía hubiese muerto un mes más tarde, puedes estar segura de que la habría conocido y habría conseguido su parte del pastel. Tú estabas dispuesta a llevarla. Ella tenía muchísimas ganas de conocer Italia.

—¿Por qué dices que yo me había enemistado contigo?

—Porque yo le molestaba.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! Pensaba que tú te casarías conmigo. Cometiste el error de hablarle de nuestros proyectos. Y ahora cometemos un error hablando de todo esto. Ya basta.

Me besó en el cuello, en la boca, pero yo ya no notaba nada, e intentaba ordenar mis pensamientos, inerte.

—¿Por qué decías antes que estabas contento de que yo hubiese intentado sacarla de su habitación, durante el incendio?

—Porque yo la habría dejado que se muriese. Y otras cosas. Dejémoslo ya, Micky.

—¿Qué cosas? —quise saber.

—Cuando me enteré, yo estaba en París. No entendía muy bien qué era lo que había pasado. Me imaginé Dios sabe qué. No creía que fuese un accidente. En fin, no un accidente por azar.

Me quedé sin voz. Estaba loco. Decía cosas horribles, levantándome poco a poco la falda con una mano y desabrochándome el cuello del jersey con la otra. Intenté levantarme.

—Déjame.

—¿Ves? Deja ya de pensar en todo eso.

Me empujó brutalmente hacia la cama otra vez. Quise apartar aquella mano que subía por mis piernas, pero fue él quien apartó la mía y me hizo daño.

—¡Déjame!

—¡Escucha, Micky…!

—¿Por qué has pensado que no fue un accidente?

—¡Mierda! ¡Hay que estar loco de atar para creer en un accidente, cuando se conoce a la Murneau! ¡Hay que estar loco para creer que ella hubiese dejado pasar una conexión mal hecha durante las tres semanas que estuvo allí! Puedes estar tan segura como que la Tierra es redonda de que esa conexión era impecable.

Me debatí como pude. Él no me dejaba. La lucha le impulsaba a luchar más todavía. Desgarró la parte superior de mi jersey y eso fue lo que le detuvo. Vio que lloraba y me dejó.

Busqué mi abrigo, los zapatos. No oía lo que me estaba diciendo. Recogí los recortes de prensa, los coloqué en la carpeta. Me di cuenta de que en la mano tenía todavía las llaves que él me había dado. Me las guardé en el bolsillo del abrigo.

Se había puesto delante de la puerta para impedirme el paso, con los rasgos derrotados y un aire curiosamente sumiso. Me sequé los ojos con el dorso de la mano diciéndole que si quería volver a verme, era necesario que me dejase ir.

—Es una tontería, Micky. Te aseguro que es una tontería. Hace meses que pienso en ti. No sé que me ha pasado.

Se quedó en el rellano viéndome bajar. Triste, feo, ávido, mentiroso. Un buitre.

Caminaba desde hacía mucho rato. Cogía una calle, luego otra. Cuanto más reflexionaba, más enmarañadas estaban mis ideas. El

dolor que salía de mi nuca irradiaba hacia la espalda, a lo largo de la espina dorsal. Probablemente era la fatiga.

Había ido caminando primero para buscar un taxi, luego por el simple hecho de andar, porque no tenía ganas de volver a Neuilly, de ver a Jeanne. Pensé en llamarla, pero no habría podido evitar hablarle de la conexión. Tenía miedo de no creerla, si ella se justificaba.

Tenía frío. Entré en un café para calentarme. Al pagar, me di cuenta de que ella me había dado mucho dinero, sin duda lo bastante para vivir varios días. Vivir, en aquel momento, no significaba más que una cosa: echarme, dormir. Me habría gustado lavarme también, cambiarme de ropa y de guantes.

Seguí caminando y entré en un hotel junto a la estación de Montparnasse. Me preguntaron si no tenía equipaje, si deseaba una habitación con baño, me hicieron rellenar una ficha. Pagué por adelantado.

Subí la escalera detrás de una camarera, cuando, desde el mostrador, el conserje me llamó:

—Señorita Loï, ¿tenemos que despertarla mañana?

Respondí que no, que no valía la pena y después me volví, con todo el cuerpo congelado, el espíritu como paralizado de espanto, porque ya lo sabía, lo sabía desde hacía mucho tiempo, lo sabía desde siempre.

—¿Cómo me ha llamado?

Él miró la ficha que yo acababa de rellenar.

—Señorita Loï. ¿No es eso?

Bajé hacia él. Intenté ahogar un miedo antiguo en mi interior. No podía ser cierto; era una simple «parafasia», el hecho de haber hablado de ella dos horas antes, la fatiga…

Yo había escrito en aquel papel amarillo: «Loï, Domenica Lella Marie, nacida el 4 de julio de 1939 en Niza (Alpes Marítimos), francesa, empleada de banca…».

La firma era «Doloï», escrito de forma muy legible, en una sola palabra, rodeada de un óvalo torpe y precipitado.

Me desnudé. Llené la bañera. Me quité los guantes antes de meterme en el agua. Después, como tener que tocarme el cuerpo con las manos me repelía, me los volví a poner.

Actuaba con lentitud, casi calmada. Llegada a un cierto punto de abatimiento, estar agobiada y estar calmada eran un poco lo mismo.

No sabía en qué sentido reflexionar, así que no reflexionaba. Me sentía mal y al mismo tiempo me sentía bien, porque el agua estaba tibia. Me quedé así quizá una hora. No había vuelto a poner en marcha el reloj y cuando lo miré, al salir de la bañera, seguía marcando las tres de la tarde.

Me sequé con las toallas del hotel, me lavé la ropa interior con un gran escozor en las manos, con los guantes mojados. El espejo del armario me devolvía la imagen de una autómata con las caderas estrechas, que se paseaba con los pies desnudos por la habitación, con un rostro menos humano que nunca. Al acercarme me di cuenta de que el baño había avivado las espantosas líneas bajo las cejas, las aletas de la nariz, la barbilla, las orejas. A través del pelo, las cicatrices se habían hinchado y adoptado un color rojo ladrillo.

Me eché en la cama y me quedé un buen rato con la cabeza escondida entre los brazos, sin otro pensamiento que el de una muchacha que hundía voluntariamente la cabeza y las manos en el fuego.

No era posible. ¿Quién sería capaz de tener ese tipo de valor? Me di cuenta de pronto de la presencia, a algunos centímetros de mi ojo, de la carpeta que me había enviado el doctor Doulin.

La primera vez que había examinado aquellos artículos, por la mañana, todo concordaba con el relato de Jeanne. Al releerlos descubrí detalles que me habían parecido sin importancia entonces, pero que ahora me ofuscaban.

No se mencionaba la fecha de nacimiento de Domenica Loï, ni el resto de sus nombres. Solo se decía que tenía veintiún años. Pero al haberse producido el incendio un 4 de julio, se añadía que la desgraciada había perecido la noche de su cumpleaños. Pensé, durante unos segundos, que podía conocer los nombres de Do y su fecha de nacimiento tan bien como ella misma, que había podido escribir «Loï» en lugar de «Isola»: la fatiga, las preocupaciones de las que formaba parte Do, todo lo explicaba. Pero eso no explicaba un desdoblamiento tan total, una ficha tan completa, hasta esa firma absurda de colegiala.

Otras objeciones se me presentaron. Jeanne no podía equivocarse. Ella me había ayudado a bañarme desde la primera noche, me conocía como una madre adoptiva, desde hacía años. Aunque mi rostro estuviese transformado, mi cuerpo, mi forma de andar, mi voz, no lo estaban. Do podía haber tenido la misma estatura que yo, incluso el mismo color de ojos y los mismos cabellos morenos, pero para Jeanne no era posible el error.

Pensé en la palabra «traicionada». Y era muy raro, como si ya, a mi pesar, mis ideas hubiesen avanzado hacia una explicación que yo no había querido admitir, igual que tampoco había querido admitir durante varios días los signos evidentes de lo que había descubierto al releer una ficha de hotel.

«¡Yo no era yo!» La imposibilidad de descubrir mi pasado era prueba de ello. ¿Cómo iba a recuperar el pasado de alguien que no era yo?

Por otra parte, Jeanne no me había reconocido. Mi risa la sorprendía, mi forma de andar, otros detalles que ignoraba, que ella atribuía quizá a la convalecencia, pero que la inquietaban y la alejaban progresivamente de mí.

Lo que había intentado comprender aquel día, huyendo de ella, era eso. Él «ya no duermo». Él «¿cómo has podido parecerte tanto?». ¡Yo me parecía a Do, maldita sea! Jeanne no quería

admitirlo, como yo, pero cada uno de mis gestos le arañaba el corazón, cada noche de duda añadía más ojeras a sus ojos.

Sin embargo, había un fallo en todo ese razonamiento: la noche del incendio. Jeanne estaba allí. Me había recogido al pie de la escalera, me había acompañado a La Ciotat, ciertamente, a Niza. También le habían pedido, antes de que lo hiciesen sus padres, que reconociese el cuerpo de la muerta. Aun quemada, yo era reconocible. El error era posible para los extraños, pero no para Jeanne.

Entonces era lo contrario, más horrible, pero mucho más sencillo.

«¿Quién me dice que no estás haciendo comedia?». Jeanne tenía miedo, miedo de mí. No porque yo me pareciese cada vez más y más a Do, ¡sino porque sabía que yo era Do!

Ella lo sabía desde la noche del incendio. Por qué se había callado, por qué había mentido… era algo que me repugnaba adivinar. Me repugnaba imaginar a Jeanne tomando voluntariamente a la viva por la muerta, con el fin de conservar con vida, contra viento y marea, hasta la apertura de un testamento, a su pequeña heredera.

Ella se había callado, pero quedaba un testigo de su mentira: la viva. Por eso no dormía. Había aislado a la testigo, que quizá hiciese comedia o quizá no, y era necesario que continuase mintiendo. Ya no estaba segura de su error, de su propia memoria, ni segura de nada. ¿Cómo reconocer una risa o la situación de un lunar después de tres meses de ausencia, y tres días de unas nuevas costumbres? Ella tenía mucho que temer. En primer lugar, de aquellos que conocían bien a la muerta y que podrían descubrir la superchería. Y sobre todo de mí, a quien mantenía lejos de los demás. Ella ignoraba cómo reaccionaría yo al encontrarme con mis recuerdos. Otro fallo, sin embargo: la tarde del incendio, Jeanne pudo descubrir a una joven sin rostro, sin manos, pero no podía sospechar que sería una autómata perfecta, con un pasado tan virgen como su porvenir. Era

inverosímil que hubiese adoptado unos riesgos semejantes. A menos que…

A menos que la testigo tuviese tantos motivos como ella para callar, y (¿por qué no, ya que estaba en plan de hacer suposiciones abominables y absurdas?), habiéndolo comprendido así, Jeanne se persuadiese de que ella llevaría las riendas de mi vida. Ahí intervenían las sospechas de François acerca de la conexión del gas. Me parecía evidente, como a él, que un defecto de instalación tan grave como para causar un incendio no se le pudo escapar a Jeanne. Por tanto, el defecto de conexión debió de convenirle a alguien. Y alguien tuvo que estropearla posteriormente.

Si los investigadores y las casas de seguros se habían inclinado por la tesis del accidente, es que el sabotaje no se realizó de una sola vez con un vulgar corte. En varios artículos encontré los detalles: una juntura que la humedad iba corroyendo desde hacía varias semanas, los bordes oxidados de una tubería… Eso suponía preparativos, un trabajo lento. Y no tenía más que un nombre: asesinato.

¡Fue antes del incendio cuando la viva quiso tomar el lugar de la muerta! Como Mi no tenía ningún interés en tal sustitución, la viva debía de ser Do. Yo era la viva. Yo era Do. De una ficha de hotel al tubo de un calentador, se había cerrado el bucle, exactamente como aquel óvalo pretencioso que rodeaba mi firma.

Me encontré, no supe cómo ni desde cuándo, de rodillas en el lavabo de mi habitación del hotel, estudiando los conductos y manchándome de polvo los guantes. No eran tuberías de gas, debían de ser muy diferentes de las de Cap Cadet, pero debía esperar vanamente que me demostraran lo absurdo de mis hipótesis. Yo me decía: esto no puede ser verdad, vas demasiado rápido, aunque la conexión hubiese estado bien hecha, pudo estropearse sola. Y me respondía: la instalación solo tenía tres meses, es imposible, y por otra parte, nadie creyó que fuese posible, y por eso se concluyó que el defecto era inicial.

Iba en ropa interior y de nuevo tenía mucho frío. Me puse la falda y el jersey desgarrado. Tuve que renunciar a ponerme las medias. Hice con ellas una bola que me metí en el bolsillo del abrigo. Me encontraba en un estado de ánimo tal que incluso en aquel movimiento vi una prueba: Mi, ciertamente, no habría hecho tal cosa. Un par de medias no tenía para ella tanta importancia. Las habría tirado en cualquier sitio, en medio de la habitación.

En el bolsillo del abrigo noté las llaves que François me había dado. Fue, creo, el tercer regalo que me hizo la vida aquel día. El segundo fue un beso, antes de que un chico me dijese: «¿Me crees ahora?». El primero fue la mirada de Jeanne cuando le pedí que me hiciese un talón y ella bajó del coche. Era una mirada cansada, ligeramente irritada, pero leí en ella que me amaba con toda su alma… y me bastaba con pensar en ello, en aquella habitación de hotel, para creer de nuevo que nada de lo que imaginaba era cierto.

En la guía, la casita de la calle Courcelles estaba a nombre de Raffermi. Mi índice enguantado en algodón húmedo pasó cincuenta y cuatro números de la columna antes de detenerse en el bueno.

El taxi me dejó ante el 55: un portal con verjas altas, pintadas de negro. Mi reloj, que había puesto en hora al abandonar el hotel de Montpamasse, marcaba cerca de medianoche.

En el fondo del jardín con castaños de Indias se encontraba la casa, blanca, esbelta, tranquila. No había luz alguna, y los postigos parecían cerrados.

Abrí el portal, que no rechinó en absoluto, subí una avenida bordeada de césped. Mis llaves no entraban en las cerraduras de la puerta de entrada. Di la vuelta a la casa y encontré una puerta de servicio, que pude abrir.

En el interior permanecía aún el perfume de Jeanne. Encendía la luz de las habitaciones a medida que iba entrando. Eran pequeñas, la mayor parte de ellas pintadas de blanco, amuebladas de una manera

que me pareció cálida y cómoda. En el primer piso descubrí los dormitorios. Daban a un vestíbulo mitad blanco y mitad nada, porque, probablemente, no habían acabado de pintar las paredes.

La primera habitación en la que entré era la de Micky. No me pregunté cómo sabía que era la suya. Todo hablaba de ella: la mezcolanza de grabados en una pared, la riqueza de los tejidos, el gran lecho con baldaquino, rodeado de muselina que el aire del vestíbulo, a mi entrada, hinchó como las velas de un navio.

Y luego también raquetas de tenis en una mesa, una foto de un chico sujeta a la pantalla de una lámpara, el elefante gordo de peluche sentado en un sillón, un casco de oficial alemán sobre un busto de piedra que debía de representar a la madrina Midola…

Abrí los velos de la cama para echarme allí unos segundos, y luego los cajones de los muebles, intentando descubrir, contra todo lo esperable, alguna prueba de que aquella habitación me pertenecía a mí. Saqué ropa interior, objetos que para mí no significaban nada, documentos que recorrí rápidamente y que dejé caer en la alfombra.

Abandoné la habitación en un gran desorden. Pero ¿qué importaba? Sabía que iba a telefonear a Jeanne. Pondría mi pasado, mi presente y mi futuro en sus manos, y dormiría. Ella se ocuparía del desorden y del asesinato.

La segunda habitación era anónima, la tercera era aquella donde debía de dormir Jeanne cuando yo me encontraba en la clínica. El perfume que flotaba en el baño vecino, la talla de los vestidos que había en un armario me lo indicaron.

Abrí por fin la habitación que buscaba. No quedaba nada más que los muebles, un poco de ropa interior en una cómoda, una bata de casa a cuadros escoceses azules y verdes (con la palabra «Do» bordada en el bolsillo superior) y tres maletas cerradas cerca de la cama.

Las maletas estaban llenas. Comprendí, al extender su contenido en la alfombra, que Jeanne las había traído de Cap Cadet. Dos de ellas guardaban cosas de Mi que ella no me había enseñado. Si se

encontraban en aquella habitación, era quizá porque Jeanne no había tenido el valor de entrar en la habitación de la muerta. O porque sí.

La tercera maleta, más pequeña, contenía pocos vestidos, pero sí cartas, papeles que pertenecían a Do. Era demasiado poco para creer que aquello era todo, pero me dije que probablemente les habrían entregado a los Loï el resto de las cosas de su hija que habían escapado al incendio.

Desaté un cordón que unía varias cartas. Eran cartas de la madrina Midola (firmaba así) a alguien que al principio creí que era Mi, porque empezaban diciendo: «querida mía» o «carina» o «mi pequeña». Al leerlas comprendí que aunque se hablaba mucho de Mi, iban dirigidas a Do. Quizá en mi estado presente yo tuviese una noción bastante curiosa de la ortografía, pero aun así las cartas me parecían repletas de faltas. Sin embargo, eran muy tiernas, y lo que leí entre líneas me heló de nuevo la sangre.

Antes de continuar mi inventario, busqué un teléfono. Había uno en la habitación de Mi. Llamé al número de Neuilly. Era casi la una de la madrugada, pero Jeanne debía de tener la mano encima del receptor, porque descolgó al momento. Antes de que yo pudiera decir una palabra, me gritó su angustia, medio insultándome, medio suplicando. Yo grité a mi vez:

—¡Para!

—¿Dónde estás?

—En la calle Courcelles.

Hubo un silencio repentino que se prolongó, que podía significar cualquier cosa: asombro, confesión. Fui yo, al final, quien volvió a hablar:

—Ven, te espero.

—¿Cómo estás?

—Mal. Tráeme unos guantes.

Colgué. Fui a la habitación de Do y continué hurgando entre «mis» papeles. Después cogí una braguita, una combinación que me había pertenecido, la bata de cuadros escoceses. Me cambié de ropa.

Incluso me quité los zapatos. Bajé con los pies desnudos a la planta baja. Lo único que conservaba de la «otra» eran los guantes, y los guantes eran míos.

En el salón donde encendí todas las luces bebí un sorbo de coñac, a morro. Tardé mucho rato en descifrar el mecanismo del tocadiscos. Puse algo ruidoso. El coñac me sentaba bien, pero no me atrevía a beber más. Pero de todos modos cogí la botella y fui a echarme en una habitación vecina que me pareció más cálida, y la apreté contra mi pecho, en la oscuridad.

Al cabo de unos veinte minutos de mi llamada, oí que se abría una puerta. Un instante después la música se detuvo en la habitación de al lado. Unos pasos se acercaron a la habitación donde yo me encontraba. Jeanne no dio la luz. Vi su larga silueta que se detenía en el umbral, una mano en el picaporte… exactamente como el negativo de la joven que había aparecido en la clínica. Se quedó silenciosa unos momentos, y después dijo, con su voz profunda, suave y tranquila:

—Buenas noches, Do.

Yo asesinaré

Todo empezó una tarde de febrero en el banco donde trabajaba Do, por lo que Mi llamaría más tarde (y, desde luego, se rieron mucho de ello) «un golpe de suerte». El talón se parecía mucho a todos los talones que pasaban entre las manos de Domenica desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, sin otra interrupción que los cuarenta y cinco minutos para comer. Llevaba la firma del titular de la cuenta, François Chance, y después de haber efectuado la operación de débito, Domenica leyó en el endoso: «Michèle Isola».

Miró casi de forma maquinal por encima de las cabezas de sus colegas, y vio, al otro lado del mostrador de los cajeros, a una joven con los ojos azules, largos cabellos negros y abrigo beige. Se quedó allí sentada, más asombrada por la belleza de Mi que por su presencia. Aquel encuentro, sin embargo, Dios sabía cuánto lo había imaginado: una vez, tenía lugar en un transatlántico (¡un transatlántico!); otra en el teatro (adonde ella no iba jamás), o bien en una playa italiana (ella no conocía Italia). En fin, en cualquier lugar de un mundo que no era completamente real, donde ella no era realmente Do, el mundo de antes del sueño, en el que se puede imaginar sin riesgo cualquier cosa.

Detrás del mostrador que veía cada día desde hacía dos años, un cuarto de hora antes de que sonara el timbre de cierre, el

encuentro era real, pero no le sorprendía. Sin embargo, Mi estaba tan guapa, tan resplandeciente, parecía tan maravillosamente anclada en la felicidad, que su visión borraba todos los sueños.

En la almohada, la vida era más sencilla. Do volvía a encontrarse con una huérfana a la que superaba en altura (1,68 m), conocimientos (Bachillerato de 1º y 2º ciclo con buenas notas), juicio (multiplicaba la fortuna de Mi mediante confusas operaciones en la Bolsa), el corazón (salvaba a la madrina Midola de un naufragio, mientras que Mi solo pensaba en ella misma y perecía), el éxito (el futuro novio de Mi, un príncipe italiano, prefería a la «prima» pobre, tres días antes de la boda; crisis de conciencia espantosa), y en fin, en todo. Y en belleza, ni que decir tiene.

Mi estaba tan deslumbrante que al cabo de más de quince años, por encima de las cabezas que iban y venían, Do casi sintió dolor. Quería levantarse pero no podía. Vio pasar el talón, con un fajo más de talones, a manos de una de sus colegas, y después hacia la ventanilla interior de un cajero. La joven del abrigo beige (de lejos, parecía tener más de veinte años y sus gestos eran muy seguros) se metió el dinero que le habían entregado en el bolso, mostró un segundo su sonrisa y fue hacia la puerta del banco a reunirse con otra joven que la esperaba.

Domenica dio la vuelta al mostrador con una curiosa sensación de asco agarrándole el pecho. Se decía: «voy a perderla, no la volveré a ver nunca más. Si la veo, si me atrevo a hablarle, ella me hará el favor de dedicarme una sonrisa, pero me olvidará enseguida, con indiferencia».

Y eso fue más o menos lo que ocurrió. Alcanzó a las dos chicas en el bulevar Saint Michel, a más de cincuenta metros del banco, cuando ya se disponían a subir en un coche MG blanco aparcado en una zona prohibida. Mi miró, sin reconocerla, pero con un interés educado, a esa chica vestida con una blusa que la cogía por la manga, que debía de estar helándose de frío (era cierto), que había corrido y que hablaba con voz estrangulada.

Do dijo que era Do. Después de bastantes explicaciones, Mi pareció acordarse de la pequeña compañera de infancia, respondió que era muy curioso volver a encontrarse así. Ya no había nada más que decir. Mi hizo un esfuerzo. Le preguntó a Do si hacía mucho tiempo que vivía en París y trabajaba en un banco, si su trabajo le gustaba. Presentó a Do a su amiga, una americana mal maquillada que ya se había sentado en el coche. Después dijo:

—Llámame un día de estos. Me ha gustado mucho volverte a ver.

Y se fueron, Mi al volante, entre el ruido del motor acelerado a fondo. Do volvió al banco en el momento en que ya cerraban las puertas, con el espíritu lleno de ideas confusas y de rencor. «Cómo voy a llamarla, si ni siquiera sé dónde vive. Es asombroso que sea igual de alta que yo, era muy bajita antes. Yo también sería tan guapa como ella, si fuese vestida así. ¿De cuánto dinero era el talón? A ella no le importa si yo la llamo o no. No tiene acento italiano. Qué tonta soy, ella se ha visto obligada a entablar conversación. Ha debido de encontrarme tonta y mal vestida. La odio. Puedo odiarla todo lo que quiera, que la que se sofoca soy yo».

Se quedó una hora más trabajando después de cerrar. Puso la mano en el talón en el momento en que los demás empleados se preparaban para irse. La dirección de Mi no figuraba en él. Vio el nombre del titular de la cuenta, François Chance.

Le llamó media hora más tarde, desde el Dupont-Latin. Dijo que era una prima de Mi que acababa de encontrarse con ella y que no había pensado en pedirle su número de teléfono. El hombre que estaba al teléfono dijo que, por lo que él sabía, la señorita Isola no tenía ninguna prima, pero al final le dio el número y una dirección: residencia Washington, calle lord Byron.

Al abandonar la cabina telefónica en el sótano, Do pensó dejar transcurrir tres días enteros antes de llamar a Mi. Volvió a encontrar en el salón a los amigos que la esperaban: dos colegas de la oficina y un chico al que conocía desde hacía seis meses, que la besaba desde hacía cuatro, y que era su amante desde hacía dos. Era

delgado, amable, un poco en las nubes, nada feo, agente de seguros.

Do volvió a instalarse junto a él, le miró, lo encontró menos amable, menos en las nubes, menos guapo, y sin embargo agente de seguros lo seguía siendo. Volvió a bajar al sótano y llamó a Mi, que estaba ausente.

Cinco días más tarde, después de varios intentos cada tarde desde las seis a medianoche, consiguió oír a la joven sin acento italiano al teléfono. Aquella tarde llamaba desde el piso de Gabriel, el agente de seguros, que dormía junto a ella, con la cabeza debajo de la almohada. Era medianoche.

Contra todo escepticismo razonable, Mi se acordaba del encuentro. Se excusaba por no haber estado. Por la noche era difícil encontrarla. Por la mañana, por otra parte, también.

Do, que había preparado todo tipo de frases astutas para conseguir verla, no pudo decir más que una:

—Tengo que hablar contigo.

—Ah, bueno —dijo Mi—. Pues ven ahora, pero rápido, que tengo sueño. Tengo ganas de verte, pero es que mañana me tengo que levantar temprano.

Hizo un ruido de beso con la boca y colgó. Do se quedó varios minutos con el receptor en la mano, sentada en el borde de la cama, como una imbécil. Después, saltó y cogió su ropa.

—¿Te vas? —dijo Gabriel.

Ella le besó, a medio vestir, entre grandes risas. Gabriel pensó que estaba completamente loca y volvió a ponerse el almohadón encima de la cabeza. Él también se levantaba temprano.

Era grande, acolchado, muy anglosajón. Una especie de hotel con un portero de uniforme y unos hombres vestidos de negro detrás de

unos mostradores oscuros. Telefonearon para avisar a Mi.

Do veía un bar en el fondo del vestíbulo, al que se accedía bajando tres escalones. Había allí gente sentada, una gente que debía de ser esa que uno conoce en los transatlánticos, las playas de moda y los estrenos de teatro: «el mundo de antes de dormir».

El ascensorista detuvo el ascensor en la tercera planta. Piso 14. Do se retocó en un espejo del pasillo, se arregló el pelo, que se había peinado en un pesado moño porque si se lo dejaba suelto requería demasiado tiempo. El moño la hacía parecer mayor, y le daba un aire más serio. Estaba bien.

Una anciana vino a abrir la puerta. Se estaba poniendo un abrigo y ya se iba. Gritó algo en italiano hacia la habitación vecina y se fue del piso.

Como en la planta baja, era muy inglés, con grandes sillones y altos tapices. Mi salió en combinación corta, con los hombros y las piernas desnudas y un lápiz en la boca, y con una pantalla en la mano. Explicó que se había aflojado una bombilla.

—¿Qué tal estás? ¿Se te dan bien las chapuzas? Ven a ver.

En una habitación que olía a cigarrillos americanos y con la cama abierta, Do, sin quitarse el abrigo, volvió a poner la pantalla en su lugar. Mi buscaba en una caja, luego en un mueble, después desapareció en una habitación vecina. Volvió con tres billetes de 10.000 francos en una mano, una toalla de felpa en la otra. Le tendió el dinero a Do, que lo cogió maquinalmente, desconcertada.

—¿Será bastante? —dijo Mi—. ¡Dios mío, no te habría reconocido en la vida!

Miraba a Do con amabilidad, con unos bellos ojos atentos, unos bellos ojos de porcelana. De cerca se veía que no tenía más de veinte años, y era muy, muy guapa. Se quedó inmóvil dos segundos apenas, después pareció recordar algo urgente y se precipitó hacia la puerta.

—*Ciao*. Llámame, ¿de acuerdo?

—Pero no entiendo…

Do le enseñaba el dinero, la seguía. Mi dio media vuelta en el umbral del baño donde unos grifos estaban abiertos.

—¡Pero yo no quiero dinero! —repetía Do.

—¿No me has dicho eso por teléfono?

—Te he dicho que quería hablar contigo.

Mi parecía sinceramente afligida, o molesta, o asombrada, o todo a la vez.

—¿Hablarme? ¿De qué?

—De unas cosas y otras —dijo Do—. Verte, hablar contigo, no sé. Esas cosas.

—¿A estas horas? Escucha, siéntate, tengo para dos minutos y vuelvo enseguida.

Do esperó media hora en la habitación, sentada delante de los billetes que había dejado encima de la cama, sin atreverse a quitarse el abrigo. Mi volvió con un albornoz de felpa, frotándose enérgicamente el pelo mojado con una toalla. Dijo una frase en italiano que Do no comprendió, y después preguntó:

—¿Te molesta que me acueste? Hablaremos un momento. ¿Vives muy lejos? Si nadie te espera, puedes dormir aquí, si quieres. Hay un montón de camas por todas partes. Te aseguro que estoy muy contenta de verte de nuevo, no pongas esa cara.

Uno se preguntaba cómo podía fijarse ella en la cara de la gente. Se metió en la cama con el albornoz, encendió un cigarrillo, dijo a Do que si quería beber algo, que había bebidas en algún lugar de la habitación contigua. Se durmió enseguida, con el cigarrillo encendido entre los dedos, tan repentinamente como una muñeca. Do no creía lo que estaba viendo. Tocó el hombro de la muñeca, que se movió, murmuró alguna cosa y dejó caer el cigarrillo en el parquet.

—El cigarrillo —se quejó Mi.

—Ya lo apago.

La muñeca hizo un ruido de beso con la boca y se volvió a dormir.

Al día siguiente por la mañana, Do llegó tarde al banco por primera vez desde hacía dos años. La anciana la despertó, sin parecer sorprendida por encontrarla echada en un sofá. Mi ya se había ido.

A la hora de comer, en un bar junto al banco donde servían «platos del día», Do se contentó con beber tres tazas de café. No tenía hambre. Era muy desgraciada, como después de sufrir una injusticia. La vida te quita con una mano lo que te da con la otra. Había pasado la noche en casa de Mi, había entrado en su intimidad más rápido de lo que jamás se habría atrevido a imaginar, pero todavía tenía menos excusas que el día anterior para volverla a ver. Mi era inasible.

Al salir del banco, aquella misma tarde, Do no acudió a su cita con Gabriel y volvió a la residencia. Desde el vestíbulo llamaron al piso 14. La señorita Isola no estaba. Do pasó toda la tarde alrededor de los Campos Elíseos, entró en un cine, volvió a pasear bajo las ventanas del apartamento 14. Hacia medianoche, después de haber interrogado de nuevo a un portero con traje negro, renunció.

Unos diez días después, un miércoles por la mañana, tuvo lugar el golpe de suerte en el banco por segunda vez. Aquel día, Mi iba con un traje chaqueta de color azul turquesa, porque el tiempo era bueno, y la acompañaba un chico. Do se reunió con ella en el mostrador de los cajeros.

—Pensaba llamarte justamente —dijo, a quemarropa—. He encontrado unas fotos antiguas y quería invitarte a cenar y enseñártelas.

Mi, visiblemente pillada desprevenida, dijo sin convicción que era maravilloso y que había que arreglar aquello. Miró atentamente a Do, como la noche que había querido darle dinero. ¿Se interesaba más por los demás de lo que parecía? Tuvo que leer en los ojos de Do la súplica, la esperanza, el temor de verse desdeñada.

—Escucha —dijo—, mañana por la tarde tengo mucho trabajo, pero estaré libre temprano para cenar. Te invitaré yo. Quedamos en algún sitio a las nueve. En el Flore, si quieres. No llego nunca tarde. *Ciao, carina*.

El chico que la acompañaba gratificó a Do con una sonrisa indiferente. Al salir del banco, pasó el brazo por encima del hombro de la princesa del pelo negro.

Ella entró en el «Flore» a las nueve menos diez, con el abrigo echado por encima de los hombros, un pañuelo blanco enmarcando la cara. Do, que estaba sentada desde hacía media hora detrás de los cristales de la terraza, había visto pasar el MG un instante antes y se había felicitado de ver que ella iba sola.

Mi bebió un Martini seco, le habló de la recepción de la que salía, de un libro que había acabado la noche anterior, pagó, dijo que se moría de hambre y preguntó a Do si le gustaban los restaurantes chinos.

Comieron frente a frente en la calle Cujas, y tomaron platos diferentes, que compartieron. Mi encontraba que el pelo suelto le quedaba mejor a Do que el moño de la primera noche. El suyo lo llevaba mucho más largo, le costaba horrores peinarse. Se lo cepillaba doscientas veces cada día. En algunos momentos miraba a Do silenciosamente, con una atención casi molesta. En otros, proseguía un monólogo saltando de un tema a otro, y poco importaba, al parecer, quién se encontraba frente a ella.

—¿Y las fotos, por cierto?

—Las tengo en mi casa —dijo Do—. Está aquí al lado. Pensaba que podríamos ir un momento luego.

Al subir en el MG blanco, Mi declaró que se encontraba muy a gusto, que estaba muy contenta con aquella velada. Entró en el hotel Victoria diciendo que el barrio era agradable y a continuación pareció muy a gusto también en la habitación de Do. Se quitó el abrigo y los

zapatos y se sentó en la cama. Miraron a la pequeña Mi, a la pequeña Do, aquellos rostros olvidados, enternecedores. Do, de rodillas a su lado, en la cama, habría querido que aquello durase siempre. Aspiraba el perfume de Mi tan cerca que sin duda quedaría impregnada de él cuando se fuese. Había rodeado los hombros de Mi con el brazo, y no sabía si era el calor de los hombros o el del brazo el que experimentaba. Cuando Mi, al ver una foto donde estaban juntas en un tobogán de la playa, se echó a reír, Do no pudo más y la besó desesperadamente en el pelo.

—Eran los buenos tiempos —dijo Mi.

No se había apartado. No miraba a Do. Ya no había más fotos que mirar, pero ella no se movía, quizá un poco molesta. Al final volvió la cabeza y dijo a Do, muy rápido:

—Vamos a mi casa.

Se levantó y se puso los zapatos. Como Do no la seguía, volvió a arrodillarse delante de ella y pasó una mano suave por su mejilla.

—Querría quedarme siempre contigo —dijo Do.

Y atrajo contra su frente el hombro de una pequeña princesa que no era indiferente, sino tierna y vulnerable como la niña de antaño, y que respondió, con voz alterada:

—Has bebido demasiado en ese chino, no sabes lo que dices.

En el MG, Do fingió interesarse por los Campos Elíseos que desfilaban detrás de la ventanilla, y Mi no dijo nada. Apartamento 14. La anciana esperaba, dormida en un sillón. Mi la despidió dándole dos besos sonoros en las mejillas, cerró la puerta, lanzó sus zapatos a través de la habitación, el abrigo encima de un sofá. Reía, parecía feliz.

—¿En qué consiste tu trabajo? —preguntó.

—¿En el banco? Ah, es demasiado complicado para explicarlo, y además, nada interesante.

Mi, que ya se había bajado la parte superior del vestido, volvió hacia Do y le desabrochó el abrigo.

—¡Qué boba eres! Quítate esto, ponte cómoda… Me pone enferma verte así. ¿Qué dices, que te apartas?

Acabaron por pelearse, por caer juntas, mitad en un sillón, mitad en la alfombra. Mi era la más fuerte. Se reía, volvía a respirar, sujetaba a Do por las muñecas.

—Vamos, ¿es complicado lo que haces? Sí que pareces una chica complicada. ¿Desde cuándo eres una chica complicada? ¿Desde cuándo pones enferma a la gente?

—Desde siempre —dijo Do—. Yo no te he olvidado jamás. Imaginaba que te salvaba en un naufragio. Besaba tus fotos.

Do no podía hablar más, echada en la alfombra, con las muñecas prisioneras, Mi encima de ella.

—Bueno, pues muy bien —concluyó Mi.

Se levantó y se dirigió hacia su habitación. Un momento después, Do oyó el agua que corría en el baño. Más tarde, se puso de pie a su vez y entró en la habitación de Mi, buscó en un armario un pijama o un camisón. Fue un pijama. Era de su talla.

Aquella noche durmió en el sofá de la habitación que había a la entrada. Mi, acostada en la habitación vecina, hablaba mucho, forzando la voz para hacerse oír. No había tomado somníferos. Solía tomarlos a menudo, y eso explicaba el sueño súbito de la primera noche. Mucho tiempo después de haber anunciado: «¡Dodo, Do!» (eso también las hizo reír), continuó su monólogo.

Hacia las tres de la mañana, Do se despertó y la oyó llorar. Corrió hacia su cama y la encontró fuera de las sábanas, bañada en lágrimas, durmiendo con los puños apretados. Apagó la lámpara, tapó a Mi y fue a acostarse otra vez.

Al día siguiente por la noche, Mi tenía «a alguien». Desde el Dupont-Latin, donde telefoneaba, Do podía oír a alguien que le

reclamaba los cigarrillos. Mi respondía: «Encima de la mesa, te van a morder».

—¿No te veré hoy? —dijo Do—. ¿Quién es ese chico? ¿Sales con él? ¿No podré verte después? Puedo esperar. Cepillarte el pelo. Puedo hacer cualquier cosa.

—Me pones enferma —dijo Mi.

A la una, aquella misma noche, llamaba a la puerta de la habitación de Do, en el hotel Victoria. Debía de haber bebido mucho, fumado mucho y hablado mucho. Estaba triste. Do la desnudó, le prestó a su vez una chaqueta de pijama, la acostó en su cama, la acunó entre sus brazos hasta que sonó el despertador, sin dormir, escuchando su respiración regular y diciéndose: «Ahora no es un sueño, está aquí, es mía, quedaré totalmente impregnada de ella cuando se vaya, soy ella».

—¿Es necesario que vayas allí? —preguntó Mi al abrir un ojo—. Ven a acostarte otra vez. Ya te pondré en el «registro».

—¿El qué?

—El libro de pagos de mi madrina. Ven a acostarte otra vez. Yo pagaré.

Do estaba vestida, dispuesta a irse. Respondió que era una tontería, que ella no era un juguete que se toma o se deja. El banco le daba un salario que cobraba cada mes, y con eso podía vivir. Mi se incorporó en su cama, con el rostro fresco, reposado, la mirada bien despierta y furibunda.

—Hablas como alguien a quien conozco. ¡Si te digo que pagaré yo, pagaré yo! ¿Cuánto te dan en el banco?

—Sesenta y cinco mil al mes.

—Te subo el sueldo —dijo Mi—. Ven a acostarte otra vez o te despido.

Do se quitó el abrigo, puso café a calentar, miró por la ventana un sol que parecía el de Austerlitz, que no era ardiente. Cuando llevó la

taza a la cama, sabía que su exaltación duraría más que una mañana; que ahora, todo lo que hiciese o dijese podría un día ser utilizado en su contra.

—Eres un juguete muy amable —dijo Mi—. Está bueno tu café. ¿Hace mucho tiempo que vives aquí?

—Varios meses.

—Haz las maletas.

—Mi, tendrías que comprender. Es grave lo que me quieres obligar a hacer.

—Sí, ya lo he comprendido desde hace dos días, imagínate. ¿Crees que hay muchas personas que me hayan salvado de un naufragio? Además, estoy segura de que no sabes nadar.

—No.

—Yo te enseñaré —dijo Mi—. Es fácil. Mira, se mueven los brazos así, ves… Las piernas es más difícil…

Reía, echaba a Do en la cama, la obligaba a doblar los brazos, y después de golpe se detuvo, miró a Do sin sonreír, dijo que sabía muy bien que la cosa era grave… pero no tanto.

Las noches siguientes Do se acostó en el sofá de la entrada en el apartamento 14 de la residencia Washington, vigilando de alguna manera los amores de Mi, que dormía en la habitación vecina en compañía de un chico bastante vanidoso y desagradable. Fue él quien la vio en el banco. Se llamaba François Roussin, era secretario de un abogado, y tenía una cierta clase. Como tenía en mente, más o menos, las mismas resoluciones vagas que Do, enseguida se detestaron francamente.

Mi decía que era guapo e inofensivo. Por la noche, Do estaba demasiado cerca para no oírla gemir en brazos de aquel energúmeno. Sufría como si tuviera celos, sabiendo que era en realidad un sentimiento mucho más sencillo. Casi se sintió feliz la noche que Mi le preguntó si seguía teniendo pagada la habitación del hotel Victoria: quería pasar allí la noche con otro chico. La habitación estaba pagada hasta finales de marzo. Mi desapareció tres noches.

François Roussin se sintió muy afectado, pero Do no tuvo nunca nada que temer del otro chico, del que no sabía nada (solo que hacía carreras a pie), y que fue rápidamente olvidado.

Y también estaban las noches que Mi pasaba sola. Las mejores. No podía soportar estar sola. Alguien que le cepillase el pelo doscientas veces, alguien que le lavase la espalda, alguien para apagarle el cigarrillo si se dormía, alguien para escuchar su monólogo: Do estaba allí. Propuso una cena de chicas, hizo que les subieran unos platos extravagantes (huevos revueltos) bajo unas tapaderas de plata. Ella enseñó a Mi cómo hacer animales doblando una servilleta, y la llamaba «amor mío» o «cariño» cada tres frases. Sobre todo cuando le ponía una mano en la nuca, en el hombro, o le rodeaba la cintura con el brazo: en todo momento conservaba el contacto físico con Mi. Eso era lo más importante, por esa necesidad que tenía de que la mimasen antes de dormir, a golpe de somnífero, de chicos o de blablablá, una necesidad que no era más que el antiguo miedo a la oscuridad, cuando mamá se va de la habitación. Los dos rasgos más acusados de Mi (hasta un punto que Do encontraba patológico) venían directamente de la infancia.

En marzo, Do acompañaba a Mi (o Micky, como la llamaba todo el mundo) a todas partes adonde iba, con excepción de la vivienda de François Roussin. Eso se reducía a carreras en coche por París, de una tienda a otra, de una visita a otra, de una partida de tenis en pista cubierta a la cháchara en torno a una mesa de restaurante con gente sin interés. A menudo Do se quedaba en el coche, ponía en funcionamiento la radio, hacía mentalmente el borrador de la carta que escribiría por la noche a la madrina Midola.

Su primera carta databa del día de su «compromiso». Decía que había tenido la suerte de encontrar de nuevo a Mi, que todo iba bien, y que esperaba que también fuese así para una madrina «que era un poco la suya». Seguían noticias de Niza, uno o dos zarpazos cuidadosamente disimulados a Micky, y la promesa de ir a verla y darle un beso en el primer viaje a Italia que hiciese.

Después de enviar la carta, inmediatamente lamentó los zarpazos. Eran demasiado evidentes. La madrina Midola era lista (tenía que haberlo sido para pasar de las aceras de Niza a los palacios italianos), y desconfiaría en seguida. Pero no, en absoluto. La respuesta llegó cuatro días más tarde, y era absolutamente delirante. Do era una bendición. Seguía siendo tal y como su madrina Midola la recordaba: dulce, razonable, afectuosa. Debía de darse cuenta, desgraciadamente, de que «su» Micky había cambiado mucho. Esperaba que aquel milagroso reencuentro fuese una buena influencia, y adjuntaba un talón.

Do devolvió el talón en su segunda carta prometiendo hacer todo lo posible por «su» niña traviesa, que era solo demasiado exuberante, aunque a veces se pudiese creer que carecía de corazón, mil besos, tiernamente suya…

A finales de marzo, Do había recibido su quinta respuesta. Ella firmaba ya «tu ahijada».

En abril estuvo en un tris de descubrirse. Una noche, delante de Micky, en la mesa de un restaurante, atacó a François Roussin directamente, después de un desacuerdo cualquiera sobre el menú que había pedido su «protegida». Lo importante no era que Micky durmiese mal después de tomar gallo al vino, sino que François era un cabrón, un servil, un hipócrita, que no se podía soportar ni en pintura.

Dos noches más tarde, fue más grave. El restaurante no era el mismo, y el punto de desacuerdo tampoco, pero François seguía siendo un cabrón, y él se resistió. Do fue acusada de robo y abuso, de chantaje a los sentimientos, de costumbres de colegiala. En una última discusión, muy cruda, la mano de Micky se elevó. Do, que esperaba recibir la bofetada, pensó que había ganado la partida al verla abatirse sobre la cara del cabrón.

No perdía nada esperando. De vuelta a la residencia, François hizo una escena, dijo que no pasaría más la noche en compañía de una idiota y una mirona. Se fue dando un portazo. La escena continuó

entre Do, que se justificaba cargando más contra él, y Micky, loca de rabia al oír que le decían algunas verdades. No fue la batalla en broma de la noche de las fotos. Una lluvia de auténticos puñetazos, a izquierda y derecha, llovió sobre Do en toda la habitación, la envió contra la cama, la levantó, le hizo brotar las lágrimas y los ruegos, y la dejó despeinada, sangrando por la nariz, de rodillas contra una puerta. Micky la puso de pie de nuevo, la arrastró lloriqueante hacia el cuarto de baño y por una noche fue ella quien hizo correr el agua y sacó las toallas.

No se hablaron durante tres días. François volvió al día siguiente. Miró el rostro tumefacto de Do con ojos críticos y dijo:

—Vaya, pichoncito, esto es mucho más penoso que de costumbre. —Y se llevó a Micky a festejarlo. A la noche siguiente, Do volvió a coger el cepillo del pelo y cumplió con su «deber» sin decir una palabra. A la otra noche, como el silencio la perjudicaba, fue ella la primera en bajar la cabeza sobre las rodillas de Micky y pedirle perdón. Hicieron las paces entre lágrimas y besos húmedos, y Micky sacó de su armario un montón de regalos humillantes y patéticos. Llevaba tres días recorriendo las tiendas de la ciudad para tranquilizarse.

Un azar nefasto quiso que Do, aquella misma semana, se encontrase de nuevo con Gabriel, a quien llevaba un mes sin ver. Salía de la peluquería. Llevaba todavía las marcas de la crisis nerviosa de Micky. Gabriel la hizo subir en su Dauphine y fingió haber aceptado la ruptura, mal que bien. Se inquietaba por ella, eso era todo. Y se inquietó más aún al verla maquillada de aquella manera. ¿Qué le habían hecho? Do no vio interés alguno en mentir.

—¿Ella te pegó? ¿Y tú lo soportas?

—No puedo explicártelo. Estoy muy bien con ella. La necesito como el aire que respiro. Tú no lo entenderías. Los chicos solo entienden a los chicos.

Gabriel meneaba la cabeza, en efecto, pero adivinaba de forma vaga y acertada. Do intentó hacerle creer que se había encaprichado

de una prima suya de largos cabellos. Él conocía a Do. Do era incapaz de encapricharse de nadie. Si ella soportaba que le pegase una niñita histérica, debía de tener en la cabeza alguna idea estúpida, bien pensada, muchísimo más peligrosa.

—¿Y cómo vives desde que has dejado el banco?

—Ella me da lo que quiero.

—¿Adonde te llevará eso?

—No lo sé. Ella no es mala, ¿sabes? Me quiere mucho. Me levanto a la hora que yo quiero, tengo ropa, la acompaño adonde va. Tú no lo entiendes.

Ella se fue preguntándose precisamente si no lo habría entendido demasiado. Pero él también la quería. Todo el mundo la quería. Nadie podía leer en sus ojos que se sentía como muerta desde la noche en que ella le había pegado, que no era a aquella niña mimada a la que ella necesitaba, sino una vida que había vivido demasiado tiempo en sueños y que ni siquiera la niña mimada llevaba. Ella la habría llevado en su lugar. Ella habría sabido aprovechar mucho mejor el lujo, el dinero fácil, la dependencia y la cobardía de los demás. Micky pagaría sus golpes algún día, como había pretendido pagarlo todo. Pero no era eso lo más grave. Tendría que pagar también las ilusiones de una pequeña empleada de banca que no interesaba a nadie, no pedía amor a nadie y no creía que el cielo sería más azul si alguien la mimaba.

Ya hacía varios días que Do presentía que ella mataría a Mi. En la acera, al abandonar a Gabriel, se dijo simplemente que tenía un motivo más. No suprimiría solamente a un insecto inútil e indiferente, sino también humillaciones y rencores. Buscó sus gafas de sol en el bolso. En primer lugar, porque todo el mundo, en realidad, puede leer esas cosas en los ojos de uno. Y también porque llevaba un morado debajo de un ojo.

En mayo Micky se pasó con sus caprichos. Escuchó con oídos atentos determinados disparates que François Roussin acostumbraba a decirle, y decidió instalarse en una casita que poseía la madrina Midola en la calle Courcelles. La Raffermi no había vivido jamás allí. Micky se lanzó de cabeza a remodelarla. Como era muy cabezota pero no tenía otro crédito que el de su tía, las cosas se pusieron feas en cuarenta y ocho horas entre París y Florencia.

Micky obtuvo el dinero que le hacía falta, cubrió sus gastos, encargó la pintura y los muebles, pero le pusieron a un encargado de negocios, François Chance, y hubo un redoble de tambor y se recurrió a un sargento de élite, un personaje mítico y absolutamente detestado, porque tenía en su haber algunas azotainas aplicadas a Micky.

El sargento se llamaba Jeanne Murneau. Micky hablaba poco de ella, y en unos términos tan abominables que se podía imaginar fácilmente el pavor que le inspiraba. Bajarle las bragas a Micky para darle unos azotes en el culo, incluso a los catorce años, la edad en que se produjo, no dejaba de ser una hazaña. Pero decir «no» cuando Micky, con veinte años, decía «sí» y hacerla entrar en razón, eso ya era legendario, no era verosímil.

El caso es que no era absolutamente cierto, como Do supo en cuanto vio al sargento. Era alta, dorada, plácida. Micky no la temía, no la detestaba; era mucho peor. No podía soportar su presencia a tres pasos. Su adoración era tan total, su nerviosismo tan evidente, que a Do se le revolvió la sangre. Las empleadas de banco no eran quizá las únicas que lloriqueaban en su almohada. Micky había soñado visiblemente durante años con una Murneau que no existía, y sufría tontamente, se volvía loca cuando Jeanne estaba allí. Do, que nunca había oído hablar del sargento más que incidentalmente, se quedó estupefacta al ver su importancia.

Era una noche como las demás. Micky se cambiaba para ir a reunirse con François. Do leía en un sillón. Fue ella quien abrió la puerta. Jeanne Murneau la miró como se mira a una pistola cargada, se quitó el abrigo y llamó, sin alzar la voz:

—Micky, ¿puedes venir?

La chica apareció en albornoz, intentando sonreír, como si la hubiesen cogido faltando a clase, con los labios temblorosos. Hubo una breve conversación en italiano, de la cual Do no comprendió gran cosa, solo que Micky se dejaba descomponer frase a frase, como una labor de punto deshilachada. Se balanceaba de un pie a otro, irreconocible.

Jeanne se acercó a ella a grandes zancadas, la besó en la sien, sujetándola por los codos, y después la miró a los ojos durante un buen rato. Lo que decía no debía de ser muy agradable. La voz era profunda, tranquila, pero el tono era seco como un látigo. Micky sacudía sus largos cabellos y no respondía. Al fin, Do la vio palidecer, zafarse de los brazos del sargento, separarse, ajustándose el albornoz.

—¡Yo no te he pedido que vinieras! ¡Solo tenías que quedarte donde estabas! Yo no he cambiado, pero tú tampoco. Sigues siendo Murneau, la lianta. La diferencia es que ahora tengo mis seguidoras.

—¿Tú eres Domenica? —preguntó Jeanne, dando la vuelta bruscamente—. Pues ve a cerrar esos grifos.

—¡No te muevas si yo no te lo digo! —intervino Micky, cerrándole el paso a Do—. Quédate donde estás. Si la escuchas una sola vez, no habrás acabado jamás con esa mujer.

Do se encontró, no sabía cómo, tres pasos atrás. Jeanne encogió los hombros y fue al baño a cerrar los grifos ella misma. Cuando volvió, Micky había empujado a Do hacia un sillón y ella estaba de pie a su lado. Sus labios seguían temblando.

Jeanne se detuvo en el umbral, una mujer altísima con los cabellos claros que apoyaba sus frases con un índice extendido, que

hablaba a toda velocidad para evitar que le quitaran la palabra. Do oyó pronunciar su nombre varias veces.

—Habla en francés —dijo Micky—. Do no te entiende. Estás que revientas de celos. Se quedaría pasmada si te entendiese. ¡Mírate, estás celosa! ¡Si te vieses la cara! ¡Qué fea estás, qué fea!

Jeanne sonrió y respondió que Do no tenía nada que ver con aquello. Si Do quería salir de la habitación unos minutos, sería mejor para todo el mundo.

—¡Do se queda donde está! —dijo Micky—. Ella me comprende muy bien. Me escucha. Y no te escucha a ti. Me quiere y es mía. Mira.

Micky se inclinó, atrajo a Do hacia sí, sujetándola por la nuca, la besó en la boca una vez, dos veces, tres veces. Do se dejaba hacer, sin aliento, paralizada, diciéndose: «La mataré, encontraré una manera de matarla, pero ¿quién es esa italiana, para empujarla a hacer estas bobadas?». Los labios de Micky estaban dulces y temblorosos.

—Cuando hayas acabado con tus estupideces —dijo Jeanne Murneau, con voz tranquila—, ve a vestirte y haz la maleta. La Raffermi quiere verte.

Micky se enderezó, la más incómoda de las tres, buscó una maleta con los ojos, porque había una en la habitación. La había visto antes. ¿Adonde había ido a parar? La maleta se encontraba en la alfombra detrás de ella, abierta y vacía. Ella la cogió con las dos manos y se la tiró a Jeanne Murneau, que la evitó.

Micky dio dos pasos gritando algo, en italiano, probablemente un insulto, cogió un jarrón que había encima de la chimenea, de tres palmos de alto, azul, muy bonito, y lo tiró también a la cabeza de la mujer dorada. Esta lo evitó sin moverse apenas un centímetro. El jarrón se estrelló contra una pared. Jeanne rodeó la mesa, fue hacia Micky a grandes zancadas, la cogió por la barbilla con una mano y le dio una bofetada con la otra.

A continuación cogió su abrigo, dijo que se iba a dormir a la calle Courcelles y que se iría al día siguiente al mediodía, que tenía un billete de avión para Micky. En la puerta, añadió que la Raffermi estaba a punto de morir. A Micky no le quedaban más de diez días para verla. Cuando se fue, Micky se dejó caer en un sillón y se deshizo en lágrimas.

Do llegó a la calle Courcelles en el momento en que Micky y François debían entrar en el teatro. Jeanne Murneau no se sorprendió de verla. Cogió su abrigo, lo colgó de un picaporte. La casa estaba llena de escaleras, botes de pintura y papeles arrancados.

—Ella tiene gusto, al menos —dijo Murneau—. Quedará muy bonita. La pintura me da migraña, ¿a ti no? Ven al primero, es más habitable.

Arriba, en la habitación que habían empezado a montar, se sentaron una al lado de la otra en el borde de una cama.

—¿Hablas tú o hablo yo? —preguntó Jeanne.

—Hable.

—Tengo treinta y cinco años. Me pusieron a esa mocosa en las manos cuando tenía siete años. No estoy muy orgullosa de lo que es ahora, pero tampoco me hizo mucha gracia recibirla. Tú naciste el 4 de julio de 1939. Fuiste empleada de banca. El 18 de febrero de este año miraste a Micky con tus grandes y dulces ojos, y después cambiaste de profesión. Ahora te has convertido en una especie de muñeca que recibe sin rechistar tortas y abrazos, tienes un aspecto muy agradable, eres más guapa de lo que yo pensaba, pero no por ello menos molesta. Tienes una idea en la cabeza, y normalmente las muñecas no suelen tener ninguna.

—No entiendo lo que me dice.

—Espera, déjame continuar. Tienes una idea en la cabeza desde hace mil años. No es una idea, en realidad, sino más bien algo vago, impreciso, como una comezón. Muchos otros la han experimentado

antes que tú, yo en particular, pero tú eres, de lejos, la más idiota y la más decidida. Y quiero que me entiendas enseguida: no es la idea lo que me inquieta, sino que la lleves como bandera. Has acumulado tantas bobadas ya como para que se inquieten veinte personas. Cuando esas personas son tan cortas de alcances como François Roussin, estarás de acuerdo conmigo en que la cosa es grave. La Raffermi será lo que quieras, pero la verdad es que tiene la cabeza fría. En cuanto a tomar a Micky por una imbécil, eso es demencial. Tú no das la talla y me estás molestando.

—Sigo sin entender nada —dijo Do.

Tenía la garganta seca y se decía: «Es el olor de la pintura». Quiso levantarse, pero la mujer de los cabellos dorados la retuvo tranquilamente en la cama.

—He leído tus cartas a la Raffermi.

—¿Se las enseñó?

—Vives en un sueño. Las he visto, eso es todo. Y el informe que iba adjunto. Morena, 1,68 de estatura, nacida en Niza, padre contable, madre asistenta, dos amantes, uno a los dieciocho años durante tres meses, otro a los veinte, justo antes de la llegada de Micky, sesenta y cinco mil francos al mes, menos las cargas sociales, rasgos particulares: idiota.

Do se soltó y se dirigió hacia la puerta. En la planta baja no encontró su abrigo. Jeanne Murneau apareció de nuevo en otra habitación y se lo tendió.

—No te hagas la boba. Tengo que hablar contigo. No has comido nada. Ven conmigo.

En el taxi, Jeanne Murneau dio la dirección de un restaurante en los Campos Elíseos. Cuando tomaron asiento una a cada lado de una lámpara, frente a frente, Do observó que ella tenía un poco los mismos movimientos que Micky, pero caricaturizados porque era mucho más alta. Jeanne sorprendió la mirada y declaró con la voz irritada, como si fuera demasiado fácil leer en sus ojos:

—La imitadora es ella, no yo. ¿Qué quieres comer?

A lo largo de la cena ella mantuvo la cabeza un poco inclinada a un lado, como Micky, un codo encima de la mesa. Al hablar, desplegaba a menudo una mano fina y larguísima, y extendía el índice como para subrayar la lección. Era un gesto de Micky también, pero más acusado.

—Te toca hablar a ti.

—Yo no tengo nada que decirle.

—¿Por qué has venido a verme, entonces?

—Para explicarle algo. Pero ya no tiene importancia, porque usted no se fía de mí.

—¿Explicarme qué? —dijo Jeanne.

—Que Micky la quiere mucho, que ha llorado después de irse usted, que es demasiado dura con ella.

—¿Ah, sí, de verdad? Quiero decir: ¿de verdad has venido a decirme eso? Ya ves, se me escapaba algo antes de verte, pero ahora empiezo a entenderlo. Eres una pretenciosa de espanto. Tomar a la gente por boba, a estas alturas, no está permitido.

—Sigo sin entender lo que dice.

—La abuela Raffermi sí que lo ha entendido, puedes creerme, pequeña idiota. Y Micky es cien veces más astuta que tú. Si no lo entiendes, te lo explicaré. Tú apuestas por una Micky que tú imaginas, pero no por la verdadera. De momento está el flechazo, eso la ciega un poco. Pero al paso que vas, durarás menos tiempo aún que sus otros caprichos. Hay algo peor: la Raffermi, al recibir tus cartas, no se ha inmutado. Cuando lees esas cartas se te ponen los pelos de punta. Y presumo que ella te responde con mucha amabilidad. ¿No te ha parecido un poco raro eso?

—¡Mis cartas, mis cartas! ¿Qué importan mis cartas?

—Tienen un defecto: no hablan más que de ti. «Cómo me gustaría ser Micky, cómo me apreciaría usted si yo estuviese en su lugar, cómo sabría aprovechar la vida que usted le ofrece…». ¿No es eso?

Do se cogió la cabeza entre las manos.

—Hay determinadas cosas que debes saber —continuó Jeanne Murneau—. Tu mejor oportunidad es complacer a Micky, por mil motivos que tú no entiendes. Y estar ahí en el momento adecuado. Y además, no podrás separar jamás a Micky de la Raffermi. Tú tampoco lo entiendes, pero es así. No vale la pena que te alteres. En fin, la Raffermi ha tenido tres ataques en cuarenta y cinco días. Dentro de una semana o un mes, estará muerta. Tus cartas son inútiles y peligrosas. Quedará Micky, y eso es todo.

Jeanne Murneau, que no había comido nada, dejó su servilleta, cogió un cigarrillo italiano de un paquete que tenía encima de la mesa y añadió:

—Y yo, evidentemente.

Volvieron a pie a la residencia. No hablaban. La mujer alta y dorada la cogía por el brazo. Cuando llegaron a la esquina de la calle lord Byron, Do la detuvo y le dijo muy deprisa:

—La acompaño, no tengo ganas de entrar. Subieron a un taxi. Calle Courcelles. El olor a pintura parecía más fuerte. Al entrar en una habitación, Jeanne Murneau hizo que se apartase Do, que iba a pasar por debajo de una escalera. La cogió por los hombros, en la oscuridad, y la mantuvo allí quieta, delante de ella, levantándola un poco incluso de puntillas, como para ponerla a su altura.

—Tienes que tranquilizarte. Ya no habrá más cartas, ni más discusiones con nadie, ni más idioteces. Dentro de algunos días vendréis a instalaros aquí las dos. La Raffermi habrá muerto. Yo le pediré a Micky que venga a Florencia. Se lo pediré de tal manera que ella no vendrá. En cuanto a François, esperarás a que te proporcione un buen argumento. En ese momento, sin consideración alguna, alejas a François y te llevas a Micky lejos de él. El argumento será indiscutible. Ya te diré adonde tendrás que llevarla. ¿Lo has entendido esta vez? ¿Me escuchas?

En la saeta de luna que entraba por una ventana, Do dijo que sí con la cabeza. Las grandes manos de la mujer de los ojos dorados seguían sujetándole los hombros. Do no intentó apartarse.

—Lo único que tienes que hacer es mantener la calma. No tomes a Micky por idiota. Yo lo hice antes que tú y me equivoqué. La tenía así, una noche, como te tengo a ti ahora, y nada me ha salido peor. Tenía dieciséis años, casi la edad que tenía yo cuando la Raffermi me llevó con ella, casi la edad que tienes tú. Solo te conozco por tus cartas, que son tontas, pero yo también las habría escrito en otros tiempos. Cuando me pusieron a Micky en los brazos, yo la habría ahogado de buen grado. Desde entonces no he cambiado de sentimientos. Pero ya no la ahogaré. Tengo otro medio de desembarazarme de ella: tú. Una pequeña idiota que tiembla, pero que hará lo que yo le digo, porque también quiere desembarazarse de ella.

—Déjeme, por favor.

—Escúchame. Antes que Micky había otra chica en casa de la Raffermi. Con algunos centímetros más y dieciocho años. Era yo. Yo pintaba los tacones de los zapatos con un pincelito, en Florencia. Y después me dieron todo lo que quise. Y después me lo quitaron otra vez. Había aparecido Micky. Querría que reflexionases sobre esto, y que mantuvieras la calma. Todo lo que tú experimentas, yo lo he experimentado ya. Pero yo he aprendido algunas cosas desde entonces. ¿Pensarás en ello? Puedes irte ya.

Do se vio arrastrada hacia el vestíbulo de entrada, hacia la oscuridad. Dio un golpe con un pie a un bote de pintura. Una puerta se abrió ante ella. Se volvió, pero la mujer la empujó hacia fuera, sin una palabra, y cerró.

Al día siguiente, al mediodía, cuando Do llamó a Jeanne por teléfono desde un café de los Campos Elíseos, ella se había ido. El timbre debió de resonar de una habitación a otra, en una casa vacía.

Yo he asesinado

Mi mano enguantada de blanco le tapó la boca. Ella la apartó suavemente y se levantó, una larga silueta sobre el rectángulo de luz de la habitación vecina. Una noche, ella y yo habíamos estado ya así, en la penumbra. Ella me sujetaba por los hombros. Me propuso asesinar a una princesa de largos cabellos.

—¿Cómo sabes todo esto? Hay cosas que no puedes saber: la noche que ella durmió en mi casa, la noche que me paseé debajo de sus ventanas. Y después, el encuentro con ese muchacho, Gabriel…

—¡Me lo contaste tú todo! —dijo Jeanne—. En junio pasamos dos semanas juntas.

—¿No volviste a ver a Micky después de la pelea en la residencia?

—No. Me daba igual. Yo no tenía la menor intención de llevarla a Italia. Al día siguiente por la mañana vi a François Chance para arreglar el asunto de las obras, y tomé el avión que debía tomar. Al volver a Florencia ya tuve mis problemas. La Raffermi estaba loca de rabia. Yo no juraría que Micky no la hubiese llamado después de verme. Tú siempre pensaste que no. En todo caso, no había arreglado nada, más bien al contrario. La Raffermi siguió rabiosa hasta el final.

—¿Cuándo murió?

—Una semana después.

—¿Y tú no me dijiste nada más antes de irte?

—No. No tenía nada más que decirte. Tú sabías muy bien lo que yo quería decir. Mucho antes de conocerme, tú ya no pensabas más que en eso.

De golpe, la habitación se iluminó. Había encendido una lámpara. Me tapé los ojos con la mano enguantada.

—¡Apaga, por favor!

—Permitirás que me ocupe de ti, ¿verdad? ¿Sabes la hora que es? Estás muerta de cansancio. Te he traído unos guantes. Quítate esos que llevas.

Mientras ella estaba inclinada sobre mis manos, rubia, alta, atenta, todo lo que me había contado me pareció de nuevo como un mal sueño. Era buena y generosa, yo era incapaz de haber preparado la muerte de Micky… nada era verdad.

Pronto amanecería. Me cogió entre sus brazos y me llevó hasta el primer piso. En el pasillo, al aproximarse a la habitación de la antigua Domenica, no pude más que sacudir la cabeza contra su mejilla. Ella comprendió y me depositó en su propia cama, en la habitación que había ocupado mientras yo estaba en la clínica. Un instante después, tras haberme quitado la bata y darme algo de beber, se inclinó hacia mí, que temblaba bajo las sábanas y las mantas, me arropó, contempló mi rostro con ojos cansados, muda.

Abajo, no sé en qué momento de su relato, yo le había dicho que quería morir. Ahora, al notar el sueño que me entumecía, me asaltó un miedo ridículo.

—¿Qué me has dado de beber?

—Agua. Con unas pastillas de somnífero.

Debió de leer en mi mirada, como siempre, lo que yo tenía en la cabeza, porque me tapó los ojos con la mano. Oí que decía: «estás loca, loca, loca», y su voz se alejaba rápidamente, ya no sentía su mano sobre mi cara, después, de golpe, un soldado americano que llevaba la gorra militar de través me tendía una tableta de chocolate,

sonriendo. La maestra de escuela avanzaba hacia mí con una regla para darme en los dedos, y me dormí.

Por la mañana yo seguía en la cama, y Jeanne estaba echada, completamente vestida, sobre la cubierta, cerca de mí, y entonces decidimos vivir a partir de entonces en la calle Courcelles. Ella me contó el asesinato y yo mis investigaciones de la víspera. En aquellos momentos me parecía absolutamente increíble que François no hubiese descubierto la sustitución.

—No es tan sencillo —dijo Jeanne—. Físicamente, tú ya no eres ni tú ni Micky. Y no hablo solo de la cara, sino de la impresión que das. No andas como ella, pero tampoco como andabas tú. Y además, has vivido varios meses con ella. Las últimas semanas la observaste tanto para poder imitarla que yo la noto en todos tus gestos. Cuando reías, la primera noche, yo no sabía ya si era ella o eras tú. Y lo peor es que tampoco sabía ya cómo era ella, cómo eras tú, y no era capaz de pensar. No sabes las ideas que se me han ocurrido. Cuando te bañaba, me creía transportada cuatro años atrás, porque tú eres más delgada que Micky, y ella era un poco como tú ahora. Al mismo tiempo, me decía que era imposible. Tú tienes la misma estatura, pero no os parecíais en absoluto. No podía equivocarme hasta ese punto. Tenía miedo de que estuvieses representando un papel conmigo.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! Para apartarme, para estar sola. Lo que me volvía loca era que yo no podía hablarte antes de que tú supieras. Era yo quien debía representar un papel. Dirigirme a ti como si fueses ella de verdad. Estaba confusa. Me he dado cuenta de una cosa terrible estos cuatro días, pero que nos facilitará las cosas: en cuanto oí tu voz, fui incapaz de recordar la de Micky; en cuanto vi el lunar que tenías en la piel, Micky lo había tenido siempre, o tú lo habías tenido siempre, ya no lo sé… Uno es incapaz de acordarse,

¿comprendes? Bruscamente tú hacías un gesto, y yo te veía de nuevo como Micky. Pensaba tanto en ese gesto que llegaba a persuadirme de que me confundía. La verdad es que tú hacías verdaderamente un gesto de Micky, entre dos tuyos, porque habías pasado semanas diciéndote: un día tendré que hacerlo exactamente así.

—¿Y eso bastaba para confundir a François? Eso no es posible. Estuve medio día con él. Al principio no me reconoció, pero por la noche estábamos en un sofá y me besó, y me tocó durante más de una hora.

—Tú eras Mi. Él hablaba de Mi. Creía tener a Mi.

Y además, es un codicioso. Nunca le prestó atención a ella en realidad, se acostaba con una herencia. Sencillamente, no volverás a verle. Me preocupa mucho más tu visita a François Chance.

—No se dio cuenta de nada.

—No le dejaré más ocasiones de darse cuenta de lo que sea. Ahora debemos trabajar en serio.

Ella decía que a nuestro regreso a Florencia los riesgos serían muchísimo mayores. Allí conocían a Mi desde hacía años. En Niza el único que debía preocupamos era el padre de Mi. Me di cuenta, de repente, de que debía ver a aquel hombre a cuya hija había matado, arrojarme entre sus brazos, como lo habría hecho ella. En Niza también mi padre y mi madre lloraban todavía a una hija desaparecida; sin duda desearían verme para que les hablase de ella, me mirarían con espanto… ¡me reconocerían!

—¡No digas tonterías! —exclamó Jeanne, cogiéndome por los antebrazos—. ¡No tendrás que verles! Al padre de Micky sí, será necesario. Si lloras un poco, todo se atribuirá a la emoción. Pero es mejor que no vuelvas a pensar nunca más en tus padres. ¿Acaso te acuerdas de ellos?

—No. Pero ¿cuándo me acordaré?

—A partir de este momento serás otra. Ya eres otra. Eres Micky. Michèle Marthe Sandra Isola, nacida el 14 de noviembre de 1939.

Has rejuvenecido cinco meses, has perdido tus huellas digitales y has crecido un centímetro. Y se acabó.

Eso no fue más que el comienzo de otra angustia. A mediodía, ella fue a buscar nuestras cosas a la casa de Neuilly, y las trajo, todos nuestros vestidos metidos en desorden en las maletas. Yo bajé en bata al jardín para ayudarla a meterlos. Ella me rechazó, diciendo que así «me iba a morir de frío».

Todo lo que nos decíamos, ella o yo, me devolvía sin cesar a aquella noche de Cap Cadet que ella me había contado. No quería pensar más en aquello, me negaba a ver las películas que ella había filmado con Micky, de vacaciones, y que podían ayudarme a parecerme a ella. Pero cualquier palabra adoptaba un doble sentido y hacía surgir en mi espíritu unas imágenes más insoportables que todas las películas.

Ella me vistió, me obligó a comer, lamentó tener que dejarme sola dos horas para ir a casa de François Chance a reparar mis tonterías de la víspera.

Yo me arrastré toda la tarde de un sillón a otro. Me miraba en los espejos. Me quité los guantes para verme las manos. Observé con un abatimiento aterrorizado a ese «alguien» que se instalaba en mí y que no era nada, palabras, ideas confusas.

Más que el crimen que había cometido era esa sensación de estar bajo la influencia de alguien lo que me angustiaba. Yo era un juguete vacío, una marioneta en las manos de tres desconocidas. ¿Cuál de ellas tiraba con más fuerza de los hilos? ¿La pequeña empleada de banca envidiosa, paciente como una araña? ¿La princesa muerta que un día acabaría por mirarme de nuevo a la cara en mi espejo, porque en ella quería convertirme? ¿O la mujer del cabello dorado que me había guiado hacia el crimen durante semanas, sin verme?

Una vez muerta la madrina Midola, me decía Jeanne, Micky no quería ni oír hablar de un viaje a Florencia. El entierro había tenido lugar sin ella, y ni siquiera se habían molestado en dar una explicación a los familiares de la Raffermi.

La tarde que se enteró del fallecimiento, Micky decidió salir con François y algunos amigos. Yo la acompañé. Micky se emborrachó, armó un escándalo en una discoteca de L'Etoile, insultó a los agentes que nos desalojaron, quiso llevarse a su habitación a otro chico que no era François. Se obstinó, y al final François tuvo que irse a su casa.

En definitiva, una hora después de su partida, el otro chico fue puesto también en la puerta, y tuve que mimarla durante buena parte de la noche. Ella lloraba, me hablaba de su madre fallecida y de su infancia, decía que Jeanne estaba muerta para ella, para siempre, y que no quería volver a oír hablar ni de ella ni de nadie, y que un día yo también vería «lo que es eso». Somníferos.

Durante varios días, muchas personas quisieron verla. La compadecían. La invitaban a todas partes. Ella se mostraba prudente y llevaba con dignidad los miles de millones que la Raffermi le había dejado. Se instaló en la calle Courcelles en cuanto fue habitable, antes incluso de que acabasen las obras.

Recibí, una tarde que estaba sola en nuestra nueva casa, un telegrama de Jeanne. No contenía más que su nombre y un número de teléfono en Florencia. Llamé enseguida. Ella respondió al principio que era idiota por llamar desde casa de Micky, y después, que ya era hora de apartar a François. Como si se me hubiese ocurrido la sospecha espontáneamente, debía pedirle a Micky que verificase los presupuestos de la calle Courcelles y ver qué tipo de arreglos había acordado su amante con los proveedores. Me pidió que la llamase de nuevo al mismo número, a la misma hora, una semana después. Aquella vez valdría más llamar desde una cabina telefónica.

Micky hizo su investigación al día siguiente, habló con los proveedores y, como ella pensaba, no descubrió nada anormal en las cuentas. Yo me preguntaba qué tenía Jeanne en mente. Era evidente que François era demasiado listo para pedir una comisión sobre las pinturas o los muebles. La idea de engañar a Micky de una forma tan burda no se le habría ocurrido nunca.

Comprendí que no se trataba de eso al asistir a la escena que tuvo que soportar François cuando volvimos. Él se había ocupado de todo personalmente. Había enviado un duplicado de los presupuestos y las facturas a Florencia antes incluso de que Micky hubiese hablado de sus proyectos. François se defendió como pudo: trabajaba en casa de Chance, era normal que mantuviese correspondencia con la Raffermi. Micky lo tachó de pelota, de chivato, de cazadotes, y lo echó.

Ciertamente, le habría vuelto a ver a la mañana siguiente, pero ahora ya sabía lo que quería Jeanne. Solo tuve que aprovechar el impulso que ella me había dado. Micky fue a casa de Chance, que no estaba al corriente de nada. Llamó a un secretario de la Raffermi a Florencia, supo que François, con la esperanza de congraciarse, tenía a la madrina Midola al corriente de todo. Lo más cómico es que él también devolvía los talones que se le ofrecían.

Telefoneé a Jeanne como estaba acordado. Era a finales de mayo. El tiempo era muy bueno en París, y aún más en el sur. Ella me dijo que engatusara a Micky como yo sabía hacerlo y la convenciera de que me llevase con ella. La Raffermi tenía una villa junto al mar. El lugar se llamaba Cap Cadet. Allí nos encontraríamos cuando llegase el momento.

—¿El momento de qué?

—Cuelga —dijo Jeanne—. Yo haré todo lo que pueda para ayudar a que se decida. Tú limítate a ser amable, y déjame reflexionar por las dos. Vuélveme a llamar dentro de una semana. Espero que para entonces vayáis a salir ya.

—¿No han abierto el testamento? ¿Hay algún problema? Me gustaría saber…

—Cuelga —insistió Jeanne—. No seas pesada.

Diez días más tarde, a principios de junio, Micky y yo estábamos en Cap Cadet. Viajamos toda una noche en su pequeño automóvil repleto de maletas. Por la mañana, una mujer del lugar llamada Yvette, que conocía a «la Murneau», nos abrió la villa.

Era grande, soleada, perfumada por el olor de los pinos. Bajamos a tomar un baño en una playa de guijarros desierta, al pie de un promontorio que dominaba la casa. Micky empezó a enseñarme a nadar. Nos echamos en la cama con los trajes de baño mojados y nos dormimos la una junto a la otra hasta la noche.

Yo me desperté la primera. Miré mucho rato a Micky durmiendo a mi lado, imaginé no sé qué extraños sueños detrás de sus largas pestañas abatidas, y toqué, separándola de las mías, una pierna que estaba tibia y viva. Me daba horror de mí misma. Cogí el coche y fui a La Ciotat, la ciudad más cercana, a llamar a Jeanne, que me daba horror también.

—Pues vuélvete por donde has venido. Busca otro banco. O lava la ropa, como tu madre. Déjame en paz.

—Si usted estuviese aquí no sería lo mismo. ¿Por qué no viene?

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde correos.

—Pues escúchame bien. Te envío un telegrama a nombre de Micky, Café de la Désirade, La Ciotat. Es el último que está en la playa, antes de girar hacia la izquierda para volver a Cap Cadet. Al pasar, advierte de que lo estás esperando y pasa a recogerlo mañana por la mañana. Y llámame enseguida. Ahora, cuelga.

Me detuve en el café, pedí una Coca-Cola, rogué al dueño que me guardase un telegrama que recibiría a nombre de Isola. Me preguntó si era de negocios o de amor. Como era de amor, le pareció bien.

Aquella tarde Micky se puso triste. Después de la comida que nos sirvió madame Yvette, acompañamos a esta a Les Lecques, donde vivía, con su bici sujeta en la parte trasera del MG. Después, Micky decidió continuar hacia lugares más civilizados y fuimos a Bandol, bailó hasta las dos de la mañana, encontró aburridos a los chicos del sur, y volvimos. Eligió su habitación, eligió la mía, me besó en la mejilla con unos labios adormecidos y me dejó, diciendo que «desde luego no pensaba criar moho en aquel rincón». Yo tenía ganas de conocer Italia, ella me había prometido que me llevaría, me enseñaría la bahía de Nápoles, Castellamare, Sorrento, Amalfi. Qué bonito. Buenas noches, polluelo.

Por la mañana pasé por el Café de la Désirade. El telegrama de Jeanne era incomprensible: «Junta Clarisse. Besos».

Llamé de nuevo a Florencia desde correos de La Ciotat.

—A ella no le gusta esto. Quiere llevarme a Italia.

—No debe de tener mucho dinero —dijo Jeanne—. No conoce a nadie, no tardará en decirme algo. Yo no puedo adelantarme, porque ella no lo soportaría. ¿Has recibido lo que te he enviado?

—Sí, pero no lo entiendo.

—No esperaba que lo entendieses. Hablo del primer piso, la primera puerta a la derecha. Te aconsejo que des una vuelta y reflexiones. Reflexionar vale siempre mucho más que hablar, sobre todo por teléfono. Desatornillar, mojar cada día, es lo único que tienes que hacer. Cuelga y reflexiona. Desde luego, no debéis venir a Italia.

Yo percibía chisporroteos en la línea, un concierto sordo de voces que, de La Ciotat a Florencia, se turnaban de central en central. Evidentemente, bastaba con una oreja, pero ¿qué habría oído ella que fuese tan turbador?

—¿Tengo que volverla a llamar?

—Dentro de una semana. Sé prudente.

Entré en el cuarto de baño contiguo a mi habitación al final de la tarde, mientras Micky tomaba el sol en la playa. «Clarisse» era la

marca del calentador. El tubo debía de estar instalado desde hacía poco, porque no estaba pintado. Corría todo alrededor de la habitación, por la parte superior de la pared. Encontré la junta a la salida de un codo. Para hacerlo tuve que ir a buscar una llave inglesa en el garaje. Cogí la que se encontraba en la caja de herramientas del coche. Yvette frotaba los azulejos de la planta baja. Era muy charlatana y me hizo perder algunos minutos. En cuanto volví al baño, tuve miedo de ver entrar súbitamente a Micky, y me sobresaltaba cada vez que Yvette, debajo de mí, desplazaba una silla.

Aun así desatornillé la tuerca de ajuste y saqué la junta. Era una lámina gruesa de un material que parecía pasta de cartón. La volví a poner en su lugar, atornillé la tuerca como la había encontrado, volví a abrir el gas, encendí la llamita del calentador, que había apagado.

Vi aparecer a Micky por el camino que conducía a la playa en el momento en que volvía a poner la llave inglesa en la caja de herramientas.

El plan de Jeanne solo aparecía en mi mente a medias. Mojar la junta cada día, eso ya veía que era para disgregarla lentamente, casi de forma natural. Se atribuiría aquella humedad al vaho que dejaban escapar los baños que tomábamos. Además, decidí multiplicar esos baños con el fin de dejar huellas en la pintura del techo y de las paredes. Pero ¿adonde nos llevaría aquello? Si Jeanne quería que yo estropease un conducto de gas, eso significaba que pensaba desencadenar un incendio. El gas que se escapa de la tubería, la llamita encendida que provoca una explosión… pero nunca escaparía el gas suficiente del tubo, porque la tuerca lo contendría.

Y aunque el plan de Jeanne estuviese mejor pensado, y el incendio fuese posible, ¿qué podía producirnos éste? Una vez suprimida Micky, yo me encontraría también apartada de la vida que llevaba, y volvería a mi punto de partida. Durante una semana hice lo que Jeanne me había pedido, sin tener el valor de comprender.

Sumergía la junta en el agua, la iba disgregando poco a poco con los dedos, y notaba que mi decisión se iba disgregando con ella.

—No veo adonde quiere ir a parar —dije a Jeanne al teléfono—. Escúcheme: o nos vemos ahora o lo dejo todo.

—¿Has hecho lo que te he dicho?

—Sí, pero quiero saber qué viene a continuación. No veo el interés que podemos encontrar en esta historia, y sobre todo, sé bien que yo no tengo ninguno.

—No digas tonterías. ¿Cómo está Micky?

—Bien. Se baña, jugamos a la pelota en la piscina. No hemos podido llenarla. No sabemos cómo funciona. Damos paseos.

—¿Y los chicos?

—Ni uno solo. Yo le cojo la mano para dormir. Ella dice que de todos modos el amor ha terminado para ella. Cuando ha bebido un poco, habla de usted.

—¿Sabes hablar como Micky?

No entendí la pregunta.

—Ese es precisamente el interés que tienes en continuar, querida. ¿Lo comprendes? ¿No? Es igual. Vamos, háblame como Micky, imítala, que yo te oiga un poco.

—¿Tú crees que esto es vida? De entrada, Jeanne es una chiflada. ¿Sabes de qué signo es? Tauro. Desconfía de Tauro, polluelo, son malas personas. Todo en la cabeza, nada en el corazón. ¿De qué signo eres tú? Cáncer, bueno, no está mal. Tienes ojos de cáncer. Yo conocí a alguien una vez que tenía los ojos así, mira, grandes, grandes. Era divertido, sí. Jeanne me da un poco de pena, es una pobre chica. Mide diez centímetros de más para dejarse ir. ¿Sabes lo que se imagina?

—Ya basta —dijo Jeanne—. No quiero oírlo.

—Sin embargo, es interesante, pero es verdad que resulta difícil decirlo al teléfono. Entonces, ¿está bien?

—No. Repites, no inventas. ¿Y si tuvieses que inventar? Piensa en eso. Me reuniré con vosotras dentro de ocho días, en cuanto ella

me haya llamado.

—Haría bien en venir con buenos argumentos. A fuerza de oír que me dicen «reflexiona», reflexiono.

En el coche, por la noche, al ir a Bandol, donde quería cenar, Micky me dijo que había conocido aquella tarde a un chico muy raro, con unas ideas muy raras. Me miró y añadió que al final aquel sitio acabaría por gustarle.

No me tenía al corriente de sus apuros financieros. Cuando yo necesitaba dinero, se lo pedía. Al día siguiente, sin decirme por qué, detuvo el coche ante la estafeta de correos de La Ciotat. Entramos juntas, yo más muerta que viva por encontrarme con ella en aquel sitio. La encargada incluso me preguntó:

—¿Es para Florencia?

Felizmente, Micky no prestó atención o creyó que no iba dirigido a ella. Quería, en efecto, enviar un telegrama a Florencia. Se divirtió mucho redactándolo. Me lo hizo leer, y yo leí que ella pedía dinero, que Jeanne viniera pronto. Era el famoso telegrama de los «ojos, manos, boca, sé buena».

Jeanne llegó tres días más tarde, el 17 de junio, con su Fiat blanco y un pañuelo atado sobre los cabellos rubios. Se estaba haciendo de noche. Había mucha gente en la villa, chicos y chicas que Micky había conocido en una playa de los alrededores y a los que se había traído a casa. Yo corrí hacia Jeanne, que aparcaba su coche. Ella se contentó con tenderme una de sus maletas y me arrastró hacia la casa.

Su llegada fue primero una señal de silencio, y luego de desbandada. En el jardín, sin haberle dirigido la palabra, Micky se despidió de forma trágica, y suplicó a todo el mundo que volviese en momentos mejores. Estaba borracha y alterada. Jeanne, que me pareció más joven con ropa ligera, estaba a punto ya de poner en orden todas las piezas.

Micky volvió, se dejó caer en un sillón con un vaso, me pidió que dejase de jugar a la asistenta (yo estaba ayudando a Jeanne) y me

recordó lo que me había dicho un día: si escuchaba una sola vez a aquella grandullona, no acabaría jamás.

A continuación dijo a Jeanne:

—Te he pedido un talón, no a ti. Dame el talón, duerme aquí si quieres, pero que no te vea ya mañana.

Jeanne fue hacia ella, la miró largamente, después se agachó, la cogió entre sus brazos y la llevó a la ducha. Más tarde se reunió conmigo. Yo estaba sentada en el borde de la piscina. Me dijo que Micky estaba tranquila y que íbamos a dar una vuelta.

Subí en su coche y nos detuvimos en un pinar entre el Cap Cadet y Les Lecques.

—El 4 de julio es tu cumpleaños —me dijo Jeanne—. Cenaréis fuera y os iréis de fiesta juntas, eso parecerá natural después. Pasará esa noche. ¿Cómo está la junta?

—Esponjosa, como si fuese de cartón piedra. Pero su plan es tonto: la tuerca no dejará pasar el gas.

—¡La tuerca que se encontrará esa noche en el tubo sí lo dejará pasar, imbécil! Tengo otra tuerca. La misma, obtenida en el mismo fontanero. Está rota y con la rotura toda oxidada. Me escucharás ahora, ¿verdad? El incendio, la investigación, los peritajes, no hay ningún problema por ese lado. La instalación se hizo este año, encontrarán una tuerca defectuosa, oxidada desde el tiempo que se requiere. La casa está asegurada por una miseria. Me encargué yo, y no la elegí por nada. Hasta al seguro le parecerá bien. El problema eres tú.

—¿Yo?

—¿Cómo podrás ocupar su lugar?

—Pensaba que tenía también un plan para eso. En fin, otro plan que el que imagino.

—No hay otro.

—¿Tendré que hacerlo sola?

—Si yo me veo implicada en el incendio, no me darán ningún crédito a la hora de reconocerte. Y es necesario que sea yo la que

te reconozca enseguida. Además, ¿qué crees que pensarán, si yo estoy allí?

—No lo sé.

—No harán falta ni cuarenta y ocho horas para que se descubra todo. Si estáis solas las dos, si tú sigues bien lo que yo quiero que hagas, no se plantearán ninguna pregunta.

—¿Tendré que golpear a Micky?

—Micky estará borracha. Tú le darás una pastilla de dormir más que de costumbre. Como después Micky serás tú, y sin duda le harán la autopsia, arréglatelas desde ahora mismo para que todo el mundo sepa que tomas somníferos. Y ese día come lo mismo que ella, bebe lo mismo que ella, si hay testigos.

—¿Y tendré que quemarme?

¿Atrajo acaso Jeanne mi cabeza contra su mejilla, para consolarme? Al contarme la escena, así lo decía, decía que fue entonces cuando empezó a sentirse unida a mí.

—Ese es el único problema. Si te encuentro mínimamente reconocible, estaremos perdidas las dos, y no valdrá la pena ir más lejos, porque te identificarán como Do.

—No podré hacerlo.

—Sí que podrás. Te juro que si haces lo que yo te digo, no durará más de cinco segundos. Enseguida, no sentirás nada más. Yo estaré allí cuando te despiertes.

—¿Qué es lo que no debe ser reconocible? ¿Cómo puedo saber si no voy a morir allí yo también?

—La cara y las manos —dijo Jeanne—. Cinco segundos entre el momento en que sientas el fuego y aquel en que estés fuera de peligro.

Y pude hacerlo. Jeanne se quedó con nosotras dos semanas. La víspera del 1 de julio pretextó un viaje de negocios a Niza. Yo pude quedarme tres días sola con Micky. Pude continuar actuando de una manera normal. Pude llegar hasta el final.

La tarde del 4 de julio se vio el MG en Bandol. Se vio a Micky emborracharse con su amiga Domenica, en compañía de media docena de jóvenes con los que se habían encontrado. A la una de la mañana, el pequeño coche blanco fue a toda prisa hacia Cap Cadet, con Domenica al volante.

Una hora después la villa ardía por un lado, el lado del garaje y el baño de Domenica. Una joven de veinte años moría quemada viva en la habitación vecina, vestida con un pijama y un anillo en la mano derecha que permitían identificarla como yo misma. La otra no conseguía sacarla de las llamas, pero dejaba la ilusión de haber querido salvarla. En la planta baja, mientras el fuego iba en aumento, hizo sus últimos gestos de marioneta. Quemó una bola de tela, un camisón de Micky, la cogió entre sus manos chillando y se tapó con ella la cabeza. Cinco segundos más tarde, en efecto, todo había concluido. Cayó al pie de una escalera sin haber podido alcanzar una piscina donde ya no se jugaba a la pelota y cuya agua se rizaba más y más bajo las pavesas.

Sí, pude.

—¿A qué hora viniste por primera vez a la villa?

—A las veintidós —dijo Jeanne—. Os habíais ido a cenar hacía un buen rato. Cambié la tuerca y abrí el gas, sin encender la llamita. Al subir, no tuviste más que arrojar un copo de algodón hidrófilo inflamado en la habitación. Debías echarlo después de dar los somníferos a Micky. Presumo que eso fue lo que hiciste.

—¿Y tú, dónde estabas?

—Yo volví a Tolón para que me vieran. Entré en un restaurante, dije que volvía de Niza, que iba a Cap Cadet, y cuando llegué de nuevo a la villa, no ardía. Eran las dos de la mañana y comprendí que te habías retrasado. Estaba previsto que a las dos todo hubiese acabado. Pero sin duda Micky puso algunas dificultades para volver. No lo sé. Tú tenías que ponerte enferma de repente. Ella te habría devuelto a casa a la una. Algo no había funcionado bien, ya que eras

tú quien conducías el coche a la vuelta. A menos que nos equivocásemos, no sé.

—¿Y qué hiciste?

—Esperé en la carretera. Hacia las dos y cuarto vi las primeras llamas. Esperé un poco más. No quería llegar la primera al lugar. Cuando te llevé a las escaleras que había delante de la casa, había media docena de personas en pijama o en bata que no sabían qué hacer. Los bomberos de Les Lecques llegaron enseguida y apagaron el incendio.

—¿Estaba previsto que yo intentara sacarla de mi habitación?

—No. No fue mala idea, porque los inspectores de Marsella quedaron bastante impresionados. Pero fue peligroso. Pienso que por eso quedaste negra de los pies a la cabeza. En definitiva, te dejaste coger en la trampa en la habitación, y saltaste por la ventana. Tenías que haber quemado el camisón en la planta baja. Habíamos contado cien veces los pasos necesarios para caer en la piscina. Diecisiete. Debías esperar también para quemar el camisón a que acudiesen los vecinos, para caer en la piscina justo en el momento en que ellos llegasen. Al parecer, no esperaste. A fin de cuentas, supongo que tuviste miedo de que yo no te cogiese lo bastante rápido, y no saltaste a la piscina.

—Es posible que me desvaneciera de repente, al taparme la cabeza, y por eso no pudiese ir más lejos.

—No lo sé. La herida que tenías en la parte superior del cráneo era grande y profunda. El doctor Chaveres piensa que saltaste desde el primero.

—¡Con ese camisón alrededor de la cabeza, si no alcanzaba la piscina, habría podido morir! Tu plan era muy arriesgado, ¿sabes?

—No. Habíamos hecho arder cuatro camisones parecidos. Nunca había costado más de siete segundos, sin corriente de aire. Debías llegar a la piscina en diecisiete pasos. Cinco segundos, o incluso siete segundos, únicamente las manos y la cara, no podías morir.

Esa herida en la cabeza no estaba prevista. Ni tampoco las quemaduras que tenías en el cuerpo.

—¿Pude actuar de manera diferente a como estaba previsto? ¿Por qué no iba a hacerte caso hasta el final?

—Te cuento las cosas a mi manera —dijo Jeanne—. Quizá tú no me escuchabas tan fácilmente. Era más complicado. Tenías miedo de lo que ibas a hacer, miedo de las consecuencias, miedo de mí. En el último momento, creo que quisiste cargar las tintas. A ella la encontramos en la puerta de la habitación, cuando debía encontrarse en la cama, o cerca de la cama. Quizá durante un instante quisiste salvarla de verdad. No lo sé.

Dormí diez noches, quince noches, durante aquel mes de octubre, soñando lo mismo: intentaba, con movimientos de extraordinaria rapidez, pero perfectamente ineficaces, sacar a una joven de largos cabellos de un incendio, de un ahogamiento, de un enorme vehículo estrellado que nadie conducía. Me despertaba helada, sabiendo muy bien que era una cobarde. Lo bastante cobarde para hacer tragar unos comprimidos de Gardenal a una desgraciada y quemarla viva. Demasiado cobarde para negar aquella mentira de haber querido salvarla. La amnesia era una huida. Si no me acordaba, es porque por nada del mundo, pobre angelito, habría soportado acordarme.

Nos quedamos en París hasta finales de octubre. Vi las películas de vacaciones de Micky. Veinte, treinta veces. Me aprendí sus gestos, su forma de andar, la manera que tenía de volver los ojos bruscamente hacia la cámara, hacia mí.

—Tenía la misma brusquedad en la voz —me dijo Jeanne—. Tú hablas demasiado despacio. Ella atacaba siempre una frase antes de haber acabado la precedente. Saltaba de una idea a otra, como si hablar fuese un zumbido inútil, como si tú ya lo hubieses comprendido todo.

—Supongo que era más inteligente que yo.

—No he dicho eso. Inténtalo una vez más.

Lo intentaba. Lo conseguía. Jeanne me daba un cigarrillo, lo encendía, me estudiaba:

—Fumas como ella. Pero tú fumas de verdad. Ella aspiraba dos caladas y luego aplastaba el cigarrillo. Métete en la cabeza que ella soltaba todo lo que tocaba. No se interesaba por una idea más que algunos segundos, se cambiaba de ropa tres veces al día, los chicos no le duraban ni una semana, le gustaba el zumo de pomelo hoy, y el vodka mañana. Dos caladas y lo apagas, no es difícil. Puedes encender otro cigarrillo enseguida, así irá bien.

—Pero sale muy caro, ¿no?

—¿Lo ves?, eres tú quien habla, no ella. No repitas jamás eso.

Me puso al volante del Fiat. Después de algunas maniobras, pude conducir sin demasiados problemas.

—¿Qué ha pasado con el MG?

—Se quemó junto con todo lo demás. Lo encontraron espachurrado en el garaje. Es increíble, sujetas el volante como ella. No eres tonta, sabes observar. Y además, hay que decir que tú no habías conducido más que su coche. Si eres lista, te pagaré uno cuando estemos en el sur. Con «tu» dinero.

Ella me vestía como Micky, me maquillaba como Micky. Faldas de lana anchas, enaguas, ropa interior blanca, verde agua, azul cielo. Zapatos Raffermi.

—¿Cómo era cuando hacías tacones de zapatos?

—Fatal. Date un poco la vuelta para que te vea.

—Cuando me doy la vuelta me duele la cabeza.

—Tienes unas piernas bonitas. Ella también, bueno, no sé. Llevaba la barbilla más alta, así, mira. Camina.

Yo caminaba. Me sentaba. Me levantaba. Daba unos pasos de vals. Abría un cajón. Tendía un índice napolitano al hablar. Reía de forma más neta, más aguda. Me quedaba de pie, con las piernas separadas, un pie perpendicular al otro. Decía: «Murneau, qué chisme más tonto, ciao, qué locura, te lo aseguro, pobre de mí, me

gusta, no me gusta, ya sabes, un montón de trastos». Ladeaba la cabeza con aire dubitativo, con una mirada de soslayo.

—No está mal. Cuando te sientes con una falda así, no enseñes las piernas más de lo necesario. Ponías de lado, bien paralelas, así. Hay momentos en que realmente no recuerdo ya cómo lo hacía ella.

—Ya lo sé: mejor que yo.

—No he dicho eso.

—Pero lo piensas. Te pones nerviosa. Hago lo que puedo, ¿sabes? Me hago un lío con estos trastos.

—Me parece oírla a ella, continúa.

Era la pobre revancha de Micky. Más presente que la Domenica de antaño, era ella quien guiaba mis piernas pesadas, mi espíritu extenuado.

Un día, Jeanne me condujo a casa de unos amigos de la muerta. Ella no se alejaba de mí, dijo hasta qué punto era desgraciada yo, y todo fue bien.

Desde el día siguiente tuve derecho a responder al teléfono. Me compadecían, estaban locos de inquietud, me suplicaban que les concediese cinco minutos de charla. Jeanne seguía escuchando por otro receptor, y me explicaba enseguida quién era la persona que me hablaba.

Ella no estaba, sin embargo, la mañana que Gabriel, el amante de la antigua Do, llamó. Dijo que sabía cuál era mi problema, me explicó él mismo quién era.

—Quiero verte —añadió.

No sabía cómo deformar la voz. La angustia de decir una tontería acabó por reducirme al silencio.

—¿Me oyes? —decía él.

—No puedo verte en este momento. Tengo que reflexionar. No sabes en qué estado me encuentro.

—Escúchame bien: tengo que verte. No he podido llegar a ti durante tres meses, pero ahora ya no te dejo. Tengo que saber determinadas cosas. Voy para allá.

—No te abriré.

—Entonces, desconfía si quieres —me dijo él—. Tengo una cualidad: soy muy tozudo. Tus problemas no me importan. Los de Do son más graves: está muerta. ¿Voy o no?

—Por favor, te lo suplico. ¿No lo entiendes? No puedo ver a nadie. Déjame un poco más de tiempo. Te prometo que te veré más adelante.

—Voy ahora —dijo él.

Jeanne llegó antes que él y lo recibió. Oí sus voces en el vestíbulo de la planta baja. Yo estaba echada en mi cama, con un puño enguantado apretado contra la boca. Al cabo de un momento, la puerta de entrada se volvió a cerrar y Jeanne vino a cogerme entre sus brazos.

—No es peligroso. Debe de imaginarse que sería un cerdo si no viniese a preguntarte cómo murió su amiga, pero la cosa no va más allá. Cálmate.

—No puedo verlo.

—No lo verás. Todo ha acabado. Ya se ha ido.

Me invitaban. Me reunía con personas que no sabían cómo hablarme, que se contentaban con interrogar a Jeanne y desearme mucho valor.

Jeanne organizó incluso una pequeña recepción en la calle Courcelles, una tarde de lluvia. Fue dos o tres días antes de nuestra partida hacia Niza. Una especie de examen, de ensayo general, antes de que me soltaran en mi nueva existencia.

Yo estaba lejos de ella, en una habitación de la planta baja, cuando vi entrar a François Roussin, que no había sido invitado. Ella le vio igualmente y, desplazándose de un grupo a otro, se fue acercando tranquilamente en mi dirección.

François me explicó que estaba allí no en calidad de amante, sino como secretario, acompañando a su jefe. Parecía, sin embargo, muy dispuesto a dejar hablar al amante, cuando Jeanne consiguió unirse a nosotros.

—Déjala tranquila o te echo —le dijo ella.

—No amenace nunca a la gente con algo que no es capaz de hacer. Escuche, Murneau, si le doy una torta la tiro al suelo. Y le juro que lo haré si continúa molestándome.

Hablaban en voz baja, sin perder su actitud de camaradería, incluso. Cogí el brazo de Jeanne y le pedí a François que se fuera.

—Tengo que hablar contigo, Micky —insistía él.

—Ya hemos hablado.

—Hay cosas que no te he dicho.

—Me has dicho lo suficiente.

Fui yo quien arrastró a Jeanne lejos de él. Se fue enseguida. Lo vi parlotear con François Chance, y mientras este se ponía el abrigo, en el vestíbulo, su mirada se cruzó con la mía. No había en sus ojos más que una especie de rabia, y me volví.

Por la noche, cuando todo el mundo se fue, Jeanne me apretó un buen rato contra su cuerpo, me dijo que me había portado tal y como ella esperaba, y que íbamos a conseguirlo, que ya lo habíamos conseguido.

Niza.

El padre de Micky, George Isola, era muy delgado, muy pálido y muy viejo. Me miraba moviendo la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, sin atreverse a abrazarme. Cuando lo hizo, sus sollozos me conmovieron. Viví un momento absurdo, porque yo no estaba asustada, ni me sentía desgraciada, sino rebosante de felicidad al verle tan contento. Creo que durante unos minutos me olvidé de que no era Micky.

Prometí que volvería a verle. Le aseguré que me portaría bien. Le dejé regalos y cigarrillos con la sensación de que aquello era abominable. Jeanne se me llevó. En el coche, me dejó llorar con toda mi alma, pero enseguida me pidió perdón por tener que aprovecharse de mi emoción: había concertado una visita con el

doctor Chaveres. Me condujo a su casa directamente. Pensaba que sería mejor, desde todos los puntos de vista, que él me viera en aquel estado.

El doctor debió de pensar, en efecto, que la visita a mi padre me había conmovido hasta el punto de comprometer mi curación. Me encontró física y moralmente muy abatida, y prescribió a Jeanne que me aislase aún durante un tiempo más. Lo que ella deseaba.

Era tal y como yo lo recordaba, pesado, con el pelo cortado al rape, unas manos gruesas de carnicero. Sin embargo, solo lo había entrevisto una vez, entre dos estallidos de luz, antes o después de la operación. Me contó las inquietudes de su cuñado, el doctor Doulin, abriendo ante mí el historial que este le había enviado.

—¿Por qué no ha ido más a verle?

—Esas sesiones —intervino Jeanne— la ponían en un estado terrible. Lo llamé por teléfono, y él mismo decidió que era mejor dejarlo.

Chaveres, que era mayor, y quizá más enérgico que el doctor Doulin, dijo a Jeanne que estaba hablando conmigo, y que le agradecería mucho que nos dejara hablar a solas. Ella se negó.

—Quiero saber lo que le hacen. Tengo confianza en usted, pero no la dejaré sola con nadie. Puede hablar delante de mí, y ella también.

—¿Qué sabe usted? —dijo él entonces—. Veo en estos informes que, en efecto, asistió usted a todas las conversaciones que ella tuvo con el doctor Doulin. Y él no pudo obtener nada de ella desde su salida de la clínica. ¿Quiere usted que se cure, sí o no?

—Quiero que Jeanne se quede —dije yo entonces—. Si ella se va, yo también. El doctor Doulin me prometió que me volvería la memoria en poco tiempo. Hice todo lo que él quería. Jugué con los cubos y con los alambres. Le conté mis penas durante horas. Me puso inyecciones. Si se equivocó, no es culpa de Jeanne.

—Se equivocó —suspiró Chaveres—, pero ya empiezo a comprender en qué.

Yo veía mis páginas de escritura involuntaria en el historial que él tenía abierto.

—¿Se equivocó? —se asombró Jeanne.

—¡Ah! No, se lo ruego, no insista en esa palabra como si supiera lo que significa. Esta pequeña no sufre ninguna lesión. Sus recuerdos se detienen, como los de un viejo chocho, hacia los cinco o seis años. Las costumbres han persistido. No hay ni un solo especialista en enfermedades de la memoria o del lenguaje que no tomase eso por una amnesia incompleta. El choque, la emoción… eso puede durar tres semanas, a su edad, o tres meses. Si el doctor Doulin se equivocó, fue a sabiendas de que se equivocaba, si no, yo no lo sabría. Yo soy cirujano, no psiquiatra. ¿Ha leído lo que escribió ella?

—Lo he leído.

—¿Y qué tienen de particular las palabras «manos», «cabellos», «ojos», «nariz», «boca»? Son términos que se repiten constantemente.

—Pues no lo sé.

—Yo tampoco, desde luego. Lo que sé es que esta pequeña estaba enferma «antes» del accidente. ¿Era exaltada, violenta, egocéntrica? ¿Tenía tendencia a compadecerse de sí misma, a lloriquear en sueños, a tener pesadillas? ¿La había visto usted sufrir cóleras súbitas, como aquel día en que levantó una mano enyesada a mi cuñado?

—No lo comprendo. Micky es emotiva, tiene veinte años, y es posible que sea de un natural bastante violento, pero no estaba enferma. Incluso era muy sensata.

—¡Por el amor de Dios! ¡Yo nunca he dicho que no fuese sensata! Entendámonos bien: esta pequeña, antes del incendio, y como muchas otras personas que jamás disfrutarán fumando en pipa o coleccionando sellos, presentaba ciertos rasgos de naturaleza histérica. Si supongo que estaba enferma, es en primer lugar una apreciación personal del grado en el que empieza la enfermedad. Y

en segundo lugar, porque ciertas amnesias o afasias se dan entre los «estigmas» tradicionales de la histeria.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa, vino hacia mí, que me encontraba junto a Jeanne en un sofá de cuero de su consulta. Me cogió por la barbilla. Me hizo volver la cabeza hacia Jeanne.

—¿Acaso tiene aire de vieja chocha? Su amnesia no es incompleta, sino selectiva. Para que me comprenda, lo simplifico: no ha olvidado un fragmento determinado de su vida, un fragmento temporal, aunque sea largo. Se niega a recordar una cosa determinada, o a alguien. ¿Sabe por qué llegó el doctor Doulin a esa conclusión? Porque incluso en el período hasta los cuatro o cinco años hay agujeros. Ese algo o ese alguien debe tocar, de cerca o de lejos, tantos recuerdos desde su nacimiento, que ella los ha tachado uno tras otro, todos. ¿Comprenden lo que les digo? ¿Han lanzado una piedra al agua? Esas figuras concéntricas que se van extendiendo, de círculo en círculo, más o menos es eso.

Me soltó la barbilla y trazó unos círculos en el vacío.

—Tome mis radiografías y el informe de la operación —continuó—, y verá que mi papel se limitó a coserla. Ciento catorce puntos de sutura. Créame, tenía buena mano esa noche, y estoy en buena situación para saber que no la «toqué». No se trata de una lesión, ni siquiera de la consecuencia de un trauma físico, su corazón nos lo diría mejor que su cabeza. Es el rechazo psíquico característico de una pequeña que ya estaba enferma.

Yo no pude soportarlo más. Me levanté, le pedí a Jeanne que me sacara de allí. Él me retuvo vivamente por el brazo.

—Me doy por satisfecho, si te doy miedo —me dijo, levantando el tono—. Quizá te cures sola, quizá no. Pero si quieres que te dé un buen consejo, uno auténticamente bueno, es que vuelvas a verme. Y también que pienses en esto: el incendio no fue culpa tuya, esa joven no murió por tu culpa. Te niegues a recordarla o no, ella existió. Ella era guapa, tenía tu edad, se llamaba Domenica Loï y está muerta, muerta de verdad, y tú no puedes hacer nada.

Detuvo mi brazo antes de que le pegara. Le dijo a Jeanne que contaba con ella para que me volviese a llevar.

Nos quedamos tres días en Niza, en un hotel frente al mar. El mes de octubre acababa ya, pero todavía había bañistas en la arena. Yo los miraba desde la ventana de nuestra habitación e intentaba convencerme de que conocía aquella ciudad, el gusto de la sal y algas que traía el viento.

Jeanne por nada del mundo me habría llevado a casa del doctor Chaveres. Le tenía por un cretino, y además brutal. No era un histérico, sino un paranoico. A fuerza de recoser cabezas, su cerebro se había transformado en un acerico. Los agujeros los tenía él. En la cabeza.

Sin embargo, a mí me habría gustado mucho volverle a ver. Ciertamente, era algo bruto, pero lamentaba haberle interrumpido. No me lo había contado todo aún.

—¡Imagina que quieres olvidarte de ti misma! —exclamaba Jeanne, con ironía—. En resumen, es eso.

—Si supiera quién soy, invertiría los términos, no te hagas la tonta. Yo querría olvidar a Micky, eso es todo.

—Si lo invirtiera, su magnífico razonamiento no se aguantaría ni un segundo, precisamente. Ignoro lo que entiende él por histeria, quiero pensar en rigor que Micky quizá merecía estar mejor cuidada, pero tú eras perfectamente normal. Jamás te vi exaltada ni malcriada como ella.

—Fui yo quien quise golpear al doctor Doulin, fui yo quien te pegó a ti. ¡Eso es verdad!

—En tu lugar, en el estado en el que te encontrabas, supongo que cualquiera habría hecho lo mismo. Yo habría cogido una barra de hierro… Eso no impide que fueses tú también la que recibió una paliza que te dejó marcada durante ocho días, sin atreverte siquiera

a defenderte, por parte de una chiflada que no debía de pesar ni un gramo más que tú. ¡Y se trata de ti, no de ella!

Al tercer día me anunció que íbamos a volver a Cap Cadet. Se aproximaba el momento de la apertura del testamento. Sería necesario que ella asistiese, y tendría que dejarme unos cuantos días sola con una criada. No me juzgaba todavía capaz de mantener mi papel en Florencia. En Cap Cadet, donde se habían iniciado las reparaciones dos semanas después del incendio, solo la habitación de Domenica seguía inhabitable. Allí yo estaría lejos de todo el mundo y me encontraría sin duda en un ambiente que facilitaría mi curación.

A ese respecto tuvimos nuestra primera pelea desde el día en que le di esquinazo en una calle de París. La idea de volver a la villa, donde no se podían borrar todos los restos del incendio, y la misma idea incluso de curarme allí, me turbaban. Como siempre, acabé por ceder.

Por la tarde, Jeanne me dejó sola una hora en la terraza del hotel. Volvió con un coche que no era el suyo, un cabriolé Fiat 1500 que no era blanco, sino azul celeste, y me dijo que era para mí. Me dio los documentos y las llaves y fui a dar una vuelta por Niza.

A la mañana siguiente fuimos las dos por la Corniche y la carretera de Tolón, ella delante, en su coche, yo detrás en el mío. Por la tarde llegamos a Cap Cadet. Yvette nos esperaba allí, barriendo bien el yeso y los escombros que habían dejado los albañiles. No se atrevió a decirme que no me reconocía, se deshizo en lágrimas y fue a esconderse en la cocina, repitiendo, con un pronunciado acento sureño: «pobrecilla, pobrecilla».

La casa era baja, con un tejado casi plano. La pintura exterior aún no estaba terminada. Quedaban grandes manchas de hollín por el lado en que se había extendido el incendio. Se habían reconstruido el garaje y el comedor, donde Yvette nos sirvió por la noche.

—No sé si le seguirán gustando los salmonetes —me dijo—, pero he pensado que le haría ilusión. ¿Qué le parece volver a nuestro

bello país?

—Déjala tranquila —la cortó Jeanne.

Probé el pescado y declaré que estaba muy bueno. Yvette se quedó un poco reconfortada.

—Podrías aprender a convivir un poco, ¿sabes, Murneau? —dijo a Jeanne—. No me la voy a comer, a tu pequeña.

Al traer la fruta, se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Dijo que Murneau no era la única en hacerse mala sangre por mí. No había pasado un solo día, durante aquellos tres meses, sin que alguien, en Les Lecques, le pidiera noticias.

—Incluso hay un zagal que vino ayer mismo por la tarde, mientras yo limpiaba arriba. Con ese debió de ser usted muy mala.

—¿Un qué?

—Un zagal, un chico. Apenas debe de tener la misma edad que usted. Unos veintidós, veintitrés años. Pero no le tiene que dar vergüenza, no. Es guapo como un sol, y huele muy bien, como usted. Lo sé porque le di un beso, porque le conozco desde que era así de pequeño, no pasaba de la mesa.

—¿Y Micky le conocía? —preguntó Jeanne.

—Pues parece que sí. No deja de preguntarme cuándo volverá y dónde está.

Jeanne la miró con aire molesto.

—Ah, seguro que volverá —acabó Yvette—. No está lejos. Trabaja en correos de La Ciotat.

A la una de la mañana, acostada en la habitación que había ocupado Micky al principio del verano, yo no dormía nada. Yvette se había ido a Les Lecques. Un poco antes de medianoche oí a Jeanne andar por mi antigua habitación y entrar en el baño reconstruido. Ella verificaba que no quedase ninguna señal molesta, a pesar de la investigación y de los albañiles.

Se acostó enseguida en la tercera habitación del extremo del pasillo. Yo me levanté y fui a reunirme con ella. La encontré a punto de ponerse a leer, en combinación blanca, encima de la cama deshecha, un libro titulado*: Las enfermedades de la memoria*, de un tal Delay.

—No vayas por ahí con los pies descalzos —me dijo—. Siéntate o coge mis zapatos. Debo de tener unas zapatillas por ahí, en las maletas.

Puse encima de una mesa el libro que le había quitado de las manos, y me dejé caer a su lado.

—¿Quién es ese chico, Jeanne?

—Pues no sé nada.

—¿Qué decía yo exactamente al teléfono?

—Nada que deba impedirte dormir. Para ser peligroso, tendría que tener a la vez el telegrama y nuestras conversaciones. Eso no es muy verosímil.

—Correos de La Ciotat, ¿es muy grande?

—No lo sé. Tendremos que dar una vuelta por allí mañana. Ahora ve a acostarte. Además, no es cierto que las comunicaciones telefónicas pasen por La Ciotat.

—Está el teléfono aquí. He visto un aparato abajo. Podríamos saberlo enseguida.

—No digas tonterías. Ve a acostarte.

—¿Puedo dormir contigo?

En la oscuridad ella me dijo de pronto que había un contratiempo que habría podido darnos problemas.

—He encontrado una llave inglesa en el baño, con un montón de objetos más o menos quemados. Estaba en el fondo de una tina de lavar. No es la mía. Aquella que usé aquella noche la tiré después. Es posible que tú comprases otra en algún sitio para desenroscar cada noche la tuerca.

—Te lo habría dicho. Me habría librado de ella.

—No lo sé. No había pensado en eso. Yo creía que cogías la de la caja de herramientas del MG. De todos modos, los investigadores no la han visto, o si la han visto no le han dado importancia.

Más tarde me acerqué a ella para ver si dormía. Le pregunté a oscuras por qué se había sentido unida a mí desde la primera tarde, en la clínica… En fin, si era solamente a causa del testamento, para seguir el juego. Como no respondió le dije que yo habría querido, con todas mis fuerzas, recordar y ayudarla. Le dije que me gustaba mucho el coche azul cielo y todo lo que procedía de ella.

Y ella respondió que estaba dormida.

Los días siguientes continué lo que Jeanne llamaba mi «entrenamiento». Podía constatar mis progresos según las reacciones de Yvette. Varias veces por día ella repetía: «¡Ah, no ha cambiado usted nada!».

Me esforzaba por mostrarme más vivaz, más exuberante, porque Jeanne, a veces, me acusaba de estar algo apagada, o me decía:

—Perfecto, flojucha, sigue así y pronto iremos a hacer la calle juntas a América del Sur. Las prisiones francesas no son muy alegres…

Yvette se pasaba casi todo el día en la villa, de modo que estábamos obligadas a salir. Jeanne me llevaba a Bandol, como debía de hacer Micky tres meses atrás, sin duda, o nos quedábamos al sol, echadas en la playa. Una tarde, un pescador que pasaba en su barco pareció muy sorprendido al ver a una veraneante de otoño con traje de baño y guantes blancos.

El chico del que había hablado Yvette no había aparecido. Correos de La Ciotat nos pareció lo suficientemente importante para descartar la idea de una indiscreción, pero las comunicaciones telefónicas para Cap Cadet estaban centralizadas allí.

Cuatro días antes de la apertura del testamento, Jeanne colocó una maleta en la parte posterior de su coche y se fue. La víspera por

la tarde habíamos ido a cenar a Marsella en mi coche. Ella me había hablado en la mesa de una manera inesperada; de sus padres (había nacido en Caserte, y era italiana, pese a su nombre), de sus principios en casa de la Raffermi, de los «buenos tiempos» que, entre los dieciocho y los veintiséis años, fueron suyos, con una voz serena, jovial. A la vuelta, mientras yo iba de curva en curva, entre Cassis y La Ciotat, apoyó la cabeza en mi hombro, rodeándome con un brazo, y me ayudaba a sujetar el volante cada vez que me desviaba.

Me prometió que solo se quedaría en Florencia el tiempo necesario para ciertas formalidades del testamento. La semana antes de su muerte, la Raffermi había añadido a este, en forma de un segundo sobre, una cláusula que fijaba la fecha de apertura en mi mayoría de edad, en caso de que ella muriese antes. Y eso fue o bien por un capricho de anciana, para molestar a Micky (teoría de Jeanne), o simplemente porque se sentía declinar rápidamente y quería dar un plazo a sus administradores para poner al día sus cuentas (teoría de François Chance). Yo no veía en qué podía cambiar aquello, pero Jeanne decía que un codicilo podía causar más problemas que la sustitución pura y simple de un testamento, y que de todos modos, varios familiares de la Raffermi usarían ese vicio de forma u otro cualquiera para causarnos problemas.

Estaba claro, después de nuestra visita, que Jeanne llevaría al padre de Micky al pasar por Niza. En el momento de abandonarme, la presencia de Yvette impidió que me hiciese otras recomendaciones que acuéstate temprano y sé buena.

Yvette se instaló en la habitación de Jeanne. Aquella primera noche no pude dormir. Bajé a beber un vaso de agua a la cocina. Después, como la noche parecía bonita, me puse una chaqueta de Jeanne encima del camisón y salí. En la oscuridad, di la vuelta a la villa. Al meter las manos en los bolsillos de la americana encontré un paquete de cigarrillos. Me apoyé en la pared, en el rincón del garaje, saqué uno y me lo llevé a la boca.

Alguien, a mi lado, me ofreció fuego.

Yo asesino

El chico salió al sol de junio cuando Micky acababa de cerrar su revista, echada en la playita de guijarros al pie del promontorio. Al principio le pareció inmenso porque estaba de pie por encima de ella, con una camisa blanca y un pantalón de hilo descolorido, pero enseguida se dio cuenta de que era de estatura media, e incluso bajito. Pero era muy guapo, con unos enormes ojos negros, la nariz recta, los labios de muchacha, y una curiosa forma de permanecer erguido, con los hombros levantados y las manos en los bolsillos.

Hacía dos o tres semanas que Micky vivía con Do en la villa de Cap Cadet. Estaba sola aquella tarde, porque Do había cogido el coche para ir a comprar no sé qué en una tienda de La Ciotat: un pantalón que habían visto juntas y que ella encontraba infecto, o unos pendientes rosa, infectos también. Después, en cualquier caso, fue eso lo que contó Micky al chico.

Él se había acercado sin hacer ruido, sin mover los guijarros bajo sus pies. Era muy delgado, con la vivacidad atenta de los gatos.

Micky se colocó las gafas de sol ante los ojos, para verlo mejor. Se incorporó un poco apoyando con una mano contra el pecho el sujetador de su bikini, que se había desabrochado. Él le preguntó, con una voz sin acento, si era Micky. Después, sin esperar su respuesta, se sentó junto a ella, ligeramente ladeado, con un

movimiento maravillosamente fluido, como si no hiciese otra cosa en la vida. Ella le dijo, por mantener las formas, que aquella era una playa privada, y que le agradecería mucho que se largase de allí.

Como parecía que ella tenía problemas para abrocharse el sujetador, con las dos manos a la espalda, él se agachó vivamente y antes de que ella se diese cuenta, se lo había abrochado.

A continuación dijo que iba a bañarse. Se quitó la camisa, el pantalón y las alpargatas, se alejó con un pantalón corto y feo color caqui, del ejército, y entró en el agua.

Nadaba igual que andaba, con tranquilidad, silenciosamente. Volvió hacia ella, con cortos mechones de cabello moreno sobre la frente, buscó unos cigarrillos en el bolsillo de su pantalón. Le ofreció uno a Micky, un cigarrillo en el que faltaba casi la mitad del tabaco. Una gota de agua cayó en el muslo de la joven cuando él le dio fuego.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Micky respondió que no era difícil de adivinar.

—Me extrañaría —dijo él—. Chicas tengo todas las que quiero. Te observo desde hace ocho días, pero te aseguro que no es por eso. De todos modos, a quien miro es a tu amiga. No está mal, pero no es eso lo que me interesa, sino lo que no se ve. Esto de aquí. Y se puso un índice en la frente, se echó hacia atrás y se estiró al sol, con el cigarrillo entre los labios y un brazo bajo la cabeza. Después de un minuto largo de silencio, volvió los ojos, se quitó el cigarrillo de la boca y declaró:

—¡Parece que no eres nada curiosa!

—¿Qué es lo que quieres?

—Bueno, ya era hora. ¿Qué crees que quiero? ¿Cien francos? ¿Cinco mil francos? ¿Eso es lo que vale tu pequeño corazoncito? Hay algunas artistas que están aseguradas. Los brazos, las piernas y demás. ¿Tú también estás asegurada?

Micky pareció relajarse, se quitó las gafas para evitar que se le quedara blanca la piel en tomo a los ojos, y dijo que ya habían

intentado ese truco con ella. Que ya podía vestirse.

—No te confundas —dijo él—. Yo no vendo seguros.

—Lo sé perfectamente.

—Yo soy muy listo. Oigo cosas, veo cosas, y quiero que te aproveches de una información que tengo. Además, no soy nada codicioso. Por cien mil francos te hago el favor.

—Si a cada uno que me ha querido timar desde que estoy sola le hubiese dado eso, ya estaría arruinada. ¿Te vistes y te vas o qué?

Él se levantó y pareció renunciar a las tonterías. Sin retorcerse, solo encogiendo un poco las piernas, se puso el pantalón. Micky encontraba extraordinario ver cómo se movía. En aquel momento se contentaba con observarle, con los ojos medio cerrados.

—En primer lugar, Jeanne, es una chiflada —recitó, quedándose inmóvil y sentado, y mirando al mar—. ¿Sabes de qué signo es? Tauro. Desconfía de una Tauro como de la peste, polluelo, son malas personas. Todo en la cabeza, nada en el corazón…

Micky se volvió a poner las gafas. Él la miró, sonrió, se puso la camisa y las alpargatas, se levantó. Ella le retuvo por los bajos del pantalón.

—¿Cómo sabes eso?

—Cien mil francos.

—Me has oído decirlo. Era en un restaurante, en Bandol. ¿Nos oíste?

—Yo no he ido a Bandol desde el verano pasado. Trabajo en La Ciotat. En correos. Salgo a las cuatro y media. Hoy, no hace ni una hora, he oído eso. Ya me iba. ¿Te decides, sí o no?

Micky se puso de rodillas y, probablemente para ganar tiempo, le pidió otro cigarrillo. Él se lo tendió después de haber encendido uno para sí, como sin duda había visto hacer en las películas.

—¿En correos? ¿Era una llamada telefónica?

—Florencia —dijo él—. Soy un tipo listo. ¡Palabra que todo esto vale los cien mil francos! Solo necesito dinero, como todo el mundo. Para ti, eso no es nada.

—Eres imbécil, vete de aquí.

—Era ella quien llamaba —dijo—. Tu amiga. La interlocutora decía: «Reflexiona. Eso basta. Cuelga».

Micky oyó llegar en aquel momento al MG ante la villa: era Do que volvía. Se bajó las gafas negras, miró una vez más a aquel chico de arriba abajo y le dijo que de acuerdo, que tendría lo que pedía si la información valía la pena.

—La información, cuando vea los cien mil francos —dijo el otro—. Hoy, a medianoche, nos encontramos en el estanco de Les Lecques. Hay un cine al aire libre, en el patio. Estaré allí.

No añadió nada más y se fue. Micky esperó a que Do viniese a encontrarse con ella. Cuando llegó la joven, con una toalla en los hombros y en traje de baño, con aire distendido y jovial, Micky se dijo que no iría a aquel estanco, ni aquella noche ni nunca. Era tarde y el sol se ocultaba ya.

—¿Qué has hecho?

—Nada —dijo Do—. Por ahí. ¿Está buena?

Do llevaba los pendientes rosa. Entró en el agua, como hacía siempre, mojándose primero a conciencia todos los miembros, después de golpe, con un grito de guerra sioux.

En el coche, yendo a cenar a Bandol, Micky echó un vistazo al estanco de Les Lecques al pasar. Vio luz en el patio trasero del establecimiento, carteles de películas.

—He conocido a un chico muy raro esta tarde —le dijo a Do—. Un chico muy raro, con unas ideas muy raras.

Y como Do no reaccionó, añadió que a fin de cuentas parecía que iba a gustarle aquel país.

A las doce menos veinte, aquella noche, llevó a Do a la villa, dijo que había olvidado pasar por una farmacia y que encontraría una abierta

en La Ciotat. Volvió a encender los faros del coche y se fue.

A las doce menos diez dejó el coche en una callejuela que hacía esquina con el estanco de Les Lecques, entró en un patio rodeado de toldos de lona y vio los últimos minutos de una película de capa y espada, sentada en una silla plegable, sin llegar a ver a su pequeño estafador entre los demás espectadores.

Él la esperaba a la salida, de pie junto al mostrador del estanco, con los ojos fijos en el televisor, con un jersey azul marino sobre los hombros y las mangas anudadas en torno al cuello.

—Vamos a sentarnos —dijo, llevándose su vaso.

En una terraza desierta, detrás de unos vidrios que los faros de los coches salpicaban a cada momento, Micky sacó del bolsillo de su chaqueta de punto dos billetes de diez mil francos y un billete de cinco.

—Si lo que me cuentas es interesante, tendrás el resto.

—Soy un tío listo. Siempre tengo confianza. Y además, sé que en este momento esperas una entrada.

Cogió los billetes, los dobló cuidadosamente y se los guardó. Dijo que algunos días antes había transmitido un telegrama de Florencia. El chaval que hacía el reparto había salido para toda la mañana, así que fue él quien se encargó de llevarlo.

—Café de la Désirade, en La Ciotat.

—¿Y en qué me concierne eso? —dijo Micky.

—Iba dirigido a ti.

—Yo no recibo mi correspondencia en los cafés.

—Tu amiga sí. Fue ella a recogerlo. Lo sé porque pasó por la oficina un momento después. Confieso que en aquel momento no lo pensé más. Me interesé por ella porque quería telefonear a Florencia. La empleada que pasó la comunicación es amiga mía. La escuché. Y comprendí que era la destinataria del telegrama.

—¿Y quién, en Florencia?

—No lo sé. El telegrama no iba firmado. Al teléfono, es una mujer la que habla. Parece saber muy bien lo que quiere. Si he entendido

bien, es a ella a quien acudes cuando te hace falta dinero. ¿Sabes ya quién es?

Micky dijo que sí con la cabeza, un poco pálida.

—¿Y qué es lo que decía el telegrama?

—Ahí es donde las cosas se tuercen —dijo el chico, con una mueca—. Yo creo que lo que quiere es estafarte, algún tema de pasta o algo así, pero si es algo más grave, me gustaría estar a cubierto. Supón que me equivoco y que tú te ves obligada a ir a buscar a la pasma. ¿Adonde iría yo? A chirona. No me gustaría que nadie se imaginase que el servicio que doy es chantaje.

—No pienso acudir a la policía.

—Eso creo yo. Sería un escándalo. Pero aun así. Lo que yo quiero es estar bien cubierto.

—Pase lo que pase, te prometo que no hablaré de ti. ¿Qué es lo que quieres?

—Nada de bromitas —dijo el chico—. Yo no sé nada de tus historias, y no quiero saber nada. Ni de tus promesas tampoco. Lo que puede cubrirme es la recepción del telegrama, nada más. Firmas en el libro y nos ponemos de acuerdo.

Explicó que había un registro para las recepciones de telegramas. En general, el portador siempre se olvidaba de pedir la firma. Solo anotaba la fecha y hacía una cruz en la casilla correspondiente.

—Firmas por encima de la cruz de tu telegrama, como si lo hubieses recibido tú misma en el Café de la Désirade, y yo, si tú me haces una jugarreta, siempre puedo defenderme.

Micky respondió que él seguramente no hablaría en serio y que de todos modos ella ya estaba más que harta de aquella historia. Podía considerarse afortunado de haber ganado veinticinco mil francos por nada. Tenía sueño. Le dejaba que pagase él las consumiciones.

Se levantó y abandonó la terraza. Él se reunió con ella ante el MG, en la pequeña callecita donde las farolas no estaban

encendidas. Le dijo: «toma», le devolvió los billetes, se inclinó, la besó ligeramente en la boca, abrió el coche, cogió del asiento un grueso cuaderno negro que, ella no sabía cómo, se encontraba allí, y pronunció todo seguido: «Junta Clarisse. Besos», y se fue.

Ella lo volvió a encontrar en la carretera, a la salida de Les Lecques, esperando tranquilamente en un talud a que algún coche quisiera llevarlo. Micky lo encontraba un poco demasiado astuto. Sin embargo, detuvo su cabriolé un poco más lejos y esperó a que él subiera. De nuevo llevaba los hombros alzados, se movía de manera fluida, con una mirada baja, de golfillo, pero no llegaba a esconder su satisfacción. Ella le preguntó:

—¿Tienes también algo para escribir?

Él le tendió un lápiz y abrió la libreta negra.

—¿Dónde firmo?

—Aquí.

Él miró atentamente la firma a la luz del salpicadero, inclinado hacia ella de tal modo que ella notaba el olor de su cabello y le preguntó qué llevaba.

—Agua de colonia para hombres. Una marca que solo se encuentra en Argelia. Hice el servicio allí.

—Es repugnante. Apártate y repíteme el texto de ese telegrama.

Él repitió: «Junta Clarisse. Besos». Después, contó tres veces lo que recordaba de la primera comunicación. Había oído otra el mismo día, justo antes de decidirse a ir a la playa a hablar con ella. Acechaba los alrededores de la villa desde hacía ocho días, desde las cinco de la tarde hasta la hora de cenar.

Micky no decía nada. Él acabó por callar también, después de haber reflexionado un rato, con las cejas fruncidas, y ella puso la primera y arrancó. Lo condujo hasta el puerto de La Ciotat, donde había cafés todavía iluminados, y un enorme barco dormía en medio de las barquitas. Antes de bajar, él preguntó:

—¿Te preocupa lo que te he contado?

—Pues aún no lo sé.

—¿Quieres que te diga qué pasará ahora?

—Vete y olvídalo todo.

Dijo que de acuerdo. Bajó del coche, se inclinó antes de cerrar la puerta y le tendió la mano.

—Lo olvidaré, pero no todo —dijo.

Ella le dio los veinticinco mil francos.

A las dos de la mañana, cuando subió a las habitaciones, Domenica dormía. Micky entró en el primer baño por la puerta del pasillo. El nombre de «Clarisse» le recordaba algo, no sabía qué, relacionado con el baño. Dio la luz y vio la marca del calentador. Su mirada siguió el conducto del gas que corría por la parte alta de la pared.

—¿Hay algún problema? —preguntó Domenica, dando vueltas en la cama, en la habitación contigua.

—Necesitaba tu dentífrico.

Micky apagó la luz, salió al pasillo y fue a acostarse.

Un poco antes de mediodía, al día siguiente, Micky previno a Yvette de que iba con Do a almorzar a Cassis, se excusó por haber olvidado decirle nada y le hizo unos encargos para la tarde.

Detuvo el MG ante la estafeta de correos de La Ciotat. Le dijo a Do:

—Ven, tengo que enviar una cosa desde hace varios días. Siempre se me olvida.

Entraron. Micky estudiaba el rostro de su amiga dirigiéndole ojeadas con disimulo. Do no estaba nada tranquila, eso estaba claro. Una empleada de la oficina, el colmo de la mala suerte, preguntó amablemente:

—¿Es para Florencia?

Micky fingió no haber oído nada, cogió un formulario de telegrama de un mostrador y redactó un texto para Jeanne Murneau. Había

reflexionado mucho antes de dormir, y preparado cada palabra:

«Perdón, desgraciada, dinero, te beso mil veces en todas partes, en la frente, en los ojos, la nariz, la boca, las dos manos, los pies, sé buena, lloro. Tu Mi».

Si Jeanne encontraba raras aquellas palabras y se inquietaba, el proyecto se pararía. Habría tenido su oportunidad.

Micky enseñó el texto a Do, que lo leyó sin encontrar nada particularmente divertido ni extraño en él.

—Yo encuentro bastante raro este telegrama —dijo Micky—. Es lo que nos hace falta. ¿Quieres pasarlo por la ventanilla? Espero en el coche.

El chico de la víspera, siempre con camisa blanca, sellaba unas hojas con un tampón, detrás de una ventanilla. Se había dado cuenta de su presencia en cuanto entraron en la oficina, y se había acercado. Siguió a Micky afuera.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada —dijo Micky—. Si quieres el resto del dinero, eres tú el que tiene que hacer algo. Al salir, a las cinco, vete a la villa. La asistenta habrá salido. Sube al primer piso, la primera puerta a la derecha. Es un baño. Allí te las arreglas como puedas. Necesitarás una llave inglesa.

—¿Qué es lo que quieren esas? —dijo él.

—No sé nada. Si lo he entendido bien, tú lo comprenderás también. Infórmame esta noche en el estanco de Les Lecques. Hacia las diez, si no te molesta.

—¿Qué me traerás?

—Puedo darte todavía veinticinco mil francos más. Después, quizá tendrás que esperar unos días.

—Mira, hasta ahora, para mí, es una historia de chicas, nada serio. Si va a ser algo más grave, yo no sigo.

—Como estoy avisada, no será nada grave —dijo Micky—. Además, tienes razón: solo es una historia de chicas.

Él esperó hasta la noche en la callejuela donde ella había acudido la noche anterior.

—No bajes —le dijo—, nos vamos. No quiero que me vean dos veces contigo en el mismo sitio.

Pasaron a lo largo de la playa de Les Lecques, y después Micky cogió la dirección de Bandol.

—Yo no sigo en una cosa de este tipo —dijo él, en el coche—. Ni por diez veces más dinero.

—Te necesito.

—Lo único que tienes que hacer es ir a la poli. No será necesario hacerles un dibujo. Solo tendrán que ver el tubo y leer el telegrama: lo que quieren esas es tu piel.

—Es más complicado que eso —dijo Micky—. No puedo ir a la policía. Te necesito para detener esto, pero necesito a Domenica mucho más aún, y durante unos cuantos años. No intentes comprenderlo, no tengo ganas de explicártelo.

—Y la de Florencia, ¿quién es?

—Se llama Jeanne.

—¿Y tanto quiere tu dinero?

—Precisamente, no lo creo. O no es esa la verdadera razón, pero eso no le importa a nadie. Ni a la policía, ni a ti, ni a Domenica.

Ella calló hasta Bandol. Fueron hasta el Casino, en el extremo de la playa, pero no bajaron hasta que ella paró el motor.

—¿Entiendes qué es lo que van a hacer? —preguntó Micky, volviéndose hacia el muchacho.

Ella llevaba aquella noche un pantalón turquesa, unas sandalias, la chaqueta de la noche anterior. Había quitado las llaves del contacto, y varias veces, al hablar, se llevó una contra la mejilla.

—Solo estuve diez minutos én ese baño —dijo el chico—. Vi que «Clarisse» debía de ser la marca del calentador. Desatornillé la tuerca del empalme debajo de la ventana. La juntura está húmeda,

blanda. Hay otros empalmes en el pasillo, pero no valía la pena mirar. Con uno solo basta. No necesitan más que una habitación cerrada, y la llamita del calentador. ¿Quién se ocupó de la instalación? Es reciente.

—Un fontanero de La Ciotat.

—Pero, ¿quién estaba allí cuando hicieron el trabajo?

—Jeanne debió de venir en febrero o en marzo. Ella fue la que hizo el seguimiento.

—Entonces, ella podría tener una tuerca idéntica. Son unas tuercas especiales. Aunque la junta esté hecha polvo, no dejan filtrar el gas lo bastante rápido para provocar una explosión. Y si tenían que romper una tuerca, se habría visto. Debían de tener otra.

—¿Quieres ayudarme o no?

—¿Y cuánto me darás?

—Lo que me habías pedido, y diez veces más.

—Me gustaría saber primero qué tienes en la cabeza —dijo él, después de reflexionar un momento—. Lo de la imitación al teléfono me ha dejado pasmado, pero tiene su lógica. He observado a esa chica mejor que nadie lo hará jamás. Durante horas. Llegará hasta el final, seguro.

—No lo creo —dijo Micky.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada, ya te lo he dicho. Te necesito para continuar vigilándola. Jeanne vendrá con nosotras. Lo que yo querría saber es cuándo piensan incendiar la casa.

—Quizá no lo hayan decidido aún.

—Cuando lo decidan, quiero estar prevenida. Si lo sé, te prometo que no pasará nada.

—Bueno. Lo intentaré. ¿Eso es todo?

—Por la tarde, normalmente, la villa se queda vacía mucho rato. Puedes ver, cuando salgamos nosotras, cómo está la junta. Eso quizá nos indique algo. No puedo impedirle que continúe. Solo tiene que cerrar la puerta cuando tome un baño.

—¿Por qué no dejas las cosas claras con ellas? —preguntó el chico—. ¿Sabes con qué estás jugando ahora mismo?

—Con fuego —respondió Micky.

Rió brevemente, sin alegría, y volvió a poner el motor en marcha.

Al volver habló sobre todo de él, de la manera en que se movía, que tanto le gustaba. Él pensaba que ella era guapa, más apetecible que ninguna de las chicas que había conocido, pero que debía ser razonable. Aunque ella aceptase seguirle a cualquier parte, o dejarse querer, diez veces cien mil francos durarían más que el momento que pasarían juntos.

Como si ella leyese en la cabeza de él, soltó una mano del volante y le tendió el dinero que le había prometido para aquella noche.

De todos modos él vivía en casa de sus padres, y cada vez tenía que montar un verdadero circo para encontrar un escondite.

Él hizo lo que ella le pedía. Cuatro veces en una semana vio partir a las dos jóvenes en el MG para ir a pasar la noche Dios sabe dónde. Entonces se introducía en la villa por el garaje, que siempre estaba abierto, y examinaba la junta.

Se reunió con la pequeña heredera de largos cabellos negros dos veces: una tarde que estaba sola en la playa, al pie del promontorio, y otra tarde en una cervecería del puerto, en La Ciotat. Ella parecía relajada, como si estuviese segura de tener la situación controlada. Afirmaba que no pasaría nada.

Cambió bruscamente de actitud después de la llegada a Cap Cadet de la mujer del pelo dorado.

Él las observó a las tres durante otra larga semana, antes de que Micky le diera una señal. A menudo se quedaba junto a la carretera, detrás de la casa, pero a veces se acercaba, escuchaba sus voces en las habitaciones. Una tarde Micky volvía sola de la playita, en bañador y con los pies descalzos. Él la citó para la noche.

Se encontraron en el puerto de La Ciotat. Ella no bajó del MG, le dio cinco billetes de diez mil francos y declaró que ya no necesitaba sus servicios. Según decía, la mujer se había dado cuenta varias veces de su presencia junto a la casa. De todos modos, el proyecto no era más que una farsa, ahora ya lo sabía. Le aconsejó, amistosamente, que se contentase con el dinero que había recibido y olvidase aquella historia. Si la molestaba de alguna forma, estaba decidida a hacérselo pagar, tenía medios para ello.

Antes de alejarse, el MG recorrió diez metros, se paró, retrocedió diez metros hasta llegar a la altura del muchacho. Micky se asomó por la ventanilla y le dijo:

—De hecho, ni siquiera sé cómo te llamas.

Él respondió que no tenía necesidad de saberlo.

Yo había asesinado

Me dijo que se llamaba Serge Reppo. Al principio, cuando estuve a punto de pedir auxilio, me puso una mano en la boca y me empujó al interior del garaje. Después comprendió que ya no tenía intención de gritar, que le escucharía, y se contentó con apretarme contra él, acorralada entre mi coche y una pared, con el brazo derecho retorcido hacia atrás. Habló al menos media hora sin soltarme, con una voz baja e inquieta, apretándome más fuerte cada vez que yo intentaba soltarme. Yo estaba inclinada hacia atrás sobre la parte delantera del Fiat, y ya no sentía las piernas.

La puerta corredera del garaje había quedado medio abierta. La luna recortaba un gran redondel de luz en el fondo de la cochera. Al desplazarse, el rostro cercano del muchacho parecía desplazar también la línea de sombras.

—Después de aquello —dijo—, lo dejé correr. El 5 de julio supe que el incendio había matado a alguien, y eso lo cambió todo. Primero pensé que Domenica había sido la más malvada, y luego empecé a hacerme preguntas. Miré todos los periódicos, pregunté a la gente de aquí, pero no conseguí averiguar nada. Lo de la amnesia, eso me inquietaba.

Como venía haciendo cada vez más a menudo desde hacía algunos minutos, respiró hondamente y se aseguró la presa

echándome más encima del coche. Debía de ser un poco mayor de lo que nos había dicho Yvette, o eran aquellas pequeñas arrugas que tenía en torno a los ojos lo que le avejentaba cuando su rostro pasaba bajo la luz de la luna.

Yo también estaba sin aliento. Aunque hubiese querido gritar, no habría podido.

—Tres meses —dijo él—. Te juro que es una eternidad. Y después has vuelto. Cuando te he visto con la rubia, he comprendido que la otra no había conseguido salvarse, que tú eras Micky. Tenía algunas dudas, porque has cambiado mucho desde julio. Ese pelo, esa cara… ¡cualquiera te reconoce! Pero yo te he observado estos últimos días. Todas esas repeticiones: camina así, abróchate la chaqueta asá… son tonterías. En el fondo, no pensaba obtener gran cosa. Pero ahora tengo muchos más escrúpulos. Fui yo quien te informó. Y quiero mi parte. ¿Lo pillas?

Meneé la cabeza desesperada, y él no comprendió lo que yo quería decir.

—¡No te hagas la tonta! —dijo, apretándome bruscamente contra él, rompiéndome casi los riñones—. Que te diste un golpe en la cabeza, pues bien, me lo creo. Si fuera puro cuento, se sabría. ¡Pero sabes muy bien que tú la mataste!

Yo dije que sí con la cabeza, aquella vez.

—Déjame, te lo suplico.

No era más que un murmullo, que tuvo que leer en mis labios, más que oírlo.

—¿Al menos me has entendido?

Repetí que sí con la cabeza, extenuada. Él dudó, me soltó la muñeca, se separó un poco pero conservando una mano sobre mi cadera, como si temiese aún que yo pudiera escapar. Era esa mano la que me retenía allí echada sobre el capó del coche. Notaba su humedad a través de mi camisón.

—¿Cuándo vuelve tu amiguita?

—No lo sé. Dentro de unos días. Te lo ruego, déjame. No gritaré. No huiré tampoco.

Le aparté la mano. Él retrocedió contra la pared del garaje y nos quedamos un rato sin hablar. Me apoyé en el coche para recuperarme. El garaje dio una vuelta, dos, pero no seguí de pie. Me di cuenta entonces de que tenía los pies helados, de que había perdido las zapatillas cuando él me había empujado al interior de la cochera. Le pedí que las cogiera.

Me las dio, y cuando fui capaz de ponérmelas, dio de nuevo un paso hacia mí.

—No quería asustarte. Al contrario, tengo todo el interés en que nos entendamos. Eres tú quien me ha obligado a sujetarte. De hecho, es muy sencillo. Yo puedo molestarte mucho o dejarte tranquila. No quiero molestarte. Me prometiste cien mil francos. Pues me darás doscientos mil, la mitad por ti, la mitad por la rubia. Es justo, ¿no?

Yo dije a todo que sí. No aspiraba más que a estar sola, lejos de él, para poner en orden mis pensamientos. Le habría prometido cualquier cosa. Él tuvo que darse cuenta, porque declaró:

—Piensa solamente en una cosa: tu firma en el registro, sigue estando ahí. Yo me voy, pero seguiré por aquí, no te perderé de vista, o sea que no hagas el idiota. Me engatusaste una vez, pero una vez basta para aprender la lección.

Se echó atrás un poco más, y apareció completamente a la luz, en el umbral.

—¿Cuento contigo?

Respondí: sí, sí, vete. Añadió que ya volvería a verme y desapareció. No le oí alejarse de la casa. Un momento después, cuando salí del garaje, la luna iluminaba un mundo vacío, y habría podido creer que acababa de sufrir una nueva pesadilla.

No pude pegar ojo hasta que amaneció. De nuevo me dolía la nuca, la espalda. Bajo las mantas, tiritaba de frío.

Intenté recordar palabra por palabra lo que él me había dicho. Pero ya en el garaje, a pesar de la postura en la cual me sujetaba, cada una de las frases que me susurraba al rostro evocaba imágenes. No pude evitar superponer mi propia visión a su relato. Todo estaba deformado.

¿A quién creer? Yo no había vivido nada, nunca. Vivía los sueños de los demás. Jeanne me contaba a Micky a su manera, y cuando yo me contaba a continuación los mismos acontecimientos, el mismo personaje, seguía siendo un sueño, un poco más falso si cabe.

Jeanne, François Roussin, Serge Reppo, el doctor Doulin, Yvette: espejos que me devolvían la imagen de otros espejos. Nada de lo que yo creía había existido, en definitiva, más que en mi cabeza.

Aquella noche no intenté siquiera encontrar una explicación a la actitud extraña de la Micky de Serge Reppo. Aún menos reconstruir una vez más aquella otra noche en la que ardió la casa.

Di vueltas sin parar hasta el alba a los detalles sin importancia, como un asno en torno a un pozo. Por ejemplo: imaginaba el movimiento de Serge cuando se inclinó en el interior del MG para recoger la libreta negra (¿por qué negra? Él no me lo había dicho). ¿Había besado a Micky («incluso te di un beso al pasar») en la mejilla, en los labios, inclinándose, levantándose? ¿Era cierto lo que él contaba?

O bien recuperaba en mi interior el olor desagradable de aquella colonia barata con la que se mojaba el pelo. Micky también lo había notado. «Tu firma —me había dicho él— era correcta, la verifiqué enseguida a la luz del salpicadero. Incluso me preguntaste qué era eso que me echaba en el pelo. Es una colonia especial, viene de Argelia, hice el servicio allí. ¿Ves?, yo no me inventaría eso».

Quizá incluso hubiese dicho la marca de esa colonia a Micky. Pero a mí, en el garaje, no me la había dicho… no tenía nombre. Más que la idea del daño que él podía hacemos, a Jeanne y a mí, ese olor que recuperaba o creía recuperar en mis guantes, en mis brazos, me angustiaba hasta el punto de tener que encender de nuevo la luz. El chantajista debía de rondar en torno a la casa, a mi alrededor. Me vigilaba como algo suyo: un recuerdo, un espíritu que le pertenecía.

Fui al baño, me lavé, me volví a acostar sin haberme desembarazado aún de su influencia. No sabía dónde encontrar somníferos en la casa. Me dormí cuando el sol se filtraba ya bajo mis postigos.

Hacia mediodía, cuando Yvette me despertó, inquieta, me pareció que el olor seguía impregnándome. Mi primera idea fue que él no creía, sin duda, que yo intentase prevenir a Jeanne. Si lo hacía, lo sabría de una manera u otra, se alarmaría, nos denunciaría. No había que hacerlo.

Salí delante de la casa después de desayunar. No lo vi. Creo que le habría pedido permiso para llamar a Florencia.

Pasé los dos días siguientes languideciendo y pensando los planes más absurdos para desembarazarme de él sin prevenir a Jeanne. Iba vagando sin rumbo de la playita al sofá de la planta baja. Él no volvió.

Al tercer día, que era el de mi cumpleaños, un pastel que me había preparado Yvette me recordó la apertura del testamento. Jeanne tenía que llamarme.

Lo hizo por la tarde. Serge debía de estar en correos. Escuchaba. Comprendería que yo era Do. No sabía cómo pedirle a Jeanne que viniese. Le dije que estaba bien, que la echaba mucho de menos. Ella respondió que también me echaba mucho de menos.

Yo no percibía que en su voz había algo raro porque estaba demasiado preocupada por la presencia que adivinaba entre nosotras, en nuestra línea, pero acabé por notarlo.

—No, no es nada —dijo ella—. Estoy cansada. Tengo algunos problemas aquí. Debo estar ausente todavía uno o dos días más.

Me pidió que no me preocupara. Me lo explicaría todo al volver. En el momento de colgar, fue como si me separase de ella para siempre. Sin embargo, solo hice maquinalmente un ruido de beso en el auricular y no le dije nada.

Otra mañana, otros miedos.

Dos hombres, mientras miraba hacia fuera desde la ventana de mi habitación, tomaban notas delante del garaje. Levantaron la cabeza y me saludaron con un gesto. Parecían policías.

Cuando bajé ya se habían ido. Yvette dijo que eran empleados del servicio de bomberos de La Ciotat. Habían venido a verificar algo, ella no sabía el qué: una historia de estructuras y del mistral.

Yo pensé: «están haciendo una nueva investigación».

Subí a vestirme a mi habitación. No sabía lo que me pasaba. Temblaba, me veía temblar las manos. Era incapaz de ponerme las medias sola otra vez, y eso que había acabado por aprender. Sin embargo, mi espíritu estaba curiosamente inmóvil, paralizado.

En un momento dado, después de haber permanecido mucho tiempo de pie en medio de la habitación, descalza, con las medias en la mano, oí que alguien, interiormente, me decía: «Si Micky lo hubiese sabido, se habría defendido. Ella era más fuerte que tú, tú estabas sola, ella no estaría muerta. Ese chico miente». Y otro decía: «Serge Reppo ya os ha denunciado. Esos hombres no han venido tres meses después del incendio solo para inquietarte. Huye, vamos, reúnete con Jeanne».

Salí al pasillo, a medio vestir. Mis pasos me llevaron como una sonámbula a la habitación quemada de Domenica.

Había un desconocido allí, sentado en el alféizar de una ventana, con un impermeable color masilla. Yo debía de haberle oído moverse, creyendo que era Serge, pero en realidad era un joven al

que no había visto nunca, delgado, con los ojos tristes. No le sorprendió verme entrar, ni mi ropa, ni mi terror. Me quedé pegada a la puerta, con las medias que llevaba en las manos contra la boca, y nos miramos un buen rato sin decir nada.

Ahora todo estaba vacío, desierto, incendiado. La habitación sin muebles, con el parqué hundido; mi corazón, que había dejado de latir. Veía en sus ojos que me despreciaba, que era mi enemigo, que él también sabía cómo conseguir mi perdición.

Un postigo medio quemado batía detrás de él. Se levantó y avanzó lentamente hacia el centro de la habitación. Habló. Había hablado conmigo un día, por teléfono. Era Gabriel, el amigo de Domenica. Dijo que yo había asesinado a Domenica. Él lo había presentido desde el primer día. Ahora ya estaba seguro, y mañana tendría las pruebas. Era un demente con voz tranquila.

—¿Qué hace aquí?

—Busco —dijo él—. La busco.

—No tiene derecho a entrar en mi casa.

—Es usted quien me va a dar derecho.

Él había esperado. No tenía prisa. Había hecho bien en esperar. Desde la víspera sabía por qué había matado yo a Domenica. Incluso tenía un pretexto profesional para entrar en mi casa. Pasaría en el sur, con todos los gastos pagados, el tiempo necesario para probar el asesinato.

El pretexto era un seguro de vida contratado por los empleados de la banca donde trabajaba Domenica. Gracias a ese seguro se habían conocido los dos. Me preguntó si no me parecía que la vida era extraña: él había esperado tres meses, sabiendo que una cláusula, en ese contrato, le permitía hacer su investigación. Incluso había pagado las últimas mensualidades de su bolsillo, en cuanto supo de la muerte de Do. Si la compañía descubría ese error, él no encontraría jamás sitio en ninguna parte, en su oficio. Pero antes habría vengado a su amante.

Me calmé un poco. Él quería impresionarme, mostrarme su obstinación. No sabía nada.

Me explicó que en Italia las cosas serían distintas. Que le acogerían con los brazos abiertos. Do no tenía en Francia más que un seguro complementario de dos mil francos por mes durante diez años, pero los seguros de todo tipo contratados por Sandra Raffermi representaban decenas de millones. Si se daba una objeción cualquiera para uno de aquellos contratos, los aseguradores italianos estarían más que interesados.

¿Una objeción? ¿Los seguros de la Raffermi? No entendía nada. La angustia me invadía. Él pareció incluso un poco sorprendido, y después debió de adivinar que nadie me había puesto al corriente de ciertas cosas. Fue en ese momento cuando su rostro se iluminó, más de ironía que de alegría.

—Esta tarde, mañana, si me impide que haga mi trabajo, esta casa estará llena de gente husmeando, más curiosos todavía que yo —me dijo—. Basta con que yo me queje, en mi informe, de falta de comprensión por parte de una chica que tiene algo que ocultar. Voy a dar una vueltecita más por la casa. Le aconsejo que se vista. Después hablaremos.

Dio la vuelta en redondo y se fue tranquilamente hacia el baño incendiado. En el umbral se volvió. Me dijo con voz lenta que mi amiga tenía graves dificultades en Florencia: ¡era Do quien heredaba!

Llamé por la tarde a Florencia, a los números que había encontrado entre los papeles de Jeanne. Alguien, a última hora, respondió. No sabían dónde encontrar a Jeanne, pero me confirmaron que la Raffermi, diez días antes de su último ataque, había redactado, lisa y llanamente, otro testamento. Yo no sabía más que algunas expresiones en italiano aprendidas durante las últimas semanas, e Yvette, que sujetaba el auricular, no era una intérprete demasiado

experimentada. La conversación fue apenas comprensible, y me tranquilicé diciéndome que seguramente habríamos entendido mal.

El amigo de Domenica daba vueltas por la casa. No había comido, ni siquiera se había quitado el impermeable. Algunas veces se acercaba a mí y, a pesar de la presencia de Yvette, me hacía unas preguntas policíacas a las cuales yo no podía responder.

Volvía, y yo no me atrevía a echarle, por temor a parecer a los demás más sospechosa aún, y me sentía como atrapada en el torbellino de sus pasos.

Él estaba allí, andando por delante de la casa, cuando de pronto el torbellino se detuvo en una sola idea, una idea loca: Micky tenía también un móvil, ¡el mismo que el mío! ¡Ocupar mi lugar para recuperar su herencia!

Subí a mi habitación, cogí un abrigo y el dinero que Jeanne me había dejado. Me cambié de guantes. Al abrir el armario donde se encontraban los guantes limpios, vi el pequeño revólver con las cachas de nácar que habíamos encontrado en una maleta de Micky. Dudé mucho rato. Al final lo cogí.

Abajo, delante del garaje, el hombre del impermeable me vio poner en marcha mi coche sin decir una palabra. Cuando arranqué, me llamó. Se inclinó hacia la ventanilla, me preguntó si ahora no me parecía que la vida era muy extraña: aquel precioso coche me iba a perder.

—Sabía que Do iba a heredar, ¿verdad? —me dijo—. Lo sabía porque su tía se lo había anunciado. Usted la llamó desde París, cuando su gobernanta vino a buscarla. Está escrito claramente en el testamento. Usted celebró el cumpleaños de Do, y a la vuelta la abarrotó de somníferos, la encerró en su habitación y prendió fuego al baño.

—¡Está usted completamente loco!

—Lo tenía todo previsto. Salvo dos cosas: una, que perdería usted la memoria junto con todo lo demás, y que olvidaría incluso su

proyecto de hacerse pasar por Domenica; dos, que el fuego no prendería en la habitación. ¡Porque no prendió!

—Ya no le escucho. ¡Váyase!

—¿Sabe en qué he ocupado mi tiempo durante estos tres meses? Estudiando los expedientes de incendios desde la fundación de mi empresa. La inclinación de la casa, la dirección del viento aquella noche, la fuerza de la explosión, los lugares del baño donde se desarrolló el fuego, todo indica que esa mierda no tenía por qué entrar en la habitación de Domenica. El incendio tenía que destruir un lado de la casa, y no al revés. ¡Tuvo que volverlo a encender a partir del garaje, debajo de su habitación!

Yo le miraba. Él veía en mis ojos que me dejaba convencer. Me había cogido por el hombro. Me solté.

—¡Apártese o lo atropello!

—¿Y quemará después su coche, como quemó el otro? Esta vez, pues, le doy un consejo: no deje que las cosas la desborden, no pierda la cabeza, ¡váyase con tranquilidad cuando explote el depósito! Si se busca bien, acaba por notarse.

Arranqué. Él chocó contra el alerón trasero del Fiat y perdió el equilibrio. Oí gritar a Yvette.

Conducía demasiado mal después de la operación para ir muy deprisa. Veía caer la noche, y encenderse a lo lejos, en el golfo, las luces de La Ciotat. Si Serge Reppo salía del trabajo a las cinco de la tarde, como en verano, ya no lo encontraría. Y no debía hablar.

No estaba en correos. Llamé de nuevo a Florencia. No conseguí localizar a Jeanne. Cuando me puse de nuevo al volante era de noche, hacía frío, y ni siquiera tuve el valor de desplegar la capota del coche.

Me volví un momento hacia La Ciotat, como si esperase ver a Serge Reppo, y de hecho una parte de mí lo esperaba. La otra parte no pensaba más que en Micky, que yo era o no era, y en Jeanne. Ella no podía equivocarse, no podía engañarme. Serge mentía. Micky no estaba al corriente. Yo era Do, y había matado por nada,

por una herencia que se me escapaba, pero que se me habría dado sin asesinato. Habría bastado con esperar. Era cómico. De risa. ¿Por qué no me reía, entonces?

Volví hacia Cap Cadet. Vi a lo lejos varios coches cuyos faros estaban encendidos delante de la casa. La policía. Me detuve a un lado de la carretera. Intenté razonar aún, hacer planes, pensar una vez más en aquel incendio.

Era cómico también. No cesaba de buscar y de hurgar desde hacía tres meses. Llevaba una investigación como aquel valiente inspector de seguros, pero yo lo había hecho mejor que él; en aquel asunto que tanto le apasionaba no me encontraba más que a mí, al final. Yo era la investigadora, la asesina, la víctima, el testigo, todo a la vez. Lo que había pasado en realidad nadie lo descubriría, solo un pequeño bonzo de pelo corto, aquella noche, o mañana, o nunca.

Me acerqué a la casa a pie. Entre los coches negros y los que habían invadido la acera, vi el coche blanco de Jeanne, descapotable, con su maleta detrás y un pañuelo de cuello olvidado en el asiento delantero. Ella estaba allí…

Me alejé a pasos lentos, con el abrigo bien ceñido en torno al cuerpo y adivinando en el bolsillo, a través del guante, la forma del revólver de Micky. Me fui a la playa. Serge no estaba. Volví a la carretera. Tampoco estaba allí. Cogí el coche de nuevo y me dirigí a La Ciotat.

Lo encontré una hora más tarde en la terraza de un café, en compañía de una muchacha pelirroja. Cuando me vio bajar del coche miró a su alrededor, molesto por aquel encuentro. Me acerqué y él se levantó. Incluso dio dos pasos hacia mí, bajo las lámparas, sus dos últimos pasos de mal bicho. Le disparé a cinco metros, fallé, continué avanzando y descargué mi pequeño revólver. Cayó hacia delante de cabeza, en los adoquines del borde de la acera. Después de la cuarta bala, apreté dos veces el gatillo en vano. Ya no funcionaba. Pero no tenía importancia, porque sabía que ya estaba muerto.

Se oyeron chillidos, carreras. Volví a subir al Fiat. Embragué en medio de una ola que se abatía encima de mí. Todos se apartaban de delante del coche. Yo me decía: ahora ya nada podrá inquietar a Jeanne, ella me cogerá entre sus brazos, me acunará hasta que me duerma, y yo no le pediré nada, solo que continúe queriéndome. Mis faros barrían a los buitres que corrían en todas direcciones.

En el comedor de la villa, Jeanne estaba de pie, apoyada en una pared, tranquila, apenas algo más pálida que aquella a quien yo conocía, esperándome.

Fue ella la primera que me vio aparecer en lo alto de los escalones. Su rostro, descompuesto de pronto, aliviado, apasionado, todo a la vez, me cegó todo lo demás. Hasta mucho más tarde, cuando ella me apartó, no me di cuenta de la presencia de los demás: Yvette, que lloraba y se secaba con el delantal, Gabriel, dos policías de uniforme, tres de civil y uno de los hombres que había visto por la mañana ante el garaje.

Ella me dijo que me acusaban de la muerte de Domenica Loï, que iban a llevarme con ellos e inculparme, pero que aquello era una tontería: yo debía tener confianza en ella, sabía que ella no les dejaría hacerme daño.

—Ya lo sé, Jeanne.

—No te pasará nada. No puede pasarte nada. Intentarán influir en ti, pero no escuches a nadie.

—Solo te escucharé a ti.

Me separaron de ella. Jeanne preguntó si podíamos subir juntas a preparar una maleta. Un inspector con acento marsellés dijo que él nos acompañaba. Se quedó en el pasillo. Jeanne cerró la puerta de mi habitación y se apoyó en ella. Enseguida se echó a llorar al mirarme.

—Dime quién soy, Jeanne.

Ella meneó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, y dijo que ya no lo sabía, que yo era su pequeña, que no sabía más. Y además le daba igual ya.

—Conocías demasiado bien a Micky para confundirte. Tú me conoces… Tú la conocías, ¿verdad?

Ella meneaba la cabeza, volvía a menear la cabeza, respondía que no, que no, que era verdad, que ella no la conocía, ella era quien menos la conocía, desde hacía cuatro años. Micky se alejaba de su contacto como si estuviera apestada, ella ya no la conocía.

—¿Qué pasó hace cuatro años?

Ella lloraba, lloraba, me apretaba contra su pecho, decía: nada, nada, no pasó nada, nada, una tontería, un beso, nada, un beso, pero ella no comprendió, no lo comprendió, no podía soportar que yo me acercase a ella, no lo comprendió.

Me separó de golpe, secándose los ojos con el dorso de la mano y me preparó la maleta. Fui a sentarme en la cama a su lado.

—Meto tres jerséis —me dijo, más tranquila—. Ya me pedirás lo que necesites.

—Micky lo sabía, Jeanne.

Ella meneó la cabeza, dijo: te lo ruego, te lo ruego, ella no sabía nada, tú no estarías aquí si ella lo hubiese sabido. Habrías muerto tú.

—¿Por qué querías matarla? —le pregunté más bajo, cogiéndola por el brazo—. ¿Por el dinero?

Ella meneaba la cabeza y respondía: no, no, no podía más, no me importa nada el dinero, cállate, te lo suplico.

Renuncié. Puse la mejilla encima de su mano. Ella me dejó. Colocó mis vestidos en la maleta, con un solo brazo. Ya no lloraba.

—Solo me quedas tú, a fin de cuentas —le dije—. Ni herencia, ni sueños de antes de dormir, solo tú.

—¿Qué es eso de «sueños de antes de dormir»?

—Lo que tú me dijiste: historias que me contaba a mí misma cuando era empleada de banca.

Me hicieron muchas preguntas. Me encerraron en una sala de enfermería. De nuevo la vida era la negrura de mi sueño, el estallido duro de la luz, cuando me abrían la puerta del patio, para dar un paseo.

Vi a Jeanne detrás de una verja de locutorio, dos veces. No la atormenté más. Estaba pálida y abatida desde que le habían contado lo de la muerte del empleado de correos. Había comprendido muchas cosas que habían pasado en su ausencia, e incluso la sonrisa que se esforzaba por mostrarme estaba muerta.

Habían analizado los restos del MG en un cementerio de automóviles de La Ciotat, y examinado la vida de Serge Reppo. Habían encontrado huellas de un pinchazo provocado en un depósito que hizo explosión, pero nada, sin embargo, que pudiese llevarles a un telegrama. Acabé por saber que el chantajista fanfarroneaba, que no existía en absoluto ningún registro de recepción para los telegramas. Debió de hacer firmar a Micky en un papel cualquiera.

Yo había matado a Serge Reppo para impedirle hablar del papel de Jeanne, pero hasta mi segundo crimen fue inútil. Fue ella quien habló, después de haber reunido el dinero que nos quedaba para asegurar nuestra defensa.

Yo confesé cuando supe que Jeanne se había inculpado. Me inculparon a mí, pero a ella también, de todos modos. La vi unos segundos cuando abandonaba el despacho del juez de instrucción. Nos cruzamos en el umbral.

—Déjame hacer a mí, ¿quieres? —me dijo ella—. Limítate a ser amable y reflexiona.

Me tocó el pelo y encontró que había crecido bastante. Me anunció que iban a llevarme a Italia para obtener más información.

—Compórtate como una buena Micky —añadió—. Haz lo que te he enseñado.

Les contó todo lo que querían, y más incluso, pero no dijo nunca, nadie supo nunca que era con Domenica Loï con quien había cerrado un pacto. Yo sabía por qué: si me callaba eso, si me convertía en Micky, la pena que me infligirían sería más leve. Ella era mi gobernanta. Sería ella, entonces, la verdadera culpable.

Cuando vuelve la negrura se abren ante mí largas horas para reflexionar.

Algunas veces estoy segura de ser Michèle Isola. Sé que me desheredaron, que Domenica y Jeanne tramaron mi muerte. Decido primero desbaratar sus proyectos, y después, al verlas juntas, cerca de mí, cambio de opinión, hago míos sus planes y mato a Domenica para sustituirla después.

A veces, sustituyo a Do por la herencia, de la cual una madrina rencorosa cercana a su fin me apartó injustamente. A veces actúo así para encontrar no sé qué ternura perdida, la de Jeanne. A veces para vengarme, a veces para volver a empezar, a veces para seguir haciéndola sufrir, a veces para olvidar que he sufrido. Y otras veces, incluso, la vez más verdadera, sin duda, por todo a la vez, para seguir siendo la que soy con la fortuna y ser otra junto a Jeanne.

También hay momentos de la noche en que me convierto en Domenica. Serge Reppo mintió, Micky no sabía nada. Yo la maté, pero como el fuego no prendía en la habitación, encendí otro fuego en el garaje. Y tomé, sin saberlo, el lugar de aquella que, precisamente, tenía un móvil para el asesinato.

Sea yo Domenica o Michèle, me dejo atrapar en el último momento en la habitación en llamas. Es en el primer piso, ante la ventana, donde sostengo el camisón en llamas en las manos, y me cubro el rostro y lo muerdo llena de dolor, ya que luego encuentran los trozos calcinados en mi boca. Caigo por la ventana, en los escalones de la entrada. Acuden unos vecinos. Jeanne se inclina

hacia mí y, como forzosamente tengo que ser Do, reconoce a Do en mi cuerpo ennegrecido, mi rostro sin cabello y sin piel.

Después, el gran estallido de luz de la clínica. Soy la tercera. No he hecho nada, no he querido nada, ya no quiero ser ninguna de las otras dos. Soy yo. En lo sucesivo, la muerte reclamará a sus hijos.

Me cuidan. Me interrogan. Hablo lo menos posible. En la instrucción, ante mis defensores, con los psiquiatras a los que me entregan cada tarde, me callo o no me acuerdo. Respondo al nombre de Michèle Isola y dejo a Jeanne conducir nuestros destinos como ella quiere.

Ni siquiera la ironía malvada de la madrina Midola me afecta ya: el testamento preveía para Micky una renta mensual, de la cual Domenica hubiese estado a cargo, y que representaba exactamente el salario de la antigua empleada de banca.

Micky… Doscientos golpes de cepillo cada día. Un cigarrillo encendido y apagado enseguida. Micky durmiéndose como una muñeca. Micky llorando en sueños… ¿Soy Micky o Domenica? Ya no lo sé.

¿Y si Serge Reppo me hubiese mentido en el garaje, si se lo hubiese inventado todo después, leyendo los periódicos y acordándose de un telegrama? Todo: su encuentro con Micky en la playa, la noche del estanco de Les Lecques, el espionaje que ella le habría encargado antes del crimen… Entonces yo soy Do, y todo habría pasado tal y como lo habíamos previsto con Jeanne. Gabriel, en su obstinación por vengar a su antigua amiga, la perdió, y yo me perdí a mí misma tomando el lugar de Micky, mientras solo ella tenía interés en el crimen.

¿Domenica o Micky?

Si Serge Reppo no mentía, la que se equivocaba era Jeanne, la noche del incendio, y aún se equivoca, se equivocará siempre. Yo

soy Micky y ella no lo sabe.

Ella no lo sabe.

Ella no lo sabe.

O bien lo supo desde el primer momento, cuando yo estaba sin cabello, sin piel, sin recuerdos.

Me vuelvo loca.

Jeanne lo sabe.

Jeanne siempre lo ha sabido.

Porque todo se explica. Desde que abrí los ojos bajo la luz blanca, Jeanne fue la única que me tomó por Do. Todos aquellos a los que vi, hasta mi amante, hasta mi padre, me tomaron por Micky. Porque yo soy Micky.

Serge Reppo no mentía.

Jeanne y Do tramaron juntas el plan de asesinarme. Yo supe lo que ellas preparaban. Maté a Do para convertirme en ella, porque mi desabrida madrina me había advertido del cambio de testamento.

Y Jeanne no se equivocó nunca. La noche del incendio vio que su plan había fracasado.

Ella sabía que yo era Micky, pero no dijo nada. ¿Por qué?

Yo me equivoqué al rellenar una ficha de hotel porque había ensayado, antes del incendio, para ser Do. Pero nunca he sido Do. Ni para Jeanne, ni para nadie.

¿Y por qué no dijo nada Jeanne?

Los días pasan.

Estoy sola. Sola, buscando. Sola, intentando comprender.

Si soy Micky, sé por qué intentó matarme Jeanne. Creo que sé por qué, después, me hizo creer, a pesar de todo, que era su cómplice. No le importaba nada el dinero, cállate, te lo suplico.

Si yo soy Domenica, no me queda nada.

En el patio, a la hora del paseo, intento verme en el reflejo de una ventana. Hace frío. Siempre tengo frío. Micky también debía de tener siempre frío. De las dos hermanas que no quiero ser, es con ella con quien más me identifico. ¿Tenía frío Domenica, frío en todas partes, a fuerza de avidez, de rencor, cuando merodeaba bajo las ventanas de su víctima de largos cabellos?

Vuelve la negrura. La guardiana cierra a mi alrededor una celda en la que viven tres fantasmas. Estoy en la cama como la primera noche de la clínica. Me tranquilizo. Esta noche, todavía puedo ser la que quiera.

¿Micky, a quien amaban hasta el punto de quererla matar? ¿O la otra?

Hasta cuando soy Domenica me acepto. Creo que me llevarán lejos, para un día, una semana o más, y que en definitiva, no todo me será negado: veré Italia.

La detenida recuperó sus recuerdos una tarde de enero, catorce días después de su regreso de Florencia, delante de un vaso de agua que se iba a beber. El vaso cayó al suelo, pero, Dios sabe por qué, no se rompió.

Juzgada el mismo año en la Sala de lo Penal de Aix-en-Provence, obtuvo un sobreseimiento en el asunto Serge Reppo, en razón de su estado en el momento del crimen. Fue condenada a diez años de reclusión criminal por complicidad en el asesinato cometido por Jeanne Murneau sobre la persona de Domenica Loï.

Se mostró muy pasiva en los debates, dejando muy a menudo que su antigua gobernanta respondiese a las preguntas que les hacían a título común.

Al escuchar el veredicto palideció un poco y se llevó una mano enguantada de blanco a la boca. Condenada a treinta años por la misma pena, Jeanne Murneau, por un reflejo habitual, le hizo bajar el brazo suavemente y le dijo unas palabras en italiano.

Al gendarme que la acompañaba fuera de la sala, la joven le pareció muy calmada. Adivinó que él había estado en servicio en Argelia. Pudo decirle incluso la marca de colonia de hombre que utilizaba. Había conocido a un muchacho, en tiempos, que se empapaba toda la cabeza con ella. Una noche de verano, en un coche, le había dicho la marca, un nombre enternecedor y de soldadesca, casi tan infecto como el olor: «Trampa para Cenicienta».



SÉBASTIEN JAPRISOT es el seudónimo y anagrama del escritor, guionista, traductor y director francés Jean-Baptiste Rossi (Marsella, 1931 – Vichy, 2003), conocido por sus novelas de intriga política y crimen.

Estuvo vinculado a lo largo de toda su vida y su obra al mundo del cine. Habiendo ya colaborado en su juventud como guionista al lado de directores de la talla de Jean Renoir o Marcel Ophüls, sus novelas fueron más tarde llevadas al cine en multitud de ocasiones y de la mano de diversos realizadores, entre otros, Constantin Costa-Gavras (Compartiment tueurs, 1965), André Cayatte (Piège pour Cendrillon, 1965) o Anatole Litvak (Dame dans l'auto avec des lunettes et un fusil, 1970). El mismo Japrisot llegó a dirigir incluso dos largometrajes, Les mal partis (1976) y Juillet en septiembre (1988).

Japrisot escribía novelas policíacas, pero más que entretener con las pesquisas detectivescas de sus personajes, lo que a este autor realmente le interesaba era indagar en el interior de éstos y desgranar los entresijos de sus pensamientos y emociones, configurando así unas obras cargadas de un alto contenido humano y psicológico.